



DM

PASIÓN

PARTE 2

DYLAN MARTINS

PASIÓN

Primera edición.

Pasión.

Dylan Martins.

©Enero, 2020.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

Capítulo 1



Preparaba el Cola Cao de Lucía mientras me miraba de lado, con la cabecita apoyada en sus manos, que estaban sobre la mesa.

— ¿Hoy qué día es, papá? —sus ojitos denotaban que deseaba dormir más.

— Es viernes y mañana te podrás levantar más tarde, pues ya es el último día de colegio hasta septiembre — sonreí.

— ¡Mis vacaciones! — reía.

— Y las mías, hoy avisaré a los chicos de que este verano pisaré poco mi despacho. Tú y yo lo vamos a disfrutar a tope, pequeñaja — le hice un guiño.

— ¿Y vamos a ir a buscar a mamá princesa?

— Bueno, no sé si será buena idea — sonreí negando y pensando que ojalá fuera así de fácil.

Habían pasado dos meses desde el fatídico día en el que Helga apareció por sorpresa en las oficinas, causando la renuncia de Olivia y motivando su marcha a Londres, así como su advertencia de que no me inmiscuyera en su decisión. Según pude saber, se marchó en tan solo dos días.

Dos meses desde que también me concedió Cata la custodia compartida de la niña. Para mi sorpresa, un mes después pasé a disfrutar de su custodia en exclusividad.

Y es que un buen día su madre decidió renunciar a Lucía, así de simple y triste. Tan pronto fue consciente de que ya no me podía joder a través de nuestra hija, decidió que no la quería a su lado, pues la niña pasó a ser una molestia que obstaculizaba su pleno y artificial disfrute con Héctor.

La pequeña casi lo celebró. En mi casa, que ya era la nuestra, estaba más tranquila. No en vano, en la de su madre y Héctor la niña había pasado a un segundo plano, siempre en manos de Lía, así que no la vi triste en ningún momento, todo lo contrario.

De aquella inesperada forma, pasé a tener de un día para otro lo que más ansiaba en la vida, la compañía de mi peque, de la que durante tanto tiempo me vi privado injustamente.

Por esa parte, mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados que me tenía entusiasmado, pero por la parte que tocaba a la otra mujercita de mi vida, me estaba costando bastante levantar cabeza.

Lo pasé muy mal el primer mes, era como un muerto viviente. Mi vida había quedado casi truncada desde el instante en que Olivia se marchó de la empresa para no volver más. Ahora lo sobrellevaba, trataba de volcarme más en la pequeña y no quería transmitirle la tristeza, aunque ella no había día que no preguntara por su mami princesa.

Después de los complicados momentos iniciales, en *Disney*, Olivia y Lucía sellaron un pacto de amistad que mi hija no olvidaría tan fácilmente. Pensar en aquellos días equivalía al mismo dolor de que me clavaran un puñal. Era incapaz incluso de ver las fotos y vídeos.

Le di su Cola Cao y le preparé en la bolsa el desayuno para la hora del recreo.

— Papi, mi último día — reía besándome en la puerta del colegio.

— Claro, cariño. Luego te invito a comer donde quieras para celebrarlo.

— Vale, vamos a comer hamburguesas — me besó en la mejilla y entró hacia la fila de su clase.

Nos habíamos acoplado perfectamente al ritmo de vida diario. La presencia de Lucía me centraba mucho y era como si el tiempo que vivió sola con Cata no hubiera existido. Reseteamos y

recobré mi vida, la de antes de perder a mi niña.

Desde que tenía a la pequeña entraba más tarde a trabajar y salía más temprano. Aunque contaba con la ayuda de Fina, quería encargarme personalmente de ella, al menos por el momento.

— Buenos días, Carlota — sonreí.

— Buenos días, jefe. Ahora mismo te llevo el café.

— Gracias.

Entré en la oficina y avisé a todos por el Messenger de que los quería en la sala de reuniones en una hora.

Carlota no tardó en venir con la taza. No me contó ningún chisme, pues sabía que yo no estaba bien y como que guardaba un poco las distancias.

Me notaba peor en los momentos en los que no gozaba de la compañía de Lucía, pues mi sensación era la de ser un barco a la deriva. Lo de Olivia había dejado una gran brecha en mi vida. Me costaba reír, me costaba casi vivir.

Me sentía como si con ella se hubiera llevado una parte de mi vida que no iba a volver a recuperar y lo de conocer a otras mujeres ni se me pasaba por la cabeza. Lo que yo sentía por Olivia era algo demasiado fuerte como para volver a sentirlo con facilidad por nadie, así que pasé a refugiarme en la niña de mis ojos, Lucía.

Trabajé y preparé los expedientes que iba a repartir entre Daniel, Fernando y Davinia. Quería que ellos llevaran todo lo mío y yo pasaría a revisar una vez por semana.

Me reuní con los chicos y les conté que me cogía casi vacaciones hasta septiembre, que necesitaba organizar mi verano con Lucía.

—Jefe, el tiempo que necesites, ya sabes que sabemos de lo que va el tema. E incluso prometemos portarnos todos en tu ausencia como si fuéramos personas responsables—bromeó Daniel.

—Gracias, Daniel, eso ya me deja mucho más tranquilo—reí.

—Lo que ha querido decir este descerebrado es que nos las podemos apañar bien solitos—
Davinia me hizo un guiño de ojo.

Le sonreí y los miré con emoción: eran buenos profesionales y mejores personas. Elba y Fernando asintieron con la cabeza.

Todos y cada uno de ellos sabían que no pasaba por un buen momento y yo sabía de antemano lo que me dejaron claro en la reunión: que podía contar con ellos. Además, julio y agosto eran dos meses flojos en los que no solía entrar trabajo nuevo. El fuerte era el período de septiembre a junio, así que ellos se irían turnando para coger sus vacaciones.

Les pedí que cada expediente cerrado se lo dieran a Carlota para que lo dejara en mi despacho. Por supuesto, yo los supervisaría en esa visita semanal. Mientras, ellos estaban perfectamente capacitados para tomar las decisiones sobre dichos documentos.

No era una despedida, me dejaría caer por allí cada semana, pero sí constituía una manera de disfrutar con Lucía, de compensar todo el tiempo que habíamos perdido.

Poco a poco fueron saliendo en dirección a sus despachos y solo se quedó Carlota.

—Alexis, yo creo que has acertado de pleno en tu decisión, que lo sepas—me cogió cariñosamente del brazo—¿Cómo estás?

—Estoy, Carlota.

—¿Y tú?

—Yo ya muy bien, deseando también disfrutar mis vacaciones con Martina.

—¿Tienes algo pensado?

—No mucho todavía, ya veremos lo que hacemos—rio— Y tú lo mismo, disfruta de tu Lucía que te ha costado mucho poder hacerlo. Todavía no puedo creer lo de nuestros ex, desentenderse por completo de nuestros hijos...

—Pues sí, pero en el fondo nos han hecho un favor y, si te soy sincero, me sorprende más de Tony, de Cata yo me podía esperar cualquier cosa.

—Pues sí, ¡pero anda y que los zurzan a los dos! —salió andando tan contenta.

No debía haber mayor verdad que esa que dicen de que el tiempo lo cura todo porque Carlota estaba magnífica. En mi caso costaba más, sobre todo porque era yo el que había metido la pata.

Trabajé hasta la una y media, hora en la que salí de allí dispuesto a hacer otro tipo de vida durante los dos meses y medio que me quedaban por delante hasta la incorporación de nuevo de Lucía al colegio.

Me iba a venir bien estar un tiempo más desconectado de un despacho que me traía demasiados recuerdos. En ocasiones tenía que frotarme los ojos porque creía que Olivia entraba por la puerta, con su luminosa sonrisa.

Incluso era un tormento salir por un pasillo en el que la vista se me iba irremediabilmente hacia el que había sido su despacho. Su puesto había quedado momentáneamente vacante, había sido incapaz de permitir que nadie la sustituyera. Hasta eso me costaba.

Dejaba atrás a unos grandes profesionales, aparte de a los líos que seguía habiendo en la oficina.

Daniel y Carlota seguían teniendo encuentros furtivos como Fernando y Davinia, los cuales seguían planeando sus escauceos a espaldas de la pareja de este, ya que ella se separó y se fue a vivir sola.

Elba consiguió volver a tener confianza en sí misma y no temer porque le volviera a pasar nada parecido a lo que nos mantuvo a todos en vilo, pero en general, la empresa seguía con las mismas historias que dos meses atrás.

En cuanto a mí, mi alma estaba dividida, esa era la realidad. Había tocado el cielo con las manos, ese mismo que se derrumbó de la forma más inesperada. Me dolía una barbaridad pensarlo, en parte yo tenía la culpa.

Me subí en el coche y me dirigí al cole de Lucía. Recogerla a la salida era un ritual diario que, bajo ninguna circunstancia, estaba dispuesto a perderme.

Saludé a algunos de los padres y madres que allí estaban. Había que socializar con ellos por el bien de mi niña y solíamos acudir a los cumpleaños de sus compañeritos, igual que ellos harían cuando llegara el turno del de Lucía.

— Papi — corrió hacia mí para darme un abrazo.

— Hola, mi vida — la abracé cogiéndola en volandas y besuqueándola.

— ¿Dónde me vas a llevar de vacaciones? — preguntó mientras la situaba en el asiento trasero.

— Pues no había pensado en ello, pero algo tendremos que hacer.

— Yo quiero ir unos días al sur a casa de los abuelos — reía.

— Claro, te dejaré allí unos días el mes que viene.

— ¿Y ahora qué mes es?

— Junio — reí — pero ya se está acabando, dentro de ocho días es julio.

— ¿En ocho días me llevas con los abuelos?

— No — volví a reír — durante el mes te llevaré unos días, pero no tiene que ser a comienzos.

— Vale — sonreía mirándome por el espejo retrovisor.

Paré delante de su restaurante favorito. Pedí el menú infantil para ella y el normal para mí, así que ese día comimos hamburguesas con patatas.

— Papi, quiero ir a ver a Olivia — puso cara de tristeza.

— Y yo — me encogí de hombros — Ya sabes que no es fácil.

— No quiere hacer las paces contigo — su tono era triste.

— Sus razones tiene — le hice una burla para que se riera.

— ¿Cómo se llama dónde está ella?

— Londres.

— Pues yo quiero ir de vacaciones a Londres — rio.

— ¿En serio?

— Sí.

— Pero no la vamos a ver — arqueé la ceja.

— Lo mismo nos la encontramos por la calle — sonreía pensando en esa posibilidad.

— Es difícil — le saqué la lengua. Aunque yo sabía dónde trabajaba y hasta la calle en la que vivía. Elba tenía mucho contacto con ella, solo que le pedía que no le hablara de mí, pero se llevaban genial y se seguían en las redes por las que hablaban por privado.

— ¿Cuándo vamos a ir?

— Se te metió la idea en la cabeza — reí.

— Quiero ir — protestó cruzando de brazos.

— ¿Y si no la vemos?

— Bueno, pero lo intentamos — decía con pena.

— ¿Sabes qué te digo?

— ¿Qué?

— ¡Nos vamos a Londres!

— ¿De verdad? — su rostro de emoción era lo que me faltaba para animarme.

La idea de Lucía, aunque en principio podía parecer descabellada, me entusiasmó. No sabía si era porque por recuperarla me hubiera agarrado a un clavo ardiendo, pero la inocencia con la que ella propuso el viaje propició que me tirara a la piscina.

Mientras comíamos me puse a mirar vuelos en el móvil y para el lunes había algunos con unos horarios buenos.

Miré un apartamento por alrededor de la zona de *Portobello Road*, la misma donde ella vivía y ¡bingo! Encontré uno perfecto y lo reservé por una semana. Después ya vería si volvíamos antes o alargábamos la estancia en ese lugar o en otro. Íbamos a la aventura y con vuelo de ida únicamente.

Comprados los billetes y reservada la estancia, ya solo quedaba hacer la locura de mi vida, intentar simular un encontronazo casual con Olivia y sabía que para ello iba a contar con la ayuda de Elba en todo momento, pues me mantendría al tanto.

Nos fuimos a comprar ropa para Lucía. Había crecido mucho en los últimos meses y se había quedado con pocas prendas, de modo que aproveché para renovarle todo el armario.

— Papi, quiero ese vestido de hada — señaló a uno que parecía un disfraz con la falda de tipo tul y la camiseta de tirantes con Campanilla.

— Vale — reí negando.

— Papi y quiero ese bañador de fresas, me encanta — lo señaló sonriente.

Su papi le compró todo lo que pidió por esa boca, más que nada porque me derretía de amor y era la única personita que tenía en mi vida ¿Cómo no la iba a consentir?

Llegamos a casa repletos de bolsas, cuyo contenido nos pusimos a colocar en su dormitorio,

aquel que un día decoré totalmente a su gusto, una especie de *Disney* en miniatura que lograba que mi peque fuera totalmente feliz en su rincón mágico.

Disfrutamos colgando la ropa. A ella le fascinaba verla en su armario en sus bonitas perchas infantiles. A su corta edad, era súper coqueta, aunque, a Dios gracias, ya de una manera natural, ¡nunca había vuelto a mencionar lo de ser *influencer*!

Nos sentamos sobre la cama y ella empezó a provocarme para que le hiciera cosquillas. Era un poco masoquista. Primero las pedía y luego se volvía loca gritando que parara, entre interminables carcajadas.

Con Lucía estaba viviendo un momento increíble. Después de que me hubieran faltado, ahora apreciaba hasta no poder más cualquier ratito que compartíamos, las cosas más pequeñitas y sencillas.

Cenamos una ensalada con un sándwich de jamón york y queso, mientras veíamos unos dibujos que a ella le encantaban.

— Papi ¿Cuánto falta para irnos a Londres?

— Mañana no, pasado tampoco, el otro sí — se lo explicaba así para que me entendiera.

— Vale dos días más aquí y al tercero nos vamos.

— Eso es, preciosa — le hice un guiño y ella sonreía feliz—¿Estás nerviosa?

—Un poquito.

—¿Y tú?

—El otro poquito que te falta a ti—se llevó la mano a la boca y se echó a reír.

Tras la cena, le dije que se lavara los dientes porque la notaba rendida y sabía que no iba a aguantar. De hecho, pronto se quedó dormida en el sofá. La llevé en brazos a su dormitorio cuando me fui a acostar. La miraba y me hacía sonreír. Lucía era, sin duda, mi mayor tesoro, representaba mi vida.

Después me acosté y ese era el temido momento en el que la cosa cambiaba. Podía parecer que estaba solo, pero por la noche aparecían todos los fantasmas, con nombre de culpa, arrepentimiento y tristeza.

Había pasado ya un tiempo y todavía me daba la impresión de oler a Olivia en mi almohada, a la que me aferraba con fuerza cada noche. Me resistía a pensar que el destino me hubiera devuelto a mi hija al mismo tiempo que me había arrebatado a mi amor. ¿Qué clase de broma cruel era esa?

Capítulo 2



Me asomé a la habitación de Lucía. Estaba durmiendo a pierna suelta, sonreí y me fui a la cocina a prepararme un café.

Miré las redes y me metí en el perfil de Facebook de Olivia.

No solía subir nada de su vida personal, solo compartía cosas que le gustaban y de vez en cuando cambiaba su foto de perfil, así que no encontré nada nuevo.

— Papi me hago pis — apareció por la cocina frotándose los ojos.

— Pues ve al baño cariño — me acerqué a ella y la besé.

— Ven conmigo y me esperas en la puerta, que soñé que aquí había un oso que andaba solo — puso cara de pena.

— Normal — reí tocándole la cabeza — Si es que tienes muchos osos en la habitación.

Desde que compramos el oso en el aeropuerto y lo envasamos al vacío, se desató la locura. Y es que a Lucía le daba terror tocarlo, pues pensaba que el oso se iba a vengar de lo que le hicieron. Por esa razón, ni se quería deshacer de él, ni lo quería tocar, allí lo tenía en lo alto de un mueble.

Esperé en la puerta mientras ella sonreía haciéndome caras. Era todo un personaje, pasaba del terror a la risa en un solo instante.

Nos fuimos a la cocina y le preparé el desayuno.

— Mañana no, pero el otro nos vamos — dijo convencida.

— Si, vida — le hice un guiño.

— Papi, hoy no quiero salir a la calle, quiero quedarme en la piscina — señaló al jardín.

— Si cariño, hoy nos vamos a quedar aquí, además van a venir a comer Carlota y Daniel, les puse anoche un mensaje.

— Me hace mucha gracia Carlota — reía nerviosa.

— Si — sonreí.

No es que tuvieran nada formal, pero le dije a Daniel que se acercara por casa y me contestó que estaba quedando con Carlota para hacer algo, así que me visitarían los dos, idea que me parecía genial. De siempre me había caído muy bien esa chica.

— Papi, si me visto de Bella para ver a Olivia, lo mismo se acuerda de mí.

— Vida — me acerqué a ella— no lo dudes, claro que se acuerda de ti.

— Pero no me llama — su rostro reflejó una profunda tristeza.

— Cariño, está en otro país, en un nuevo trabajo y un poco enfadada con papá, pero estoy seguro de que te echa mucho de menos y está deseando hablar contigo.

— Y si ella me ve en su país de ahora y la saludo ¿me saludará?

— Vamos, no tengo la menor duda, te comerá a besos.

Mi seguridad ya le sacó una risa floja, se puso contenta. Por mi parte tenía claro que así sería si nos la encontrábamos, a ella no le iba a volver la cara. Conmigo sería otra cosa, lo mío era harina de otro costal, ni me miraría.

Le puse el bañador y le extendí crema, en aquellos días el sol comenzaba a apretar.

Se puso a jugar en la zona vallada del jardín. A la piscina no podía pasar si yo no le abría, aunque ella no era atrevida sino todo lo contrario, muy precavida. Y eso pese a que sabía nadar muy bien.

Yo la miraba desde la cocina mientras preparaba la carne que había pedido a una carnicería de confianza que tenía servicio a domicilio inmediato, así que la preparé en bandejas para luego hacerla a la barbacoa.

Un rato después, aparecían los chicos sonrientes con unas bolsas de cartón y unos vinos dentro.

— Hola, jefe — dijo Carlota.

— Hola, guapa — le di un beso.

Luego me abracé a Daniel mientras Carlota atravesaba la casa para ir a ver a la pequeña Lucía.

Sacamos la carne y las copas con la botella de vino, nos acomodamos en la mesa de al lado de la barbacoa.

Carlota se acercó a coger la suya y le dio un trago.

— Dice la niña que os vais pasado mañana a Londres — arqueó la ceja y Daniel me miró sin entender nada.

— Nos vamos, me lo pidió con insistencia y...

— ¡No me lo puedo creer! ¿Es verdad? — se puso Carlota las manos en la boca.

— Totalmente cierto.

— ¿Y crees que le sentará bien a Olivia? — preguntó Daniel preocupado.

— A ver, no nos espera y yo sé cómo coincidir, además vive en una calle donde ponen uno de los mercados más importantes de Londres, puedo crear la ocasión perfecta para toparnos. A la

niña la va a saludar sin dudarle. En cuanto a mí, ya se verá cómo reacciona, no creo que me monte un pollo delante de Lucía, como máximo se irá y punto redondo.

— ¡Juégatela! — dijo con decisión Carlota.

— Bueno, yo también me la jugaría — respondió Daniel riendo.

— Sé que es una locura, pero la niña me lo pidió y yo lo voy a intentar. Al menos, si consiguiera explicarme, no sé, no espero que me entienda, pero sí que me oiga. Quizás podríamos comenzar a hablar, echo mucho en falta eso, me parte el alma que hayamos terminado de una manera tan brusca.

Y esa era la verdad. Sentía rabia de haber perdido por completo a una de las personas más importantes de mi vida, pues ella lo era. Ni siquiera nos saludábamos como dos conocidos, aunque fuera por las redes. Olivia levantó un muro entre nosotros y yo no era nadie para escalarlo, pero tampoco me iba a privar de propiciar ese encuentro casual.

Lucía se unió a nosotros y empezamos a dar buena cuenta de la comida y la bebida.

—Carlota, ¿por qué no has traído a Martina? —Lucía adoraba a su hija.

—Cariño, porque hoy estaba con sus abuelos.

—Pues otro día la traes, que vosotros charláis de cosas de mayores y yo quiero jugar con Martina.

—Es verdad cielo, hemos sido unos desconsiderados, pero te prometo que el próximo día la traemos con nosotros. A cambio, yo te aseguro que después jugaré contigo.

—¿A princesas?

—A lo que tú quieras— a Lucía se le encendió la carita.

En ese momento caí en la cuenta de que, por mucho que mi niña y yo estuviéramos perfectamente acoplados, a ella le venía sensacional un referente femenino.

Lucía pidió permiso para levantarse de la mesa, pues deseaba saltar y brincar por el jardín.

—¿Y tú? —le pregunté—¿Cómo es posible que aguantes a este cenutrio?

—Ni idea—se encogió de hombros.

—¿Y piensas hacerlo por mucho tiempo?

—Poco, poco ya...

—¡Joder! Estoy aquí, os lo recuerdo—Daniel hizo un gesto con la mano para recordarnos que existía.

—¿Y eso? —yo le seguía la corriente a Carlota, divertido.

—Pues porque yo creo que le van a dar pronto morcillas, que ya sabéis lo que se dice, para veinte centímetros de chorizo, no voy a cargar con el cerdo entero...

Nunca había escuchado esa frase y me desternillé de risa.

—¡Y luego el cenutrio soy yo! —a Daniel se le salían los ojos de las órbitas.

—Pues a mí—volvió a dirigirse Carlota con mucha gracia a mi lado, como si él no estuviera—o me pone un anillo en el dedo y me confirma que hay planes de futuro o me pierde.

—Tenías que hacerlo, ahora ya me ha dado alergia—se quejó Daniel.

—¿Hacer qué? —preguntamos ambos al unísono, riendo.

—Nombrar lo del dichoso anillo, ya me pica todo, no sé cómo os puede gustar tanto un sarao de esos con bodorrio incluido—rio y nos contagió a los demás.

Carlota se levantó y pasó la tarde pendiente de Lucía, quien la buscaba de forma cómplice y la abrazaba continuamente, se llevaban muy bien.

Charlé a tope con Daniel y me entendió a la perfección. Necesitaba volver a ver a Olivia, saber si podía mirarme a los ojos, comprobar que aún quedaba un poco de luz en todo aquello que se volvió oscuro aquel aciago día.

Al final hasta se permitió bromear al respecto, para animarme.

—Vamos, que a ti sí que no te importaría volver a pasar por la vicaría, con tal de tenerla.

—Absolutamente nada.

—Debemos ser de otra especie—rio.

—Pues debe ser eso, porque yo te garantizo que de ser tú no me dejaba pasar a Carlota, así como así.

—Sírreme otro poco de vino y cierra el pico, anda.

En aquella agradable sobremesa me sinceré bastante con él. Hasta ese momento habíamos hablado del tema, pero no a fondo. Le conté los últimos planes que tenía para Olivia antes de la aparición de Helga, lo de irnos a vivir juntos y tal...

—Me estás dejando alucinado. No me extraña que lo hayas sentido tanto, en ese caso...

—¿Entiendes ahora por qué digo que en tu caso no me lo pensaría? Nunca se sabe cuándo pueden precipitarse los acontecimientos y quedarse uno sin la oportunidad.

—Y dale, pero será por mujeres... Ya me conoces y, aunque ella me gusta tela, si no es una, será otra.

Estaba claro que Daniel y yo debíamos ser de planetas distintos. Disfruté muchísimo con la compañía de mis amigos aquella tarde, pese a que he de reconocer que verlos juntos me trajo muchos recuerdos.

A la hora de merendar saqué unos dulces deliciosos de los de la pastelería de Fabián. A mi peque le encantaban y se puso la cara como un payaso con uno de chocolate y fresa.

—¡Quieta Lucía!

—¿Qué pasa? —se sobresaltó.

—Foto, foto, espera, tienes una foto sensacional—reí, me había aficionado mucho a captar imágenes de su día a día.

—Ni se te ocurra papá, así no—intentó poner las manos delante de la carita, pero llegó tarde.

—A ver, a ver...

—Mira, es divertidísima...

—¡Bórrala, bórrala! —se quejaba.

—No, cariño, si estás monísima.

—No papi, que luego la vas a enseñar y yo tengo una reputación que mantener...

Nos tuvimos que reír tela con su comentario.

—Sí, Lucía, yo creo que tu papi te va a chantajear con ella—a Daniel le encantaba picarla.

—¿Chantajearme? ¿Eso qué es?

—Pues más o menos lo que tú me haces a mí poniendo cara de pena cada vez que quieres conseguir algo—reí.

—Pero no lo entiendo...

—Pues que cuando tengas un novio tu papi le va a enseñar esa foto—allá iba él otra vez.

—No, mi papi no haría eso—contestó ella muy decidida.

—Si haces lo que yo quiero y llegas temprano a casa, no tendré por qué enseñarla—ella estaba más ofuscada por momentos.

—Pero eso es, eso es...

—Eso es chantaje—le dio Daniel un golpecito en la espalda—Observo con alegría que aprendes pronto.

—Yo de ti no la haría rabiarse que no sabes si estás ante tu próxima jefa—Carlota participaba también de la broma.

—¡Joder!

—¡Eh tú, esa lengua! Contrólala que ya es la segunda vez que dices un taco delante de la niña.

—*Sorry*, pero que digo yo que cuando Lucía tenga la edad de heredar el “Imperio Montalvo” yo ya podré jubilarme, ¿o es que se va a jubilar solo el jefe?

—Al paso que vamos, con el tema de las pensiones, no lo dudes. Tú y yo vamos a tener que trabajar más que lo que dura un martillo metido en manteca—Carlota le daba unos ánimos...

—Mira, no seas pájaro de mal agüero, eso te ocurrirá a ti.

—¿Y a ti qué?

—Yo, vendo mi casita y me vengo aquí a pasar un retiro dorado con mi mejor amigo.

—Anda, anda, no me seas pelota y sí, solo me faltaba a mí tenerte a mi vera toda mi vejez—reí.

—Me estás haciendo daño en el corazoncito—se hacía el ofendido—¿Se te ocurre alguna compañía mejor, jefe?

—No me tires más de la lengua, haz el favor, que en bastantes líos me has metido ya.

De vez en cuando me daban todavía ganas de cogerlo por el pescuezo por lo que pasó con las suecas, aunque estaba claro que el tonto fui yo porque no supe decir que no y Daniel no sabía nada de nada de lo mío con Olivia en aquellos días.

Estuvieron con nosotros hasta por la noche, inclusive cenamos unas pizzas que pedimos.

Se despidieron deseándome mucha suerte, esa que necesitaba que se posicionara de mi lado.

Capítulo 3



— Papi, mañana nos vamos a ver a Olivia y yo llevo la pasada de *Minnie* que se dejó aquí — apareció por la cocina con ella en la mano.

— Buenos días, princesa ¿Se la vas a llevar?

— Sí, le voy a decir que fui a buscarla para devolvérsela — sonreía emocionada mientras yo la abrazaba.

— Creo que es una buena idea, ya tenemos una coartada para aparecer — reí mientras me separaba para prepararle el desayuno.

— ¿Qué es una coartada?

— Es tener una excusa para ir a buscarla y esa de la pasada puede ser una — le hice un guiño.

— Pues yo le diré que fui a buscarla porque quería que tuviera ese recuerdo de las dos en nuestro castillo — apoyó los codos sobre la mesa y puso su carita entre sus manos — Está muy enfadada contigo, lo sé, pero conmigo no — se encogió de hombros.

— Contigo no, vida.

— Pero tú me dices que está fuera trabajando y muchas cosas para no ponerme triste.

No era tonta, a pesar de su corta edad entendía perfectamente que entre nosotros estaban las cosas mal.

— Cariño, no tienes que estar triste, nosotros vamos a ir y pase lo que pase no lo estés, al menos vamos a intentar que nos escuche — le hice una caricia en la mejilla y me puso una carita para derretirse.

— Pero tú me has dicho que a mí sí me escuchará.

— Claro, a ti, veremos a mí — reí y le causé una risa.

— Bueno si a ti no te habla yo le digo lo que le quieras decir y a ti te digo lo que yo quiera.

— ¿Cómo que lo que quieras? — me reí al ver que se había liado.

— Si al uno y al otro lo que diga ella, tú o al revés — negó.

— Ahora creo que te he entendido — solté una carcajada.

Después de desayunar estuvimos cogiendo muñecas y juguetes para sacar al jardín. El día estaba buenísimo, así que se puso a jugar y yo a revisar emails. Precisaba estar atento a todo, aunque no físicamente. De todos modos, no había nada, raro domingo entraba algo.

El timbre sonó y nos miramos extrañados, ya que no esperábamos a nadie. Me dirigí hacia el vídeo portero y vi el coche de Daniel y él por la ventanilla saludando a la cámara.

Abrí y metió el coche en el jardín.

La cara de Lucía al ver a Martina era un poema, venía con Carlota y Daniel. Las niñas corrieron al encuentro la una de la otra.

— ¿Y esta sorpresa? — reí mientras le daba un beso a Carlota y un abrazo a Daniel.

— Sabíamos que no ibais a salir y como teníamos que distraer a la niña pensamos que aquí con Lucía se lo iba a pasar fenomenal y nosotros también — dijo Daniel sonriendo ampliamente.

— No está mal pensado — reí y pasamos a la cocina.

Ella se quedó charlando con las niñas. Nosotros fuimos a coger una botella y unas copas,

volvimos a salir y nos sentamos sobre la mesa, a la que no tardó en unirse Carlota.

— Yo cuando sea mayor quiero una casa así — cogió la copa y se sentó mirando a las niñas que jugaban a las muñecas — Por cierto, vosotros dos — nos señaló a Daniel y a mí — lo que se habló del crucero quiero que lo penséis, tengo ganas yo de un cachondeo de ese calibre — sonrió con ironía.

— Cariño — dijo Daniel haciéndome pensar que esa palabra afectuosa era porque detrás venía una de las suyas — que si quieres una vuelta en barco yo alquilo uno del muelle una horita — sonrió con maldad.

— Anda vete a cagar — respondió Carlota con cara de desprecio, causándonos una risa.

— Joder cómo le hablas al jefe — dijo Daniel en tono bromista, pero haciendo el papel de alucinar.

— Te lo he dicho a ti, no lo metas a él — resopló.

— Bueno, haya paz. Se valorará lo del crucero. Creo que es una idea que puede fascinarle a Lucía y si encima llevas a Martina, pues una semana de relax que nos tomamos todos.

— ¿Y cerramos la empresa?

— Siempre la cerramos quince días en verano, hacemos que coincida con la semana del crucero.

— Joder jefe, pensé que nos darías otra semana más libre — bromeó Daniel.

— Tienes un mes, como todo español, solo que durante quince días están cerradas las oficinas — sonreí.

— Pues yo quiero el mes y los quince días — dijo Carlota moviendo la copa.

— Y yo y yo — levantó el dedo Daniel.

— ¿Me vais a dar el domingo? — volteé los ojos.

— Bueno — hizo un gesto con la mano como diciendo que valía — pero piensa lo del crucero que debe ser bonito ver a todos tus empleados juntos de vacaciones.

—Lo pensaré, lo pensaré, pero un poco de relax que me estáis poniendo la cabeza como un bombo.

—Tú te estresas muy pronto—Daniel me tiró con un par de servilletas de papel con las que acababa de hacer una bola.

—¡Serás cafre! Tú no te aburres, ¿no? —miré a Carlota que se empezaba a partir de risa.

—¿Yo? Ni un poquito...

—¿Ves, jefe? Arte que tiene uno. A las mujeres hay que tenerlas entretenidas, que, si no, les da por pensar y eso sí que es peligroso.

—Pero ¿serás? Todavía no sé cómo te soporto.

—Porque soy un animal en la cama y te pongo taquicárdica, reconócelo.

—Sí, hombre, no hablaría yo de esas cosas más que en presencia de mi abogado.

—Estamos entre colegas, larga Carlota, que quiero yo saber del palo que va aquí el presumido este.

—¿Y qué me darás a cambio?

—¿Qué quieres?

—El pico ese más de vacaciones del que estamos hablando.

—Se las das a ella y a mí no y no me vuelves a ver el pelo, así que ojito—Daniel me señaló.

—¡Vaya revolución! —prefiero no saber nada, que me va a costar demasiado la información privilegiada.

—¡Ea! Ya se nos ha fastidiado el chiringuito y yo que creí que iba a sacar tajada de mi exclusiva—Carlota ponía morritos como si estuviera posando.

Las niñas vinieron corriendo y chillando.

—¡Papá! Hay un oso allí, donde la piscina—la cara de Lucía reflejaba terror.

¡Ay, Dios! Ya hasta en el jardín y a plena luz del día, desde luego que iba a terminar soñando con los dichosos plantígrados.

—Lucía cariño, no hay osos en el jardín, no asustes a Martina.

—¡Mamá, mamá! Lucía dice que en esta casa hay osos y que atacan.

—No, hija, eso no es verdad, Lucía se ha equivocado. Aquí no hay osos que muerdan, aquí el único animal que muerde es este—señaló a Daniel.

—¿Tú muerdes? —le preguntó Lucía.

—Pero muy poquito, se levantó y se fue corriendo detrás de ellas haciendo como que sacaba unas garras. Las niñas corrían despavoridas, muertas de risa.

Al llegar al borde de la piscina, las peques unieron fuerzas y empezaron a hacerle cosquillas. A Daniel su reacción le cogió por sorpresa y, entre eso y que había salido corriendo descalzo, resbaló y fue a dar un espaldarazo de miedo en el agua.

—¡Yo me voy a cagar en todo lo que se menea! Por esto, por esto hay que tener a los niños lejos. Son peligrosos, vosotros como sois sus padres, no sois conscientes—salía de la piscina con la espalda roja y blasfemando en broma.

Los demás nos reíamos a mandíbula batiente.

—Vamos, anda, que a bichos más peligrosos has tenido tú muy cerca y no te has quejado—reí.

—Sí, pero obtenía un beneficio...

—Y ahora también, las niñas te adoran—Carlota sacaba su venita irónica—Niñas, ¿a qué queréis al tío Daniel?

—Mucho—cada una se cogió a una pierna y no lo dejaban andar.

—Daniel, estoy preocupado, dime que estás vacunado de la rabia, no le vayas a pegar algo a las peques.

—¿A las peques? A estas lo que les voy a dar son dos collejas a cada una, una para ellas y otra por si la pierden, pero a los padres sí que os voy a dar para el pelo.

Carlota, aun sin querer decir nada porque las niñas estaban delante, puso una carita muy graciosa, como diciendo que a ella le diera lo suyo más tarde.

—Nada, tú estás muy graciosa, pues de mí te olvidas—se hacía el digno.

—Vale, vale, ya te lo recordaré luego...

Era muy divertido estar con ellos. Se pasaban el día como el perro y el gato, aunque en el fondo se llevaban fenomenal. Otra cosa era el concepto que cada cual tuviera de una relación.

Y hablando de perros, lo que fue una auténtica “perrería” es que el energúmeno de Héctor se había quedado con el precioso cachorrito que le regaló a Lucía, porque por lo visto mencionó con mucha guasa que esa custodia no me la iba a quedar yo también. ¡No lo partiera un rayo!

De resultas de aquella, mi niña lo echaba mucho de menos, al cachorrito claro, no al otro. De hecho, no había un solo día en el que no me recordara que le tenía que regalar un perrito.

—Oye jefe, esto ha sido un poco improvisado, pero que no nos hemos colado los tres aquí a comer por la *face*, cuando tú quieras pedimos almuerzo y lo pagamos entre todos.

—No, mujer, de eso nada, sois mis invitados.

—Por supuesto que, de eso nada, este está forrado, que se deje caer—Daniel tenía más cara que espalda, pero con toda la gracia...

—¡Serás crápula! Me sacas los colores—Carlota se quedaba loca con algunas de sus salidas.

—Por mí no te preocupes, yo estoy acostumbrado al animal de bellota este...

—Sí, paciencia te ha dado Dios también con él.

—Sí, sí, así toda la vida—puse carita de pena.

El tiempo invitaba a estar en la piscina, en la que estábamos cogiendo un morenito espléndido. Por su parte, las niñas se lo estaban pasando de lujo.

Pedimos unas pizzas para almorzar y después nos tumbamos en las hamacas.

—¿Qué bebidas tienes, jefe?

—¿Y eso? Te quieres emborrachar para no tener que aguantar a este, ¿verdad? —la abracé.

—Iros los dos a la mierda y dejarme un poquito tranquilo—se hacía el mártir cuando estaba tumbado a la sopa boba, el muy jodido.

—No, déjate de cachondeo, es para hacer unos cócteles que os vais a quedar sentados de culo.

—Pues si es así, mi bar es tu bar—la acompañé y cogió unas botellas, así como la coctelera.

Y los hizo, los cócteles de Carlota estaban espectaculares.

—Vaya, vaya. Eres una cajita de sorpresas—reí.

—No lo sabes tú bien—me guiñó un ojo.

—¡Que corra el aire! —se hizo Daniel el celosillo.

—Tú no tienes derecho a decir ni mu que no crees en el compromiso—Carlota le hizo una burla.

—No, si entre unos y otros me vais a dar el día—se quejaba.

Pasamos una tarde de fábula, al final de la cual se marcharon, deseándome toda la suerte del mundo en mi aventura londinense.

Duché a la niña y le puse la cena.

—Papi, papi, me hace una cosita así en el estómago que no sé lo que es.

—¿Te duele?

—No, no, es otra cosita...

—Son nervios, cariño. ¿Estás nerviosa?

—Sí—reía y se movía entera.

Le conté un cuento y enseguida se durmió. Durante el día, Martina y ella no habían parado y Lucía cayó exhausta. En cuanto a mí, por el contrario, no podía pegar ojo. Poner rumbo a Londres me generaba un tremendo cúmulo de sensaciones.

Capítulo 4



Y llegó el día que no sabía si me daba miedo, alegría o inquietud.

Lucía se levantó absolutamente revolucionada por la idea de volar, que era algo que le entusiasmaba. Y si encima uníamos el hecho de que era para ver a Olivia, premio doble.

Allí estábamos montados en el avión con los nervios a flor de piel, a nuestra manera, pero ella estaba también como un flan.

El vuelo lo pasó riendo a carcajadas, era mirarme y echarse a reír, contagiándome.

— Papi ¿A qué hora vamos a hacer que aparecemos?

— Vida, eso mañana, hoy vamos al apartamento a dejar las maletas, después a un supermercado a comprar comida y mañana a la hora que ella salga del trabajo aparecemos nosotros.

— ¿Y qué decimos? ¿Lo de la pasada o que la vimos sin querer?

Me moría con ella y el caso es que yo también estaba dudando entre si decir que fue casualidad, cosa que no creería, o decir que la niña le quería devolver la pasada y pasar por gilipollas. Cualquiera de las dos opciones era realmente jodida.

— Lo que salga, lo que salga — reí.

— Te va a reñir, lo estoy viendo — reía con las manos en la boca.

— Mientras no me tire con el zapato a la cara — le hice cosquillas.

Una de las azafatas se acercó para saludar a Lucía, que iba con una sonrisa que invitaba a pararse con ella.

— Vaya, guapa, te veo muy contenta, ¿no?

— Sí, es que vamos a Londres y tú, ¿dónde vas?

— Me temo que a Londres también—rio—¿Tú has estado alguna vez allí?

— No, nosotros vamos porque tenemos que hacer una cosa muy importante, ¿y tú?

— Yo voy porque es mi trabajo—le hizo una caricia en la mejilla.

— ¡Ya! Lo nuestro es más divertido.

— ¿Sí?

— Claro, mi padre y yo vamos en una misión secreta.

— ¿En una misión secreta? —puso las manos en su boca simulando asombro.

— Sí, sí, porque me parece que mi papi se portó un poco mal y su novia está enfadadilla.

La pobre chica se quedó desconcertada porque la dicharachera de mi hija estaba largando allí la más grande. ¡Menos mal que la misión era secreta!

— ¡Lucía, por Dios!

— Papá, tú siempre dices que hay que decir la verdad y eso es lo que estoy haciendo—cruzó los brazos, muy digna ella.

— Sí, cariño, pero no hace falta...

— O a lo mejor sí, porque ella nos puede dar alguna buena idea para que Olivia se vuelva con

nosotros.

La azafata y yo nos miramos y nos echamos a reír.

—No se preocupe, yo no he escuchado nada.

—Gracias—yo debía estar rojo chillón.

La joven echó a andar y yo no pude evitar la comparación con Helga, por aquello de ser ambas azafatas. Tal circunstancia volvió a recordarme ese desagradable episodio que me había llevado a perder a Olivia.

Después de un vuelo que se me hizo eterno, aterrizamos en el aeropuerto principal de Londres donde nos esperaban para trasladarnos al apartamento.

Nos entregaron las llaves y fuimos directos a hacer la compra, tan pronto como dejamos las maletas.

— Papá aquí la gente habla raro — miraba a todos lados.

— Bueno, papi sabe un poco el idioma — le hice un guiño.

— ¿Y Olivia habla con la gente o está sola por no entender a nadie?

— Tranquila, habla perfecto el inglés — la monté en el carro de la compra.

Lo llené hasta arriba ya que no sabía los días que íbamos a estar allí, pero nos hacía falta tener un poco de todo.

—Papá, papá, busca *Nutella*, que ya sabes que es mi crema preferida.

—Lo sé, cariño, lo sé—reí internamente acordándome de la época en la que tampoco la *Nutella* le valía.

En la cola de la caja, una señora se volvió para hacerle unas carantoñas a Lucía y ella la miraba como quien mira a un marciano.

—¿Qué le pasa a usted en la boca, señora? —la carita de ella no tenía desperdicio.

—¡Lucía, por Dios!

—Papá, no la entiendo, que pronuncie mejor—reía.

Le conté un poco a la señora por encima y se rio mucho.

—¡Otro que habla igual! Esto debe ser contagioso—se puso la mano en la boca como quien evita que entren los virus.

Volvimos al apartamento cargados de cosas para colocar. Lucía quería dirigir dónde poner cada producto, así que la dejé a ella por los muebles bajos de la cocina mientras yo colocaba en el frigorífico lo demás.

—Mira lo bien que lo he colocado todo—estaba ella de lo más orgullosa de su faena.

—Pues es verdad, peque.

—¿Me darás dinerito por el trabajo?

—Oye, no seas caradura, somos dos y tenemos que ayudarnos mutuamente.

—Ya, pero si voy a ser la heredera del “Imperio Montalvo” como dice Daniel, tendré que estar acostumbrada a manejar dinerito.

—¡Tú lo que eres es una ratonceja muy lista! —salí corriendo detrás de ella, que no dudaba en lanzar grititos de júbilo.

—¡Claro, por eso tengo las orejitas de *Minnie*! —tenía salidas para todo.

Preparé la cena mientras le daba de merendar. Habíamos almorzado durante el vuelo, ya que compramos a bordo unos bocatas de esos de plástico, como yo los llamaba.

Lucía terminó con la merienda y fue a ponerse el pijama. Le encantaba estar cómoda en las

casas.

Salió con su pasada de *Minnie* puesta y en la otra mano la de Olivia.

— La pongo aquí para mañana darle la sorpresa — la dejó sobre el aparador de la televisión del salón que tenía integrada la cocina, separada por una barra para comer.

— Vale, así no se nos olvida — le hice un guiño.

Pasamos la tarde viendo una peli en el portátil. Se levantaba mil veces a ir al servicio, a coger algo a la cocina, o a saltar en el sofá, pero me lo pasaba pipa viéndola tan feliz.

—¿Qué hora es, papi?

—Pues cinco minutos después de la última vez que me lo preguntaste—reía, viendo que parecía estar todavía más nerviosa que yo, que ya era decir.

—¿Solo cinco? ¿Y no puedes adelantar el reloj?

—Me temo que no, pero nos lo estamos pasando muy bien y eso hace que el tiempo pase volando, ya lo verás—no me lo creía ni yo, que estaba que me salía del pellejo.

Por la noche cenamos y volvimos a ver otra peli en la cama hasta quedar dormidos.

Capítulo 5



Lucía se despertó de lo más temprano.

— Papi, mi Cola Cao — me dio con su almohada en la cara.

— Hostia, me vas a dejar ciego — reí mientras me rascaba el ojo.

— ¿A qué hora sale Olivia de trabajar? — preguntó como si controlara los tiempos.

— Pues mira, justo antes de comer, por ahora solo tiene turno de mañana durante los tres primeros meses, así que trabaja pocas horas.

— ¿Cómo lo sabes?

— Tengo pajaritos que me cuentan todo — la cogí en brazos y me la llevé a la cocina.

— Pues a mí no me habla ni un pajarito de esos — volteó los ojos y se sentó en la banqueta de la barra.

—No te hablan porque todavía no eres jefa—reí.

—Y cuando lo sea, ¿me hablarán?

—Pues seguramente, cariño.

—Pues ya tengo ganas de ser jefa—reía.

—Lucía, pues yo solo tengo ganas de que seas feliz. Por mucho que diga en broma Daniel, tú

tienes que dedicarte a lo que quieras, no hace falta que lo hagas al negocio familiar.

—¿No? —me miraba sorprendida.

—Claro que no, te pongo un ejemplo, el papá de Olivia es médico y el trabajo de ella es de oficina.

—¡Es verdad! Ella me lo contó, que su papá era médico y que mi tito David lo iba a ser también.

—¿Cómo que tu tito David?

—Pues claro, que no te enteras—reía—si Olivia es mi mami princesa, su hermano es mi tito.

—Y tú sabes más que los ratones colorados—reí.

—Claro, ¿por eso me dices tú que soy una ratonceja? ¿Soy una ratonceja colorada?

—Yo creo que sí...

Le preparé su Cola Cao y unas tostadas de pan de molde. Después de desayunar la vestí y nos fuimos a la calle.

Llevaba puesta su pasada de *Disney* y en el bolso que le compramos en el parque, llevaba la de Olivia.

Paseamos por los alrededores de la zona. Todavía faltaban unas horas y había que matarlas como fuera.

—Papá, yo me quiero quedar a vivir en una de estas casitas de colores—a Lucía le estaba fascinando el colorido de *Notting Hill* y no era para menos.

—Es verdad que es muy bonito, hija, aunque nosotros tenemos que volver a Tenerife.

—Ya, Tenerife también es muy bonito, entonces ¡¡ya se me ocurre!!

—A ver, dime qué has pensado.

—Pues que cuando lleguemos podríamos pintar nuestra casa así, de todos los colores.

¡Acabáramos! Lo que me podía faltar...

—Estoy pensando que eso mejor lo dejas para cuando tú tengas tu propia casa el día de mañana, Lucía. A papá le gusta cómo es la nuestra...

—¿Sí? ¡Pues vaya soso! —se puso su manita en la boca por lo que había dicho. Era muy graciosa.

—Aquí grabaron una peli muy entretenida que se titula como el barrio, Lucía.

—¿Se titula “Las Casitas de Colores”?

—No, cariño—reí—Se titula “*Notting Hill*”.

—Pues vaya nombre más raro que tiene...

—Sí, cuando volvamos a Tenerife la vamos a ver, es de una estrella de cine y un chico normal que se enamoran.

—¿Es romántica?

—Muy romántica.

—Pues a ver si eso se pega, porque yo quiero que Olivia y tú os volváis a enamorar.

—¡No corras tú tanto, anda!

Era un amor mi niña y cuando escuchaba sus deseos, se me partía el alma. Si no hubiera sido tan necio, en ese momento podría estar paseando con las dos de la mano...

Aunque no era sábado y los puestecitos no estaban en la calle, nos acercamos a *Portobello Road Market*, el famoso mercadillo, ya que las tiendas sí estaban abiertas.

Allí Lucía alucinó y yo le estuve explicando qué eran algunas de las antigüedades expuestas.

—¿Qué es eso, papi?

—Es una cámara de fotos, Lucía.

—¿Cómo una cámara de fotos? ¿Para qué sirve? —ella alucinaba viendo todas aquellas cámaras expuestas.

—Pues, ¿para qué van a servir, cariño? Para hacer fotos.

—No, las fotos las hacen los móviles.

Me eché a reír. A este punto habíamos llegado con los *smartphones*.

—Cariño, pero eso es ahora. Antes de que hubiera móviles, había cámaras de fotos y bueno, ahora también las tiene mucha gente.

—Ah, vale. Pero ¿cómo antes de que hubiera móviles? Siempre ha habido móviles, yo me acuerdo...

—Claro, tú te acuerdas de verlos siempre porque eres muy pequeñita, pero cuando papá era un niño no había móviles.

—¿De verdad? Y entonces, ¿cómo hablabais?

—Pues por el teléfono de casa.

—¿Y cuándo estabais la calle?

—Entonces no podíamos hablar.

—¿Y qué hacíais en la calle sin móviles? —su cara era de flipar en colores.

—Pues hablar con la gente, Lucía y te garantizo que era formidable—reí.

El mercadillo era gigantesco y un deleite para los sentidos.

—¡Papá, mira esos coches! Son muy raros...

—Son coches antiguos, Lucía...

—Hazme una foto con cada uno.

—Claro, eso te iba a proponer.

Y allí estaba el personaje Lucía posando con aquellos preciosos coches de época expuestos en el mercadillo. Las fotos quedaron ideales.

Al final del recorrido, que ella definió como “interminable” nos paramos a comprar unos *cupcakes* y unos *muffins* que llamaron su atención y que estaban exquisitos.

Volvimos a la zona donde trabajaba Olivia. Ella miraba a todos lados por si la veía y yo le explicaba que aún no aparecería. Me ponía más nervioso de lo que ya estaba, pues no paraba de preguntarme a mí mismo que hacía allí. Estaba cometiendo una locura.

Por fin llegó la hora y nos sentamos en una terraza que había en medio de la calle, justo delante de los bloques en los que vivía Olivia, al menos en los que me habían dicho que vivía. Solo me faltaba que se tratara de una información errónea. Los nervios me estaban jugando una mala pasada.

Justo estaba pidiendo un vino y la niña un refresco, cuando me di cuenta de que se puso pálida.

— Viene hacia aquí — dijo con voz temblorosa mirando detrás de mi espalda.

— ¿Cerca?

— Lejos, viene andando, se está acercando.

— Salúdala en cuanto pase.

Se quedó callada, mirando fijamente cuando escuché...

— Lucía — la voz incrédula y temblorosa de Olivia.

— Vine a traerte una cosa — se dispuso a abrir el bolso para sacar la pasada mientras yo levantaba la cabeza y me encontré con su mirada.

— Hola — su tono tímido y ese saludo me dejó tembloroso, igual que ella.

— Hola, Olivia — me levanté.

— Aquí está — gritó feliz Lucía y Olivia se agachó para apoyarse en la silla.

— ¿Me vas a dar un beso? — le preguntó sonriendo emocionada. Sabía que así sería y me alegró comprobar que no me había equivocado.

Lucía se tiró a sus brazos y la abrazó con fuerza.

— Hemos venido para que tengas tu pasada y para verte un poquito — el tono de la pequeña sonó tan triste que conmovió a Olivia, a la que se le saltaron las lágrimas.

— ¿Quieres tomar algo? — le señalé a la silla.

— Claro — se quitó la mochila tipo bolso que llevaba y se sentó junto a Lucía.

Estaba preciosa pero muy delgada, demasiado. Comprobar aquello me dejó un poco impactado. Su semblante reflejaba absoluta tristeza, como si estuviera agotada, sin pilas, pero intentaba sonreír a la niña.

— ¿Qué tal estás, preciosa? — la sentó sobre su falda.

— Triste, te echo de menos.

— Yo también a ti, cariño — la abrazó — ¿Estás de vacaciones con papi?

— Si — reía — pero ya vivo para siempre con él.

— ¿Sí? — preguntó mientras me miraba sorprendida y yo afirmaba con un gesto.

— Sí y estoy muy contenta.

— Yo más, si tú lo estas, yo lo estoy más — la abrazó y se acercó el camarero. Le pidió un refresco.

— Hemos comprado un piso aquí — reía.

— No, vida, hemos alquilado un apartamento por unos días — aclaré.

— Ah, ya decía yo — respondió Olivia a la pequeña mientras me miraba de reojo.

— Pero puedes venir a comer con nosotros un día o dos — rectificó riendo.

— ¿Me invitas? — le preguntó a Lucía con tono aninado.

— Claro — decía la pequeña y a mí con las dos enfrente se me caía la baba.

— ¿Y qué tal las notas?

— Bien, saqué todo notable y sobresaliente — reía.

— Entonces te habrán hecho algún regalo — hacía gestos infantiles para causar risa a la niña y yo las miraba mientras tomaba la copa, sin poder dejar de pensar lo necio que fui.

— Me regaló este viaje — le comenzó a tocar el pelo y hacerle una trenza.

— ¿Lleváis mucho tiempo en Londres? — se dirigió esta vez a mí.

— No — dije en tono bajo mirándola mientras mi corazón se derretía — llegamos ayer. Nos hemos instalado en un apartamento situado justo al doblar la esquina esa — señalé girando para indicarle la calle de atrás.

— Vaya, casi os hacéis mis vecinos — le hizo cosquillas a la niña provocándole una

carcajada.

— ¿Vas a comer con nosotros? — preguntó la pequeña agarrándole la cara con sus dos manos y mirándola de cerca.

— Bueno, no sé si a tu padre le parecerá buena idea — sonrió estirando la mano en un movimiento ligero para señalarme.

— Es lo mejor que nos podría pasar — miré a la pequeña y le hice un guiño provocando una risa.

— Entonces me apunto — sonrió, pero en su mirada se reflejaba mucha tristeza y dolor. No sabía yo si era el culpable de que eso fuera lo que sintiera su alma.

Lucía se enganchó a la mano de Olivia y las dos, con las pasadas de *Minnie*, comenzaron a andar sonrientes y charlando.

Yo iba delante, dando gracias a la vida por no haber recibido una hostia, un corte de mangas o un desaire, aunque ella no era así. Sin embargo, su buen talante me parecía de lo más impresionante. Ignoraba si lo hacía por la niña, por los dos, o porque le apetecía, pero no hizo ni un mal gesto al vernos, ni se atisbaba un ápice de intención de reprochar nada.

— Papi ¿Por qué no compramos comida hecha y la comemos en la nueva casa para que la conozco mami princesa?

Imagino que cuando pronunció eso último a Olivia, como a mí, le debió dar un vuelco el corazón.

Me giré para contestarle.

— Si a ella le parece bien, a mí me parecerá genial.

— A mí me da igual, donde queráis, sin problemas — sonreía mirando a la niña.

— A casa, papi — imploraba en voz alta la pequeña.

Comparamos comida asiática y nos fuimos al apartamento para comer allí. Lucía iba de lo más emocionada mirando todo el tiempo a Olivia, incrédula de tenerla con ella. Eso la niña, yo aún estaba en shock.

Se sentaron en la barra por la parte de la sala y yo de la cocina. Comenzamos a almorzar mientras que la peque le contaba a Olivia que su papá malo le había quitado el perro que le regaló. Olivia me miraba sin dar crédito.

— Pero él no es tu padre — carraspeé.

— Sí, el malo, hay que tener dos, uno bueno y uno malo.

— No, cariño — intervino Olivia— solo hay un padre, puede salir bueno o malo, pero tú y yo tenemos la suerte de que nos han tocado los mejores del mundo.

— Es verdad ¿tu padre te quiere?

— Mucho — sonrió.

— ¿Y por qué te abandonó en este país raro?

— No, cariño — intervine riendo — Ella se trasladó aquí para trabajar y sus papás, como Olivia es mayor, dejan que venga sola.

— ¿Y tú me dejarías a mí?

— Claro — reí al igual que Olivia, que negaba mordiéndose el labio.

La pequeña terminó de almorzar. Se echó en el sofá y se quedó dormida. La miramos riendo mientras seguíamos comiendo y tomando una copa de vino.

— ¿Qué tal estás, Olivia? — pregunté sonriendo, pero con dolor.

— Bueno, ahora mejor, no fueron fáciles las primeras semanas. Sola, en un país que no conocía demasiado, con otras costumbres...me costó, pero ya me voy adaptando.

— Te echan mucho de menos en las oficinas — sonreí.

— Bueno, seguro que ya le cogieron cariño al nuevo — me devolvió la sonrisa.

— No, la plaza sigue libre — la miraba con pena. Se me encogía el corazón de parecer ahora dos amigos que no se veían desde hacía tiempo, pero nada más.

— Vaya, pobre Elba — apretó los dientes.

— Se le ayuda, Carlota está más pendiente y le echa muchos cables.

— Elba y yo solemos hablar de vez en cuando...

— Lo sé — sonreí.

— Me envió un regalo hace poco.

— Eso no lo sabía — levanté la ceja.

— Una pulsera que ella llevaba puesta siempre y que le decía que me gustaba mucho. Tuvo un gran detalle, no lo esperaba. Me pidió la dirección y me la envió, preciosa, preparada y con una nota muy bonita.

— Vaya.

— La verdad es que le cogí mucho cariño, bueno a todos, pero ella era especial y lo que le pasó hizo que entre ambas surgiera un vínculo más fuerte.

— Entiendo.

— Y tú, ¿qué tal estas? ¿Y eso de que tienes tú solo a Lucía?

— Yo bien y sí, es así. Cuando logré la compartida, Cata vio que ya no se podía vengar de ninguna forma de mí. Como era de esperar, comenzó a molestarle su hija, de modo que me cedió la custodia completa.

— Increíble — negó y de repente cambió el tema — Si supieras que estaba a punto de escribirte estos días.

— ¿En serio? — pregunté sorprendido.

— No sé, me quedé mal después de cómo me despedí. No cabe ninguna duda de que te podía reprochar que me hubieras decepcionado, cortar lo que había entre nosotros, pero no la amistad, el dejarte de lado como persona. Mi decisión me hizo sentir mal y te quería pedir disculpas. Cuando una relación se acaba, no implica necesariamente que también se vayan al traste todos los vínculos.

— Hiciste lo que te pedía el cuerpo en ese momento, pero me alegra saber esto que me estás contando, yo también pienso como tú — la miré con ganas de llorar por la gran persona que era.

—¿Sí? ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto.

—¿Sabes? Creo que es lo único que me reprocho en la vida, haber hecho aquella tontería puntual. No pensé que lo nuestro fuera a llegar a tanto. Sé que no me excusa, pero las conocimos en la fiesta de los noruegos, luego quedamos una noche con ellas y pasó, así como una segunda noche. Se suponía que no la vería más y de hecho puedo prometerte que la segunda vez fui por compromiso, no me apetecía, ya estabas muy presente en mí.

— No te voy a juzgar por lo que has hecho y que yo jamás le haría a nadie, pero pasó, desafortunadamente fue así y no se puede dar marcha atrás para comprobar si harías lo mismo de nuevo o no. En cualquier caso, te repito que me quedo con lo bueno y que me alegra que hayáis venido. A ella la echaba de menos y a ti te necesitaba para tener esta conversación y quedarme en paz conmigo misma. No quiero vivir mi día a día con rencor.

— Te honra, pero déjame decirte que, si ahora me dieran la opción de dar marcha atrás, jamás lo haría.

Me miró sonriendo, pero no contestó. Sabía que me hablaba con el alma, que no iba a volver conmigo, pero que no me iba a dar la espalda. Aunque eso no calmara mi dolor ni el suyo, al menos me sentía dichoso, sobre todo agradecido por el cariño con el que me estaba tratando.

Estuvimos charlando un poco sobre la empresa y los chicos, además de ella contarme cómo se habían desarrollado esos dos meses en Londres.

Lucía se levantó y pidió la merienda. Se la preparé mientras que para nosotros hice café.

— Estaba pensando que ahora os toca venir a mi casa a cenar — dijo Olivia carraspeando.

— ¡Si! — gritó Lucía — Mañana quiero que me enseñes Londres — le dio un abrazo que casi la descuajaringa.

— Yo te lo enseño cariño, pero tiene que ser cuando salga de trabajar — sonreía.

Eso de que al día siguiente nos iba a enseñar la ciudad me alegró el corazón. No me puse a aplaudir para no aparentar la emoción que circulaba a toda pastilla por mi cuerpo. Al final le iba a tener que agradecer a Lucía el capote que me estaba echando.

Salimos hacia su casa, un apartamento pequeño pero muy bien puesto. Incluso el buen hacer decorativo le daba sensación de amplitud, pese a sus reducidas dimensiones.

Nos preparó unos sándwiches que estaban riquísimos y estuvo todo el tiempo bromeando con Lucía. Volvían a ser las cómplices que un día fueron y yo intentaba no interrumpir sus conversaciones.

Después de la cena nos despedimos, pues ella trabajaba temprano. Quedamos en vernos a las dos al día siguiente, en el mismo bar donde nos encontramos ese día.

Lucía iba de lo más emocionada. Se acostó riendo, no paraba de hablarme de Olivia.

Me costó dormir pensando mucho en la impresión que lo vivido ese día me había causado. Por un lado, no esperaba que me recibiera así y por otro, la veía rota de dolor, ese dolor que procedía de mis actos.

Capítulo 6



El del miércoles fue el más esperanzador de mis despertares de los últimos meses: habíamos quedado con Olivia.

—¡Papá, papá! Ponte muy guapo que hoy vamos a ver a mamá princesa—tiraba de mí hacia el baño.

—Y tú también, pero espera, que primero tenemos que desayunar, pequeñina. Además, a ella le faltan horas para salir.

Desayunamos felices comentando todo lo que había pasado el día anterior y Lucía ponía constantemente ojitos de conspirar, como quien tiene trazado un plan. Su gesto me resultaba de lo más simpático.

Eligió un colorido vestido multicolor que llevaba para estrenar y unas bailarinas rojas. Estaba monísima.

Salimos a la calle, paseamos, tomamos algo y esperamos a que se hiciera la hora.

—¡Allí viene! —Lucía saltaba de alegría.

—¡Eo, Olivia! ¡Estamos aquí! De los nervios y, sin encomendarse a Roma ni a Santiago, se subió en la silla.

—Lucía, bájate de ahí cariño y Olivia ya te ha escuchado, no es sorda.

—Es verdad y yo se lo decía al principio—puso una cara de pillina que no podía con ella.

—Anda, anda—ladeé la cabeza—Ve a su encuentro.

Salió corriendo y, al llegar a la altura de Olivia, dio en salto y se encaramó sobre la pobre, que casi se cae de espaldas. De lejos, la escena era de lo más divertida.

—Hola, Alexis—me miró con timidez.

—Hola, guapa—no sabía si había sido el saludo más apropiado, pero era el que me había salido, no pude evitarlo.

Me lanzó una ligera sonrisa y se puso a hablar con Lucía.

—¿Qué le apetece ver a mi niña hoy?

—¡Cosas chulis! —chilló ella entusiasmada.

—Pues te vamos a llevar a ver las cosas más chulis de Londres, para que te hagas muchas fotos y luego se las puedas enseñar a tus amigas.

—¡Vale, pero tú tienes que posar conmigo!

—Claro, para eso somos las mejores amiguis.

—Bueno, eso de las mejores amiguis era al principio, pero después a mí me gustaría que fueras mi mami princesa...

—Lucía...—tuve que cortarle en seco porque por ella nos organizaba la boda *in situ*.

Olivia se quedó un tanto conmocionada con el comentario. Yo la notaba triste, extremadamente triste, y pensaba que esa tristeza era proporcional al daño que le había causado, por lo que no albergaba ninguna esperanza de que me perdonara.

—Bueno, cambió el tercio rápidamente, lo primero que vamos a hacer es comer.

—Claro, elige tú, por favor.

—Ok, pues os voy a invitar a almorzar a un Burger donde ponen las mejores patatas fritas y helados del mundo, está por aquí cerquita.

—Todo perfecto salvo la parte de que vas a invitar, esa corre de mi cuenta...

—Eso ya lo veremos—me lanzó una sonrisilla irónica.

El almuerzo fue delicioso y la compañía inmejorable. La complicidad entre Olivia y Lucía era total. Parecía como si en ningún momento hubieran existido los últimos meses, como si hubieran estado viéndose cada día.

—¿Qué tienes en la nariz, Olivia? —preguntó la peque.

—No sé, ¿qué tengo?

—A ver, a ver que te lo quito—y allá fue y le puso ketchup en la punta.

—¡Bandida! — se miraba con la aplicación de espejo del móvil, muerta de risa de que la enana le hubiera dado coba.

—¡Me las pagarás! —hizo lo mismo y Lucía acabó también con la nariz como un payaso.

—¡Alto ahí las dos! Quiero la mejor de las sonrisas—apunté y saqué una foto espontánea y colorida que era para enmarcar.

Después nos tomamos un delicioso helado. Lucía se estaba poniendo perdida de chocolate y Olivia, como en los viejos tiempos, le limpiaba la boquita amorosamente con sus toallitas húmedas. ¡Por Dios, que alguien parara el tiempo! Quería seguir viviendo aquello...

Ni que decir tiene que la de pagar fue una contienda que finalmente perdí yo, pues Olivia estaba totalmente decidida a hacerlo. Decía que estábamos en su territorio y que esa vez le tocaba a ella sí o sí.

—Vale, pues paga tú, pero después tienes que venir a Tenerife para que pague papá—Lucía no daba puntada sin hilo—¿Cuándo vas a venir?

—Ahora lo tengo un poquito complicado, cariño—la carita de la niña era de implorar—No me mires con esos ojitos, anda ven aquí, la ahuecó en su pecho.

—¡Ahora sí que nos vamos a ver Londres! —exclamé para dar por finalizada la conversación.

—¡Vale! — Lucía se puso de pie de un salto y cogió la mano de Olivia. ¡No la soltaba ni a sol ni a sombra!

—¿Qué vamos a ver primero? —la niña estaba entusiasmada.

—¿Te gustaría ver Londres desde arriba?

—¿Desde un avión? No, porque ya hemos venido en avión y si nos montamos en otro lo mismo nos lleva de vuelta a Tenerife—rio.

—No, yo no me refería desde un avión, quería decir desde una noria.

—¿Desde una noria gigante? —adoptó gesto de entusiasmo.

—Gigante, gigante, desde la Noria de Londres, que tiene ciento treinta y cinco metros de altura.

—¿Y eso cuánto es, papá? ¿Es más alta que tus oficinas? —aquello sí que tenía gracia.

—Mucho más, mi niña.

La verdad es que tuvimos que esperar una cola impresionante, pero mereció la pena. Las vistas de la capital británica desde *The London Eye* eran increíbles y Olivia le explicó a Lucía que era una de las atracciones más famosas de Londres. Para que la entendiera bien, le comentó que todo el mundo quería montarse.

—Normal, yo no me quiero bajar—reía.

Claro está que tuvimos que hacerlo y para entonces ya tenía ella una idea en la cabeza.

—Yo ahora quiero ver una cosita—Lucía iba a tiro hecho.

—¿Qué cosita? —Olivia estaba deseando que se lo pasara genial.

—El *Big Ben*, porque me quiero hacer una foto guay delante de él para mandársela a mi abuelo, que le encantan los relojes y dice que ese es muy *entlemático*—se rio porque no sabía si lo estaba diciendo bien.

—¿*Entlemático*? —Olivia la miraba haciendo cábalas...

—Emblemático, Lucía, emblemático—reí.

—Ah vale, eso, pero vamos, que tenemos que ver muchas cosas—tiraba nuevamente de Olivia.

—Ok, ok, está muy cerquita de aquí, no hay problema—ella corría como alma que lleva el diablo tras Lucía, que estaba hecha un manojito de nervios.

—¡Alaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Qué grande! —la peque se echó las manos a la cabeza—Este relojito no se lo puedo llevar a mi abuelo, por mucho que lo quiera...

—Me temo que no, pero ¿qué te parece si te haces un montón de fotos delante de él y le grabas también un vídeo para enviárselo?

—Me parece bien, pero tú conmigo.

—No, Lucía, para el abuelito tienes que salir tú sola, yo luego...

Como era de esperar, Olivia quería mantener un discreto segundo plano en todo lo relacionado con mi familia.

Venga Lucía, di cositas para el abuelo, y no te olvides de la abuela, te grabo—encendí la cámara.

— “Hola abuelitos, soy Lucía (como si ellos no lo supieran, nos provocó la risa) y estoy delante del *Big Ben*, que es muy alto. Por lo visto los niños pequeños no pueden subir, pero no me pierdo nada, porque dice papá, que está allí con Olivia—nos señaló—que hay trescientos treinta y

cuatro escalones y eso debe cansar mucho. Ya puedes cortar, papá”.

¡Toma ya! Sí que había sido discreta la pequeñaja, ¡era como para guardar un secreto! Olivia estaba de todos los colores.

—¿Te ha gustado mi vídeo? —le sonrió.

—Mucho, Lucía, eres una artista—la pobre se calló que la grabación le había sonrojado. Yo me moría de risa de ver la escena.

—¡Para Tenerife que va! —le di a enviar bromeando al respecto y ella accedió, aunque en sus ojos se apreciaba amargura.

—Ahora te toca a ti decidir dónde vamos—Lucía miró a Olivia.

—Eso, no vaya a ser que yo abra el pico y meta la pata—sonreí pensando que ya me estaban ignorando exactamente igual que en *Disney*.

—Claro, claro, papá, tú deja a Olivia que ella es la que sabe... —yo mejor que me callara ¿para qué iba a hablar?

—Pues ahora vamos a ver la juguetería *Hamleys*, te vas a quedar con la boca abierta, enana—Olivia le hizo cosquillas.

—¿Una juguetería? —la peque saltaba y daba palmaditas.

—Sí, pero no una juguetería cualquiera, sino una de las más grandes del mundo, tienes que verla—allá iban las dos.

—¿Y me podré comprar algo? —me miró con la carita más zalamera del mundo.

—Seguro que sí porque te lo voy a regalar yo—ahí iba la otra, ¡cualquiera la contradecía! —Olivia derrochaba carácter, yo me había dado cuenta de que la experiencia en Londres la había hecho más fuerte.

—¡Mira, Olivia, gente disfrazada! —nos estábamos acercando a la puerta y su carita se

iluminaba más por momentos.

—Sí, te van a encantar...

—¡Ya me encantan! Mira tienen pistolas de burbujas...

Lucía se colocó delante de aquellos personajes de la tienda y uno de ellos le apuntó con su pistola. Al ver salir las burbujas, se soltó de la mano de Olivia y salió despavorida hacia dentro de la tienda, como si le fueran a hacer algo, era muy cómica.

—Pero ¿dónde va esa loquilla?

—Es que está loca de alegría—le sonreí y nuestras miradas se encontraron. Por un momento las mantuvimos y dolió. Dolió el recuerdo de cuando nos hacía felices mantenerlas.

—Ya lo veo— salió ella del paso entrando en la tienda a buscar a Lucía.

La encontró bailando animadamente. Aquello, más que una tienda, parecía un espectáculo de *Broadway*. Lucía estaba entusiasmadísima y no era para menos: luces, esculturas de Lego gigantes, canciones infantiles, animadores provistos de helicópteros teledirigidos...

—Esto es el paraíso de la diversión para los niños—yo tampoco dejaba de mirar hacia todos lados.

—Y para los no tan niños—a mí me vuelve loca, aunque tengo que reconocer que la primera vez que entré eché mucho de menos a Lucía.

Maldije mi estampa en aquel momento y miré al suelo. ¿Por qué las cartas no podrían jugarse dos veces? Vaya si me salió caro aquel último polvo con la sueca...

Aquello era formidable, la niña saltaba, brincaba, se llevaba las manitas a la boca... no cabía en sí de gozo.

—¿Qué te pasa Lucía? —le preguntamos casi al unísono.

—Que estoy tan nerviosa que hasta me estoy haciendo pis—sus saltitos iban a más, parecía el

gran Chiquito de la Calzada.

—Pues vamos corriendo al baño—Olivia no podía estar más pendiente de ella—no vaya a ser que tengamos un accidente.

—Sí y vayan a decir que soy una meona—se puso otra vez la manita en la boca, como siempre que soltaba un disparate.

Fueron al servicio y a la vuelta nos quedamos recorriendo la planta baja, con cientos de peluches y golosinas.

—Coge lo que quieras—Olivia le dio un empujoncito.

—¿Cómo? ¿Me puedo llevar toda la tienda?

—Claro—le respondí yo—pero siempre que quepa en tu bolsito...

—¡Eso es trampa! —me apuntó con el dedo, riendo.

—Escoge una chuche y un juguete—Olivia puso cordura.

La niña se puso a seleccionar y yo le comenté que escogería cualquier cosa menos un oso. Le conté el miedo que le daban desde que el suyo fue envasado al vacío y ella entendió.

—Olivia—tiró de su manga— ¿Me puedo llevar esa jirafa gigante?

—Pero si es mucho más alta que nosotros... Esa no, loquilla...

Al final, de entre las muchas plantas que había, flipó con la de las niñas, un arsenal de Barbie, *Hello Kitty* y *Mi pequeño Pony*.

Lucía escogió una Barbie, que Olivia efectivamente se empeñó en regalarle y salimos de allí.

—Insistimos en invitarte a cenar—carraspeé.

—Vale, pero tiene que ser ya.

—Por supuesto, que mañana madrugas.

Escogió un local muy colorido, que hizo las delicias de Lucía y pedimos unos sándwiches de pollo que nos supieron a gloria.

Durante la cena, Lucía no paraba de jugar con su Barbie, y las miradas entre Olivia y yo se sucedían. Por mucho que intentara mirar más allá, mis ojos solo detectaban pena en los suyos.

La dejamos en la puerta de su bloque.

—¿Nos vemos mañana en el mismo lugar y hora? —me aventuré a decir. Siempre he pensado que el mundo es de los valientes.

—Vale—no dudó ni un segundo en aceptar y eso me encantó.

Nos despedimos y Lucía y yo nos dirigimos hacia nuestro apartamento. Cogidos de la mano, en nuestro rostro se esbozaba una amplia sonrisa por la posibilidad de volver a verla al día siguiente.

Capítulo 7



El jueves por la mañana a Lucía y a mí parecía que nos habían cargado las pilas a tope. Desayunamos de lo más animados.

—Papá, yo ya tengo ganas de ver a Olivia otra vez.

—Y yo, cariño.

—Te quiero contar una cosa...

—Pues hazlo.

—Yo ya no veo a Olivia enfadada contigo, la veo muy simpática. A lo mejor se viene con nosotros a Tenerife.

—No, cariño, no se va a venir con nosotros a Tenerife.

—Pero ¿por qué? Si ya no está enfadada se debe venir con nosotros a casa, ¿no te parece?

—No, cariño, no me parece porque hay otro problema.

—¿Qué problema? —prestaba ella mucha atención al asunto.

—Pues el problema de que no está enfadada, pero sigue dolida y eso es peor.

—¿Por qué es peor, papá?

—Porque a una persona que está enfadada se le puede pasar, pero cuando decepcionas a

alguien es más complicado.

—¿Y por qué es más complicado?

—Cariño porque hacer daño a alguien es como cuando coges un billete y lo arrugas. Saqué uno y le hice la prueba, arrugándolo.

—¿Qué haces? —se echó a reír.

—Lucía, le he hecho daño al billete y ahora quiero arreglarlo, vamos a intentar estirarlo, ayúdame.

Comenzamos a estirarlo y su carita era de decepción.

—Papá, por mucho que lo estiramos, siguen quedando arrugas. No podemos dejarlo igual que estaba.

—Mi niña, pues eso es lo mismo que pasa con mi relación con Olivia, por mucho que trate de enmendar lo que hice, no puede quedar igual.

—Pero papá, el billete así arrugado también mola.

—¿Sí? —le pregunté.

—Sí, no es el mismo que antes, pero también está guay.

Indiscutiblemente, me estaba dando una lección la pequeña. Quizás las cosas no volvieran a ser como las de antes, quizás no pudiéramos entablar exactamente la misma relación, pero sí una nueva.

Me aseé pensando en nuestra conversación y asomé la mejor de mis sonrisas. Por primera vez en mucho tiempo, aquella mañana empezaba a ver un rayo de luz después del túnel.

Salimos a la calle, volvimos a dar un paseo por aquel barrio que tanto gustaba a la niña y, sobre la una y media, nos sentamos a tomar algo en el bar en el que esperábamos cada día a Olivia.

Lucía estaba entusiasmada jugando con su Barbie nueva y yo aproveché para llamar a Daniel, con la intención de saber cómo se defendían en la empresa.

—Ey, fenómeno, ¿cómo van las cosas por la oficina?

—Fatal, jefe, no hemos querido decirte nada por no preocuparte, hay fuego... Están viniendo los bomberos en este momento.

—¿¿¿Fuego??? —menos mal que estaba sentado porque si no me caigo de espaldas.

—Es coña, no hay fuego, no pasa nada hombre. La única novedad es que Davinia asume mañana, y por un día, las labores de recepcionista porque Carlota y yo queremos darnos un garbeo, que también nos lo merecemos.

—Pues claro que sí, cabrito, ¿pero para eso tienes que darme antes el susto del siglo?

—Bueno, es que pensé que, si te lo daba, lo otro ya luego te parecería una menudencia—se echó a reír.

—No eres más jodido porque no entrenas—se me había hasta bajado la tensión.

—Tranqui, jefe, que está todo controlado...

—Ya lo veo, será por lo que me habéis consultado ni nada, la madre que os trajo al mundo, vais a acabar conmigo.

—Tranquilo, tranquilo.

—¿Y dónde vais?

—Pues de fin de semana un poquito largo, que quiero darle una alegría a ese cuerpo bonito que tiene la muchacha.

—Y al tuyo de paso también, ¿no?

—Muy agudo, sí. Y al mío de paso también. Bueno, hablando de todo, ¿y tú? ¿Has podido verla?

Lo puse en un minuto al corriente de todo y él se sorprendió bastante. Lo cierto es que no era de esperar la reacción de Olivia.

—Entonces, todo está saliendo a pedir de boca.

—No diría yo tanto, pero es mucho más de lo que esperaba.

—Eso parece. Carlota se va a poner muy contenta cuando se lo cuente.

—Gracias. ¿Y tú con ella? ¿Más de lo mismo?

—Viviendo el día a día, jefe, que es lo único que cuenta.

—Bueno, tú mismo, pero si por cobarde la pierdes, a mí no me vengas luego llorando...

—Sería por la primera, no he llorado por una mujer en la vida, hay muchos peces en el mar para eso.

—Bueno, bueno, espero que un día no tengas que tragarte tus palabras, mira cómo me veo yo por no haber hecho las cosas bien.

—¡No te quejes, que todavía lo enmiendas!

—El universo te escuche.

Nos despedimos deseándonos un buen finde y seguí un ratito hablando con Lucía, que ya estaba como cada día, deseando que llegara Olivia y no era la única.

—¡Papi, por ahí viene! —ese día no esperó ni a que le diera permiso, tiró la muñeca en la mesa y salió volando a su encuentro.

Olivia llegó con ella en brazos.

—¡Hola, Alexis! —me dio un beso en la mejilla, cada vez la notaba más cercana.

—¡Hola, guapa! Llevas una niña colgada encima—le hice un gesto señalándola—Te lo digo por si no te habías dado cuenta.

—Algo he notado, porque esta princesita cada día está más grande y pesa más.

—Pues tú estás un poco flacucha—Lucía en su inocencia soltó lo que era evidente, pues Olivia había perdido bastante peso.

—Es verdad, mi niña.

—Pues tienes que comer más o te vas a tener que quedar en el comedor de tu oficina.

—¿Y eso? —puso cara de no entender.

—Eso porque papá siempre me dice que si no como, me va a apuntar al comedor del cole y a ti tu papá te va a hacer lo mismo.

Era una crack Lucía, había que morir con ella.

—Bueno, puestas las cosas así, habrá que ir a comer algo, que me veo castigada—rio.

—Yo quiero ir al mismo sitio de ayer—ya estaba la zalamera poniendo caritas.

—Te gustaron las patatas fritas y el helado, ¿eh? —Olivia se la comía a besos mientras enfilaban al local de comida rápida.

—Gracias por consultarme—hice un gesto para recordarles que existía, ¡si aquello no era un matriarcado, que viniera Dios y lo viera!

—¿Qué vamos a ver hoy Olivia?

—Hoy nos vamos a subir a un autobús que te va a encantar.

—¿Y por qué me va a encantar?

—Porque es una chulada y tiene dos plantas.

—¿Dos plantas?

—Sí, una arriba y otra abajo.

—¡Pues yo quiero ir en la de arriba!

—Pues para la de arriba que va mi niña...

Cogimos el bus turístico de Londres y Lucía iba realmente entusiasmada. No quería más que hacerse *selfies* con Olivia y ambas iban poniendo caritas. Lo mejor del bus es que te puedes subir y bajar tantas veces como quieras e hicimos varias paradas. La última de ella fue para volver a llenar el estómago.

—Vamos a merendar en *Belgravia*, enana—le dio un toquecito en la nariz.

—¿Dónde?

—En *Belgravia*, es una pastelería de un chef francés, te va a encantar.

—¿Qué es un chef?

—Pues un señor que hace unas cosas riquísimas en la cocina.

—¿Cómo papá? Papá me hace unas meriendas muy ricas.

—Más o menos como las de papá, pero un poco más ricas—me miró riéndose.

Me volvía loco aquella risa. Bastaba con el hecho de que ella pusiera sus ojos en mí para que me olvidara de todas mis penas. Olivia ejercía un efecto balsámico para mi estado de ánimo.

—A ver chiquitina, te voy a hacer solo dos preguntas y tú me tienes que responder sí o no—Lucía se puso muy seria cuando Olivia le hizo esa propuesta.

—¡Vale!

—¿Te gustan los *croissants*?

—¡Sí!

—¿Y te gustan los donuts?

—¡Sí!

—Pues marchando un delicioso *Cronut* para esta niña.

—¿Un *Cronut*? —me quedé un tanto sorprendido.

—Sí, es una mezcla de croissant y donut, está para chuparse los dedos.

—No lo dudo...

—¿Me lo recomiendas?

—Mejor te recomiendo que cada uno pidamos una cosa y compartamos.

—Pues pide tú y asunto concluido.

—Vale, pues a la niña tráigale un *cronut* y a nosotros nos va a traer un vaso de chupito de esos que hacen con galleta con chips de chocolate y con el relleno de leche de vainilla y luego aparte fresas con nata a la inglesa.

—Creo que se te ha olvidado pedir algo, nos vamos a quedar con ganas de más... ¡Vaya merendola!

—Nosotros siempre hemos sabido merendar bien—su tono fue cien por cien melancólico.

—Sí, aquel paraje con el pastel de chocolate era...—me quedé callado, pues se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Cómo has llamado a la Barbie? — se dirigió a Lucía y cambió de tema para que se me pasara un poco.

—Olivia, se llama Olivia—la chiquitina se había convertido en mi mejor aliada, lo que no lograra ella...

Merendamos como reyes y además estábamos muy cómodos en aquel lugar.

—Papá, papá, ¡yo quiero que me hagas *cronuts* como estos en casa!

—Estoy apañado, me falta solo ponerme el gorro de cocinero—hice el gesto de que tenía el gorro largo en la cabeza.

—Pues si te lo vas a poner en casa, tiene que venir Olivia a verte, porque vas a estar muy gracioso—reía sin parar.

Eso sí, estaba rendida la peque. Desde que pusimos un pie en Londres ella no paraba y, cuando nos quisimos dar cuenta, se había quedado dormida en la mesa, con la cabeza apoyada sobre sus bracitos.

—Es un angelito—Olivia le pasó la mano sobre la cabecita, se notaba que la adoraba.

—¡Y mira que no tuvisteis el mejor de los comienzos! —se lo recordé y se echó a reír.

—¡Calla, calla! Yo creí que tu ex iba a hacer carteles de esos de “Se Busca”, como en el oeste, con mi cara y una recompensa.

Me quedé mirándola y no lo pude evitar, me salió del alma.

—Daría lo que fuera por volver a vivir esos momentos, salvo por lo de no tener a Lucía, claro...

—Alexis, creo que no deberías...

—Olivia, no puedo evitarlo. No quiero importunarte, sé que por culpa de mi comportamiento no soy nadie para venir a meterme en tu vida, para robarte la paz, pero sería absurdo...

—¿Qué sería absurdo?

—A mi parecer, y sin querer molestarte, sería absurdo seguir haciendo como si no pasara nada, Olivia.

—No sigas por ahí, por favor...

—Sé que no quieres escucharme, sé que es más fácil pedirme que me calle y no llegar a oír lo que tengo que decirte, pero necesito que lo hagas, por favor.

—No puedo, Alexis, me vas a perdonar, pero no puedo...

—No puedes porque has levantado un muro entre nosotros y con todo el derecho del mundo. Sé que mi actuación no fue correcta, pero de veras que en mi defensa diré que no creí que fuera a haber nada entre ambos cuando comenzó todo aquel infortunado lío...

—Pero en los últimos días sí estaba naciendo algo y, aun así, tú no paraste ese infortunado lío, como lo llamas.

—Créeme que lo intenté, sé que es difícil de creer, pero a mí aquello ya no me divertía.

—Alexis por favor, no entremos en detalles porque no sería justo para ninguno de los dos, pero nadie te puso un puñal en el pecho para que siguieras jugando con fuego. Lo hiciste y te quemaste.

Ese argumento no lo podía rebatir. Hasta ahí tenía razón, solo que ojalá hubiera podido lograr que viera las cosas desde mi prisma, aunque solo fuera por un momento, que supiera hasta qué punto había yo estado dispuesto a abandonar aquella vida por ella.

—¿Y si te dijera que justo cuando estalló aquella bomba yo ya tenía planes de...?

No me dejó acabar.

—Alexis, no quiero que sigas contándome nada.

—Pero Olivia, si me escucharas, a lo mejor cambiarías de opinión.

—Yo no puedo cambiar de opinión, primero porque por muchas promesas que me hagas,

después de lo ocurrido, yo ya no confío en ti.

—¿Y segundo?

—Segundo que yo no quiero que sigas por esa línea porque...—hizo una pausa.

—¿Por qué? Dímelo, por favor, necesito saberlo.

—Porque yo ya tengo otra persona en mi vida, Alexis.

Sus palabras cayeron sobre mí como un jarro de agua helada. Era lo último que podía sospechar en aquellos días.

—¿Me lo dices en serio, Olivia?

—Totalmente en serio, ya conoces mis principios, no bromearía con algo así.

En eso tenía toda la razón. Olivia era muy seria para todo ese tipo de cuestiones. Por desgracia, no era una broma, se trataba de que el destino parecía volver a hacer a aquella fascinante mujer inaccesible para mí, ahora que por fin había visto un rayo de esperanza.

—Entonces, ¿eso quiere decir que me has olvidado? —ella bajó la mirada, con profunda tristeza—Olivia, mírame por favor. Dime a la cara que me has olvidado.

—Alexis, no me pongas en esa tesitura, bastante mal lo he pasado ya, ¿no te parece?

—Sí, me lo parece, pero hay algo que no entiendo y te lo tengo que decir: tu semblante me parece demasiado triste para ser el de una persona que tiene una nueva ilusión en su vida.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando empezaste conmigo, aunque venías de lo que venías, yo percibía ilusión en tu mirada y ahora no veo un atisbo de esa ilusión en ella.

—Alexis, no puedo decir que te haya olvidado, pero en James, que así se llama, he encontrado la paz y la tranquilidad que tanto ansiaba.

—¿Y en eso se basa la vida? ¿En paz y tranquilidad?

—Pues mira sí. Piensa lo que quieras, pero yo prefiero vivir una historia más tranquila y en paz, aunque sienta menos pasión, que otra como una montaña rusa, por muy apasionada que sea.

—¿Y de veras crees que tu vida conmigo hubiera sido como una montaña rusa?

—Hubo un momento en el que creí que no, cuando estábamos en *Disney*, con la niña, que yo ya consideraba hasta un poco mía—la miró y a mí se me cayó el alma a los pies.

—¿Y entonces?

—Pues luego llegó el huracán, un viento cruel que arrasó con todo, llevándose consigo mis ilusiones y, sobre todo, mi confianza. Ese es el problema...

—¿Te refieres a que no podrías volver a confiar en mí?

—A eso mismo.

—Sé que te he dañado, que no podríamos volver a construir esa misma relación porque sus cimientos se han destruido, pero te propongo crear una relación paralela, igual de bonita...—me acordé de las palabras de Lucía aquella mañana.

Por desgracia, la teoría de mi niña no pareció surtir ningún efecto.

—Alexis, pero es que yo te soy totalmente sincera, para volver a levantar una relación desde cero contigo, una persona en la que ya no puedo confiar, prefiero hacerlo con James...

—¿Tan especial es?

—Es simplemente una persona entregada, un buen compañero de aventuras.

—¿Trabaja contigo? —los celos me estaban pateando el estómago y no sabía ni cómo gestionarlo.

—Sí, al principio de llegar aquí yo lo pasé rematadamente mal, no sabes cuánto...

—Algo puedo intuir, aunque sigues estando preciosa, has perdido mucho peso...

—Y eso que ya ve me ves más recuperada...

—Entiendo.

—Pues eso, James fue la persona que se encargó de alegrar un poco mi día a día, siendo detallista, atento, respetuoso... Me dejaba mi espacio, para lo que necesitara, pero siempre haciéndome entender que estaba ahí para mí.

—¿Y tú y él ya...?

—¿Quieres decir si nos hemos acostado?

—Sí—agaché la cabeza porque me dio vergüenza formular aquella pregunta tan directa, pero es que necesitaba saberlo.

—No, pero hemos salido varias veces y ha surgido una bonita conexión entre nosotros. Nos hemos besado y he vuelto a sentirme querida y mimada.

—Por una parte, me alegra que te haga sentir bien, aunque por otra, no voy a negar que tus palabras me duelen como si me estuvieran clavando un puñal...

—Puedo entenderte a la perfección y eso que las mías vienen de frente, yo no te estoy ocultando nada. Ahora cierra por un momento tus ojos e imagina enterarte de algo así por una tercera persona con la que te están engañando.

Si algo tenía Olivia, aparte de ser preciosa, es que era muy, muy inteligente. Con esa última frase acababa de desarmarme. Me hizo ponerme por unos momentos en sus zapatos y dolió. Dolió más de lo que jamás hubiera imaginado.

Me quedé sin fuerzas y sin potestad moral para argumentar absolutamente nada más a mi favor.

—Entonces, supongo que no va a valerte nada de lo que te diga. Incluso es posible que tengas que irte, a lo mejor él te espera...

—No, no des por supuestas tantas cosas. Estoy con vosotros en este momento porque quiero estar. A James le he dicho que estos días estaba ocupada porque habían venido unos amigos muy queridos de España.

—Eres una mujer increíble Olivia y, probablemente, yo me arrepiento hasta el último día de mi vida por no haber sabido valorarte como merecías desde el principio

Su mirada me indicaba un “ya es tarde para lamentaciones” que me hizo enmudecer. Despertamos a Lucía y salimos de allí.

—¿Vas a cenar con nosotros, Olivia? —la niña la llevaba cogida de la mano, para no variar.

—Esta noche no, cariño, pero mañana os veo, como todos los días.

—¡Joooo! Yo quiero cenar contigo.

—Lucía hija, no seas impertinente, mañana volveremos a verla y, como es viernes, seguro que se queda a cenar con nosotros.

—¿Mañana te quedarás, Olivia? —la miró con gesto implorante.

—Mañana sí, mi niña.

La despedimos en su portal. Aquella noche yo no tuve fuerzas ni para insistirle en que se quedara a cenar. Camino del apartamento y, pese a que era verano, sentí frío, un frío interior que me decía que la mujer de mi vida escapaba definitivamente de mis manos.

Capítulo 8



Y llegó el viernes. Olivia no tenía que trabajar el sábado y podríamos inventar algo, al menos esa era mi intención, pasar el máximo tiempo posible con ella.

El caso era que, a pesar de haberme encontrado con la lamentable noticia de que ella ya estaba conociendo a otro, que me partió el alma y que me tenía la moral por los suelos, quería creer que un pequeño rayo de esperanza seguiría alumbrándome, por muy débil que fuera su señal.

Esa mañana me puse a contestar emails mientras le daba el desayuno a Lucía. La pobrecita contaba las horas para reunirnos con Olivia.

— Papi, no me quiero ir a la isla sin mamá princesa.

— Lucía — reí — ella está trabajando aquí, por ahora, luego ya se verá. Le quedan tres semanas para cumplir su primer contrato y, además, no creo que quiera volver — le toqué la cabeza.

— Pues nos quedamos las tres semanas con ella y luego nos la llevamos — mojaba las galletas en el Cola Cao.

— Ya quisiera yo, cariño — sonreí con tristeza.

— Pues yo quiero y lo voy a conseguir — me sacó la lengua cerrando los ojos.

¡Qué difícil era todo! Vaya metedura de pata lo de la sueca. Como mujer, Olivia supo transmitirme la tarde anterior el dolor que había sentido al saber que durante unos días no fue la única con la que me acosté. Ahora podía entender mejor su decisión.

A ese dolor había que sumar el agravante de lo que le costó también a ella salir de ese estado de tristeza provocado por la muerte de su ex, pero ya no era momento para lamentaciones, sino para coger el toro por los cuernos.

En ese instante me sonó en el móvil un mensaje de Daniel.

“Ponme vuestra ubicación que quiero buscar por *Google Earth* exactamente dónde estáis, ya sabes que soy un friki”

Le puse la ubicación mientras negaba con la cabeza. El día anterior le había dicho que estaba por *PortoBello*, pero a este le gustaba mirar hasta lo más mínimo. Era un cotilla de primera.

Volvió a sonar otro mensaje.

“Asómate por la ventana”

¿Por la ventana? No entendía nada, a ver si se iba a pensar que me iba a poder ver en directo o es que había encontrado alguna *webcam* en la zona. Era un bichito andante, todo un personaje.

Me asomé con la intriga y no me podía creer lo que veían mis ojos: a él y a Carlota allí abajo saludando con la mano, al igual que a Martina. Negué y les abrí la puerta de entrada.

Subieron y la niña se volvió loca al ver a su amiguita.

— ¿Y esta sorpresa? — pregunté mientras los saludaba.

— Sabíamos que nos necesitabas. Queremos alegrar vuestro fin de semana — dijo Carlota con arte — Eso sí, nos tienes que dar alojamiento, aunque sea en el sofá.

— No — reí — el sofá lo dejamos para las niñas, ya que es sofá-cama. Vosotros dormís en el otro dormitorio, ni se usó ya que la pequeña estuvo durmiendo conmigo.

— Entonces voy a colocar las cosas — dijo desapareciendo en dirección a la habitación.

— ¿Qué haces aquí? — abracé a Daniel riendo — La verdad es que me alegra verte.

— Echarte un capote, como mínimo Carlota puede influir en la diversión, ya sabes cómo es — me hizo un guiño.

— Lo tengo crudo, amigo. A pesar de que Olivia me recibió muy bien y se está volcando mucho en nosotros, hay algo que no esperaba: está conociendo a otro...

— Joder, lo siento — me dio unas palmadas en la espalda.

— Tranquilo.

—Vamos a planear un secuestro — me pellizcó el cachete.

— Ay Dios, no empieces con las ideas.

Carlota terminó de colocar el equipaje y nos fuimos a la calle. Ya estaba cercana la hora en la que había quedado en el bar con Olivia, así que nos pusimos a tomar un vino allí hasta que llegara.

Y no tardó en llegar. Su sorpresa fue mayúscula. Se puso las manos en la boca al verlos.

Abrazó a Carlota y luego saludo a Daniel. A continuación, se fue hacia las pequeñas y las abrazó también.

— ¡Cuánta belleza junta! — les dijo haciéndoles una caricia en el pelo a cada una — No os imaginaba aquí ni en broma.

— Ni yo — dije riendo — se colaron sin previo aviso — volteé los ojos.

— Pero te dio alegría ¿A que sí? — preguntó Olivia sonriente.

— Muchísima — sonreí.

Nos tomamos allí un vino mientras charlamos animadamente con las niñas. Las dos insistían en almorzar pizza, cómo no, así que de allí nos llevó Olivia a una pizzería. Iba charlando en todo momento con Carlota, a la que llevaba agarrada del brazo.

Yo miraba a Olivia y sentía que el mundo se paraba. Seguía siendo aquella mujer preciosa de la que un día me enamoré. Sentía tantas ganas de abrazarla que me dolía en el alma, me causaba un malestar impresionante, no podía haber sido más tonto.

Su actitud con Carlota y las niñas parecía muy relajada. Sin embargo, se tornaba muy nerviosa cuando su mirada se cruzaba con la mía. Lo notaba en sus constantes tocamientos de pelo, no dejaba de colocárselo detrás de la oreja.

De allí nos fuimos hacia nuestro apartamento. Las niñas se metieron en el dormitorio a jugar a las casitas con las muñecas y nosotros nos situamos entre el salón y la cocina, en la barra que los separaba.

Habíamos comprado por el camino unas botellas de ron y refresco, así que me dispuse a preparar unos cubatas.

—De eso nada, tú serás el anfitrión, pero aquí, la encargada oficial de las bebidas soy yo. Siéntate—Carlota siempre tan servicial.

Me senté y observé a Olivia. La veía tan delgada que me preocupaba. A pesar de estar viviendo ese momento que me había contado, se veía que no estaba bien y eso no me dejaba disfrutar plenamente del viaje.

Carlota charlaba mucho con ella mientras que yo lo hacía con Daniel. Las niñas iban y venían a enseñarnos las prendas que les ponían a sus muñecas.

Un rato después, Daniel y yo nos fuimos para la cocina y preparamos una tortilla de patatas y una ensalada.

—Esto es un lujo, así os quiero ver siempre—Carlota estaba entusiasmada—tú ya puedes tomar buena nota del jefe. A él no se le caen los anillos por meterse en la cocina ni por nada.

—¡Ya estaba tardando en llevarme la bronca! Y eso que también he cocinado, imagínate si no llego a hacerlo—Daniel se partía de risa.

Tras la cena Olivia se despidió de todos y se marchó para su casa. Quedamos en que al día siguiente nos veríamos para pasarlo todos juntos.

— ¡Qué mal rollo! — exclamó Carlota cuando se marchó — La veo tan mal, aunque quiera sonreír, está muy demacrada. No se ve que rebose salud precisamente.

— Eso fue lo primero que percibí cuando la vi — solté el aire.

— Pero yo digo una cosa...Aún no tenías con ella nada firme para que se lo tomara tan a la tremenda — reflexionó Daniel.

— Líate tú con otra y verás cómo la sangre llega al río — dijo Carlota en tono bromista pero amenazante — No entiendes los sentimientos de los demás. No es plato de buen gusto enterarse de que una persona se lleva a la cama a dos alternativamente. Como mujer eso frustra y duele — volteó los ojos.

— Yo la entiendo — dije con tristeza — Me duele hasta ver cómo actué.

— Por mi culpa — dijo Daniel — Yo te convencí — negó.

— Al menos lo reconoces — dijo con retintín Carlota.

— Eh, que yo no estaba aún contigo.

— Ni lo estás, aún no tengo anillo.

— Ya volviste a hacer que me diera la urticaria — se rascó el cuello produciéndonos unas risas.

No tardamos en acostarnos. Antes de hacerlo, reservé el vuelo de vuelta desde el portátil, el mismo que el de los chicos, así volvíamos todos juntos. Volaríamos el domingo. Olivia estaba con nosotros por Lucía y no quería seguir irrumpiendo en su vida, con todo el dolor de mi alma, teníamos que volver a Tenerife.

Capítulo 9



El timbre sonó temprano...

Abrí y por supuesto era Olivia que nos traía el desayuno que había comprado, unos churros con chocolate que volvieron locas a las niñas.

— Tengo dos regalos por aquí — dijo entregándoles un paquete a cada una.

Lucía y Martina los abrieron emocionadas. Eran dos cajas de maquillaje para niñas, una para cada una. No tardaron en irse al baño a hacer de las suyas.

Carlota y Daniel seguían durmiendo. Les pusimos a las peques sus chocolates con churros en la parte de la sala y nosotros nos sentamos en la parte de la cocina a tomar café y cómo no, unos churros.

— Mañana nos vamos con ellos — sonreí con tristeza.

— Me alegra haberos visto estos días — me miró de forma que me partió en dos.

Me acerqué a ella y la abracé. Me salió del alma, ella respondió de la misma forma. Sabía que era en agradecimiento, pero también porque nos teníamos un cariño bastante fuerte.

— Te vamos a echar mucho de menos — le besé la mejilla y me separé.

— Yo también a vosotros — su tono era triste, se notaba que lo estaba pasando mal.

— Solo quiero decirte una cosa...

— Dime.

— Pase lo que pase, siempre tendrás en la financiera tu puesto esperándote.

Se le saltaron las lágrimas y se las sequé, no contestó a mi ofrecimiento.

Se levantaron Daniel y Carlota y lo primero que hicieron fue coger churros antes de saludar.

— Qué ricos, por favor — dijo Carlota dando un beso a Olivia.

— Te levantaste con hambre — sonreía.

— Pues no será porque desgasté mucho en la cama — carraspeó.

— Hombre — dijo de forma ofendida Daniel — Partiendo de la base que fue echarte y ya estabas roncando...

— ¿Yo roncar? Mala persona eres — bromeaba negando mientras Olivia y yo los mirábamos riendo.

— ¿Y cuál es el plan para hoy? — pregunté antes de que se engancharan y sacaran sus lenguas a pasear del todo.

— Pues lo que diga la jefa — señaló Carlota a Olivia.

— Tenemos opciones de turismo o llevar a las niñas al *Hyde Park*, pueden pasarlo muy bien. Por allí podemos comer y tomar algo mientras ellas corretean a placer al aire libre.

— Si, por favor, que las niñas correteen — se tiró Carlota sobre la barra haciéndose la agotada.

— Vamos ni que tu hija te tuviera así — respondió Daniel negando.

— Calla y déjame meterme en mi papel — sonó a riña.

— Bueno, haya paz...

— ¡¡¡Queremos parque!!! — gritaron las niñas desde la mesa de la sala. Estaban al loro de todo.

Las miramos y estaban enteras maquilladas, a su manera, obvio. Íbamos a necesitar unas cuantas toallas húmedas para quitarles todo eso.

— Vaya ocurrencia tuviste — le dijo Carlota a Olivia por los regalos del maquillaje — Menos mal que eres un sol que, si no, te dejaba a las niñas aquí en Londres por lo que hiciste.

— A la mía no — intervine riendo mientras advertía.

— Si es que eres un padrazo, madre — dijo Carlota mientras me agarraba la barbilla.

Olivia parecía mantener cierta distancia con las miradas, como que me las evitaba. Podía ser eso o que yo estaba viendo ya fantasmas por todos lados.

Las chicas se fueron a duchar a las peques y vestir las. De allí nos marchamos al parque. Lucía y Martina alucinaron con el lago. Nos sentamos en una terraza mientras ellas jugaban saltando y brincando por el césped.

Carlota no paraba de bromar diciendo que iba a mandar a Lucía y a Martina a un campamento y Daniel pedía a gritos que le mandara a él a una isla exótica.

Olivia reía escuchándolos, pero estaba de lo más cabizbaja. Yo la conocía y ella no lo estaba pasando nada bien.

Cuando la perdí sentí dolor, ahora lo seguía sintiendo, pero a la vez decepción conmigo mismo, por no haber sido capaz de comportarme cuando le decía que tenía que vivir, que tenía que superar lo de su novio y voy yo y la cago. Y por si eso fuera poco, la vuelvo a hundir ¿se podía ser más miserable?

Me lo tenía merecido, estaba claro que no era digno de disfrutar de Olivia como pareja, pero lo que más me mosqueaba era su semblante, ese que era incapaz de mirarme, ese que desde que le dije que al día siguiente nos íbamos cambió por completo.

— Olivia vente con nosotros mañana para la isla — le hizo un guiño Carlota.

— No puedo — sonrió mirándola.

— Claro que puedes ¿acaso te lo van a prohibir?

— No — sonreía con tristeza — Son muchas cosas y difíciles de explicar.

— ¿Pero tú quieres estar aquí?

Se hizo un silencio durante el que Olivia la miraba y parecía que no podía contestar.

— Estoy aquí — contestó dejando muchas posibilidades abiertas.

Se hizo otro silencio. Aquello había sonado a que tenía que estar, debía estar, pero no a querer estar allí. Me sentía impotente, sin saber qué hacer, pero no podía sacarle aquello que ella no quería contar o no se atrevía a exteriorizar.

— Pues creo que allí estabas mejor con nosotros — le hizo un guiño y siguió insistente.

— La verdad es que allí estaba bien, pero...

— ¿Y si te secuestro? — bromeó Carlota.

— No, no debes hacerlo — sonreía con esa tristeza que me dejaba hecho un trapo.

— No será por falta de ganas — ladeó la cabeza.

Olivia intentaba obviar el tema por mucho que insistiera Carlota, pero se notaba que guardaba mucho dentro de ella y que no quería hablarlo.

Pasamos todo el día juntos, cenamos cerca de los apartamentos y por la noche nos despedimos. Todos subieron y yo me quedé a solas un momento con ella para despedirme.

Le cogí las manos.

— Gracias por habernos dado la oportunidad de estar contigo — dije mirándola a los ojos, esos que parecían que iban a romper a llorar.

— No hay nada que agradecer — no podía sostenerme la mirada.

— Te repito que allí tienes tu puesto esperándote para cuando quieras volver, sea cuando sea.

No contestaba a esa sugerencia y miraba hacia el suelo mientras mis manos sostenían las suyas.

— Mirame, por favor — le levanté con una mano la barbilla con delicadeza — Dime que me quede aquí hasta que termines tus cosas y nos quedamos Lucía y yo con tal de volver contigo.

Las lágrimas comenzaron a brotarle, me dio un beso en la cara y se fue.

Noté cómo mi corazón se hacía jirones, me eché a llorar, tardé un rato en subir a la casa, fui a comprar un paquete de tabaco. Necesitaba fumar un cigarrillo, a pesar de que yo no fumaba prácticamente, ese día lo necesitaba como el comer.

Me acosté del tirón, las niñas ya estaban viendo unos dibujos, aguantando como podían. No tardarían en caer.

El domingo y con el corazón roto, aterricé en Tenerife.

Me despedí de ellos y me fui en el coche con la pequeña, que no paraba de preguntar cuándo iba a venir Olivia a la isla. Lucía no quería asumir que no volvería más a nuestras vidas como lo había hecho antes.

Me sentía tan derrotado o más que la primera vez que me separé de ella. Lo vivido en Londres me había superado por completo, lo de saber que estaba conociendo a alguien y verla tan mal eran dos cosas que me habían dejado destrozado.

Llegué a casa temprano. Serían las dos de la tarde, metí una pizza en el horno y me tumbé en el sofá mientras la peque veía dibujos animados.

— Echo de menos a Olivia — mordisqueaba la pizza y no perdía ojo a la pantalla.

— Es normal, cariño.

— Pues quiero que vayamos a verla otro día si ella no viene.

— Bueno, ya estuvo bien una semana.

— No, yo quiero más.

No seguí diciendo nada más, pues el cariz de la conversación vislumbraba que podíamos estar así hasta por la noche.

Era normal que la echara de menos. Se había volcado muchísimo en ella, la había hecho reír sin parar, la había abrazado en infinidad de ocasiones y, sobre todo, había vuelto a surgir una complicidad muy fuerte entre ambas.

Me puse a ver las imágenes en el móvil, todas las que le había tomado a mi hija con Olivia. Denotaban el buen rollo que había surgido entre ambas, como el que nació entre las dos al principio. Me mataba no poder seguir disfrutando de él.

Lucía se acercó y se puso a verlas conmigo, sonriente.

— Mira lo guapas que estábamos las dos con las faldas — se puso las manos en la boca mientras sonreía.

— Preciosas, por poco me muero de amor — levanté la ceja.

— ¿Por cuál de las dos, mueres más de amor? — me preguntó tirándose a mi pecho.

— Por supuesto que por ti — le hice cosquillas.

— Pero por ella también ¿eh?

Me hacía gracia eso. Ella quería ser la protagonista de mi corazón, pero también que me muriera de amor por Olivia.

El día fue duro, muy duro. Me dolía en el alma haberla dejado allí, no haberla podido traer de vuelta, no haber sido capaz de luchar por ese amor que sentía por ella.

Me había enamorado hasta las trancas, eso era algo totalmente cierto, lo sentía desde lo más profundo de mi corazón.

Me costó mucho esa noche coger el sueño. Se me saltaban las lágrimas del dolor que sentía por lo que había provocado. Había encontrado el amor verdadero y lo había dejado escapar como un tonto.

Capítulo 10



La primera reacción al despertarme el lunes por la mañana fue la de tener una señora resaca. Y es que beber no habría bebido, pero la idea de que Olivia hiciera su vida con otro hombre me martilleaba las sienes.

—Papi, papi, ¿me preparas tú el Cola Cao o me lo prepara Fina?

—Cariño, lo que tú quieras—yo me sentía como si me hubiera pasado un tranvía por lo alto de la cabeza.

—Bueno, pues que me lo prepare Fina porque tú tienes hoy una cara un poquito así...—se me quedó mirando fijamente.

—¿Un poquito cómo?

—Un poquito reguleras—se echó a reír y yo la cogí para hacerle cosquillas en la cama.

—¿Y tú? ¿Cómo es que te has despertado tan temprano? Si estás en tus vacaciones, si yo fuera tú no me sacaban de la cama ni a tiros...

—¿Ni a tiros, papá? ¡Vaya cosas dices!

—Ni a tiros pequeña—le aparté el pelo y la besé.

—Pues yo es que debo tener el “*Jet Lag*” ese.

—¿El “*Jet Lag*”? Pero ¿de dónde has sacado esa expresión? ¡Ven aquí que te como!

—Pues de mamá, que siempre que venía en avión, yo le escuchaba decir a Héctor por la noche que la dejara, que estaba con el “*Jet Lag*” y que no tenía ganas de jugar con él, que no sé yo a qué querría jugar ese hombre, si yo estaba acostada... Para eso que me lo hubieran dicho antes...

Lucía era mi mejor medicina, pese a haberme levantado un tanto pesimista me hizo reír a mandíbula batiente, ¡había que joderse, de las cosas que se enteraba uno! Vaya, vaya, con Cata, ni siquiera con su novio nuevo se dejaba caer, si es que siempre fue fría como la nieve...

—¡Buenos días, Fina!

—¡Buenos días, Alexis!

—¿No te importa ponerle el desayuno a la peque? Voy algo justo, se me han pegado las sábanas...

—Y aunque no, ¿para qué estoy yo aquí entonces? —rio.

—Gracias Fina, no sé lo que haría sin ti.

—Vete tranquilo y no vuelvas con prisa. Yo haré la comida y la casa y luego esperaré jugando con la cría hasta que llegues.

—Vale, Fina. De todos modos, sabes que vuelvo de la oficina directo. Me encanta llegar a tiempo para almorzar con ella.

—Lo sé, lo sé—estás hecho un padrazo.

Agradecí aquellas palabras porque al menos esa era una faceta en la que todo iba como la seda en mi vida. Bueno, a decir verdad, en esa y en la laboral. Vaya, para ser justos del todo, la única que me fallaba era la sentimental.

De camino hacia la oficina no se me caía ni un momento del pensamiento el hecho de que hubiera perdido las posibilidades de volver a recuperar a Olivia. La idea me hacía demasiado daño.

Decidí cambiar las tornas. Necesitaba dar una tregua a mi atormentada mente. La esperanza es

lo último que se pierde y yo intentaría pensar que volver a estar juntos no era posible por el momento, pero que quizás más adelante algo volviera a propiciarlo. ¿Qué? No lo sabía. ¿Un milagro? Pues quizás, pero si tenía que volverme creyente por Olivia, me volvía.

Llegué a la oficina y la primera con la que me topé fue con Davinia, que justo entraba también en ese momento.

—El jefe perdido. Míralo el tío, ahí viene hecho un pincel, como siempre—Davinia empezó a silbarme al ver que entraba.

Junto a ella estaba Carlota y el resto fueron saliendo de sus despachos.

—¡Ese jeje, ese jefe, eh, eh!!—empezaron todos a cantar, en el sumun del cachondeo.

—Pero vamos a ver, ¿aquí qué está pasando? —reí—Se va uno dejando una financiera y se encuentra a la vuelta una empresa de eventos, parece que preparemos fiestas.

—¡Más o menos! Voy por el confeti—Davinia hizo como que se iba a cogerlo, era la que más revolucionaba el cotarro.

Uno a uno, me fueron saludando.

—¡Cuánto tiempo! —Daniel y sus cosas—¿Dónde te escondes, jefe?

—Pues en un sitio en el que todos me encuentran, porque esta señorita y tú bien que lo hicisteis.

—¡Y anda que no te alegraste tú ni nada! Reconócelo, no puedes vivir sin mí. Es más, si no fuera porque en el fondo te da un poco de cosa lo que me cuelga, te casabas conmigo, seguro.

—¡Ay, Dios! ¡Ya me has provocado arcadas! ¿No hay nadie que me quite a este impresentable de al lado?

—Yo, yo te lo quito, que le voy a dar cachetadas hasta en el cielo de la boca, tanto miedo al compromiso y se va a querer casar contigo porque eres el jefe—Carlota lo cogió del brazo e hizo ademán de darle.

—Hombre claro, ¿no sabes tú eso de “por el interés te quiero Andrés”?

—Te la estás jugando por lo militar—lo miré, riendo.

—¡Nada, nada, paparruchas! ¡Yo no tengo ganas de trabajar hoy! ¿Y si ponemos el cartel de “cerrado” y nos vamos al bar? —No podía tener más morro el tío. Era tremendo...

—Deja de hacer ya el ganso y aparta para que yo también le pueda hacer un poco la pelota al jefe, que eres un acaparador—Fernando vino a darme un abrazo.

—¡Hola, Fernando! Esto no es serio, menos mal que estás tú para poner un poco de cordura, porque hay cada cabra loca suelta por aquí...

—¿Y este es el centrado? —Daniel se quejaba—Anda hombre, no me hagas hablar...

—Pero ¿qué tendrás tú que decir de mí? ¡Esto es una revolución!

Y a decir verdad sí, la oficina se había desmadrado no un poco, sino un mucho. Pese a que Fernando seguía casado, Davinia ya se había sincerado con las chicas de la oficina, Carlota y Elba, diciéndoles que entre ellos había tema.

Y hablando de Elba, ella fue la última que se acercó, dándome un fuerte abrazo.

Todos me preguntaron por Olivia y les dije que estaba muy bien, integrada, guapísima y que les mandaba un fuerte beso.

Después le comenté a Elba que entrara en mi despacho un momento. Me había ayudado a localizar a Olivia y merecía alguna información adicional.

—Dime cómo está esa chiquitina que se nos ha hecho londinense.

—Bien, bien— hasta me dolía hablar de ella.

—Me alegra, ¿Y...?

Elba no era tan imprudente como otros, pero tenía muchas ganas de saber, la pobre.

—Y creo que, de momento, no va a poder ser Elba, pero una cosa te voy a decir, vaya jugada maestra la tuya de enviarle tu pulsera para pedirle la dirección.

—¿Has visto? —me guiñó el ojo.

Debí poner cara de tristeza.

—Alexis, no desesperes, las cosas de palacio van despacio. La vida puede dar todavía infinitas vueltas. Yo conozco a Olivia y, si por algo pondría la mano en el fuego, es porque ella te quiere.

—Elba, te vas a terminar enterando, parece ser que Olivia ya está empezando a hacer su vida en Londres, tú ya me entiendes...

—¿Y?

—Pues eso, no sé si me he explicado...

—Te has explicado y yo te he entendido, pero también te digo que eres un tío que está acostumbrado a hacer lo difícil, fácil. Te he visto cerrar pactos que a priori parecían imposibles, reflotar empresas que estaban en las últimas... Tú no eres de los que tiran la toalla, Alexis...

Salió del despacho, dejándome pensativo. Después de mi paréntesis londinense, tocaba ponerse un poco al día. Me concentré toda la mañana en el trabajo, a excepción del momento en el que Carlota entró con el café.

Un rato antes de irme para casa a almorzar con Lucía, les dije a todos que ya podíamos bajar al bar. Era eso o que se amotinaran, de forma que creía que me iba a salir a cuenta.

—¡Yo tengo una propuesta que hacer! —Davinia levantó la mano y a esa le dábamos la palabra o se la dábamos.

—Hable usted, señorita, la escuchamos—a ver con qué nos iba a salir ese día.

—No es nada nuevo, pero insisto en que es la idea del año... ¡Nos tenemos que ir todos de crucero!

¡Ya estaba el lío!

—¡Apoyo la moción! Es una idea cojonuda para estrechar los vínculos laborales—la frase le quedó bordada al jeta de Daniel.

—Y quien dice para estrechar los vínculos laborales, dice para corrernos unas juergas y cogernos unas borracheras de miedo, ¿no? —Fernando se veía que estaba también por la labor.

—Pero vamos a ver, ¿esto cómo se plantearía? ¿Con parejas, sin parejas? —no estuve muy acertado en la pregunta.

—A ver Alexis, yo no sé si te has fijado, pero aquí al final hay un lío mortal, parejas, parejas oficiales, no sabría yo decir las que hay...—Elba trataba de clarificar un poco la situación.

Fernando era el que más tenía que decir a ese respecto, porque era el único que seguía casado, aunque encima liado con Davinia, ¡Sodoma y Gomorra se quedaba en pañales!

—A ver, yo tengo que decir que me apunto el primero, pero mi mujer no me acompañaría. Ya sabéis que ella está muy volcada en la tienda y tal y le vendría fatal cerrarla una semana.

—Y a ti te causa eso un dolor tremendo—Daniel si no hablaba reventaba y el comentario causó una risita irónica en Davinia.

—¡Pues entonces está claro! ¡Crucero de solteros! —Carlota estaba desatada también con la idea.

—¿Tú también estás soltera, maciza? —Daniel era masoca, le encantaba provocar a la fiera.

—Yo, totalmente. A mí, mientras no me pongan un anillo, soy libre como el viento—hizo un gesto de soltarse la melena.

Y allí empezaron las tres locas, ella, Davinia y Elba a cantarle al cafre de Daniel aquello de, *¿"Y el anillo pá cuándo"*?

Era todo un espectáculo ver al trío y lo mejor era el gesto de Daniel, que saltaba para atrás como si la pregunta fuera agua hirviendo.

—Yo no sé si lo termino de ver, la verdad—me costaba gestionar la idea. No podía evitar pensar en que la última vez que se habló del tema, Olivia estaba allí e iba a participar. ¡Qué triste me resultaba ahora!

—Pero vamos a ver jefe, ¿qué es lo que tienes que ver? — Carlota era pro- crucero total. Tú llevas a Lucía y yo llevo a Martina. Las niñas se pasan las vacaciones de su vida y los mayores ni te cuento.

—¡Pues claro que sí, Alexis! Las demonias, digo, las niñas en la guardería del crucero y nosotros al deporte que más nos gusta, levantamiento de vaso en barra...—Daniel tenía que decir la última palabra.

Desde luego, ganas no le faltaba a ninguno y a mí, maldita la gracia que me hacía en ese momento, pero tampoco quería ser el aguafiestas oficial del reino.

—Vale, venga, lo pensaré.

—¡Eso es que sí, chicos! —Daniel estaba haciendo la señal de la victoria.

—¡Yo me encargo de todo, jefe! ¡No te arrepentirás! —Davinia me espetó un beso en la mejilla y comenzó a formar una conga que terminó con todos sus compañeros desfilando por el resto del bar. ¡Hasta a mí me llevaron por delante!

Después de eso, me despedí de todos ellos y puse rumbo a casa. Almorcé con Lucía y pasé una tarde formidable con ella en el jardín, bañándonos en la piscina y hasta jugando a Barbie y Ken. ¡Por mi niña lo que hiciera falta!

Esa noche me acosté triste pensando en Olivia. Cerraba los ojos y me la imaginaba en compañía de James, un hombre al que ni siquiera le ponía cara, pero que se había convertido en mi principal enemigo, ¿me habría ganado definitivamente la batalla?

Capítulo 11



El martes me levanté y, pese a saber que los chicos no me esperaban, decidí volver a la oficina. El día anterior no me había dado tiempo de hacer demasiado.

—¡Buenos días, Fina! Hoy repetimos jugada. Si te parece bien, te dejo aquí a la peque, me voy a la oficina.

—¡Buenos días, Alexis! ¡Vaya buena educación que te dieron tus padres! Mira que pedirme permiso para eso cuando es mi obligación y además lo hago con todo el gusto del mundo...

—Supongo que habría que nacer dos veces para cambiar de modo de comportarse—reí.

Lucía estaba todavía acostadita. Me acerqué a su dormitorio y le di un beso.

—¿Te vas a trabajar, papi?

—Sí, cariño.

—Yo creía que este verano te ibas a quedar más en casa.

—Ya lo sé mi niña, te dije de no ir mucho, pero igual en estos días voy alguno más porque pronto te daré una sorpresa—me refería al tema del crucero.

—¿Qué sorpresa?

—Esa no es la pregunta. La pregunta es qué clase de sorpresa sería si te la contara—le di un beso y me fui.

Camino del trabajo comencé a pensar. Poca duda me cabía de que estos ya le estarían dando forma a la idea del crucero. Llevaba madurando una posibilidad desde la noche anterior: le enviaría un mensaje a Olivia, invitándola. ¿Creía que tenía posibilidades? No, pero no iba a dejar de intentarlo.

—Buenos días, Alexis. ¡Alerta, alerta, compañeros! Ya podéis hacer como que estáis trabajando, ¡ha llegado el gran jefazo!

—Buenos días, Carlota. Te noto de lo más animada, espero que eso tenga que ver con el hecho de que el cafre de mi amigo se esté portando mejor.

—Tú sabes, a ratos—rio.

—¿Hablando de mí a mis espaldas? —Daniel salió a saludarme.

—De eso nada, yo lo que tenga que decir te lo digo a la cara.

—Sí, sí, te pone a parir delante de la jeta esa fea que tienes, sin problemas, por eso pierde cuidado—reí.

—En esta empresa no se me respeta—bromeó.

—Ni fuera de ella tampoco—Carlota era la leche también buscando gresca.

—Un poquito de silencio o voy a poner la norma esa de prohibir las relaciones entre empleados—reí.

—¡Tarde, jefe, rematadamente tarde!

Y desde luego, allí no se había librado más que Elba, que era la única que mantenía su vida privada al margen de la oficina.

—¡Hombre, jefe! A ti quería yo verte—Davinia salió de su despacho.

—¡Ya! Algún asunto laboral que te quita el sueño, ¿es eso?

—Sí, sí, un asunto laboral en forma de crucero que...

—Que discutiremos al mediodía en el bar porque esta empresa se me está yendo de las manos. Como aparezca mi padre de visita un día me lo vais a matar—reí.

—Oído cocina, jefe, pero luego lo hablamos.

—Ok.

Daniel entró conmigo en mi despacho.

—¿Estás bien, Alexis? Hoy no te esperábamos.

—Sí. El caso es que, si nos vamos a ir de crucero y tal, quiero aportar también mi granito de arena para dejar atados y bien atados todos los expedientes.

—Genio y figura, ¿eh? Mira que nos dijiste que ibas a ir más por libre este verano.

—Y pienso hacerlo, no voy a venir todos los días, pero sí algunos más de los que había previsto.

—Pues que sepas que para mí es una gozada tenerte aquí.

—¡Largo de aquí ya, pelota! —le señalé la puerta, sonriéndole.

Me concentré a tope durante la mañana y me dio mucho de sí.

Llegó el mediodía y bajamos todos al bar.

—¡Tiempo muerto! —Davinia pidió la palabra.

—Ahora sí, larga todo lo que quieras...

—Mi menda lerenda, que es muy hábil buscando chollazos, ha encontrado un crucero para dentro de dos lunes que es el ideal. A ver, para que nos salga a mejor precio, no he buscado uno que nos lleve a la Conchinchina.

—¿Y dónde sería entonces? —Elba estaba también entusiasmada.

—Es un crucero por aquí por las Islas Canarias y Funchal, en Portugal. El precio es estupendo, las instalaciones formidables y las niñas van a estar como reinas, a su aire, y los mayores al nuestro.

—¡Ay, Dios mío! Mi Martina va a estar loca de contenta cuando se lo diga. ¡De crucero con Lucía! Es un sueño.

—¿Y de cuánta pasta estamos hablando exactamente? Que yo estoy ahorrando para comprarme la moto, a ver si me vais a joder el invento—Daniel era mortal.

—Mira este, ¿pues no eres de los que más está erre que erre con el crucero? No me seas rata —a Fernando le encantaba buscarle la lengua.

—¡Un poquito de por favor que me trastornáis! Que nadie se preocupe por el precio. Sabéis que este año hemos cerrado una serie de negocios muy interesantes—comencé a explicar.

—Sí, pero ¿qué tiene que ver eso con el crucero, jefe? —Carlota estaba con las antenas puestas.

—Pues que un buen jefe es aquel que sabe valorar una labor en conjunto. No lo habría logrado sin todos y cada uno de vosotros, chicos y esos negocios han arrojado un interesante beneficio. Por tanto, el crucero será cortesía de la Financiera Montalvo.

—¡Ese es mi amigo! —Daniel pegó un salto que casi dio en el techo.

—Te vamos a mantear, jefe—Davinia se acercó y me dio un fuerte abrazo.

—No es necesario, gracias—sonreí—ya me veía dando saltos en el aire a merced de aquella panda de descerebrados.

Todos me fueron dando las gracias, cada uno a su manera, aunque quien me emocionó fue Carlota. Tenía hasta las lágrimas saltadas.

—¡Vaya detalle, jefe! —me dio un fuerte abrazo— No sabes lo que significa para mí. En mi caso somos dos y me iba a ver un poco justa, aunque no dijera nada.

—No tienes nada que agradecerme, guapa.

Después de escuchar todas las propuestas habidas y por haber durante un rato me dirigí hacia casa a almorzar con Lucía.

—¡Papi, papi! —se lanzó en mis brazos—¡No paro de acordarme de lo de la sorpresa! ¿Me la puedes contar ya?

—Pues mira por dónde has tenido suerte. Ya es segura, así que te la contaré ahora mientras comemos. Vamos a despedir a Fina.

Nos pusimos a almorzar y ella estaba totalmente alborotada.

—La sorpresa es que nos vamos a ver otra vez a Olivia, ¿verdad? —sus ojillos echaban chispas.

—No, cariño, no es esa—me quedé un poco *plof*.

—¿Entonces?

—Pues entonces es que nos vamos de crucero.

—¿En un barco de esos grandes con piscina?

—En uno enorme y que tiene de todo—sus ojitos brillaban.

—¿Tú y yo solos?

—No, eso es lo mejor, nos vamos con todos mis compañeros de la oficina y se viene Martina también.

—¿Martina? ¡Gracias, papi! Nos lo vamos a pasar bomba—se puso a dar saltos.

—No lo dudo, peque.

—¿Y se puede venir una noche Martina a dormir para que planeemos lo que vamos a hacer durante el crucero?

—Vale, una nohecita nos la traemos.

—¡Eres el mejor padre del mundo! Pero una cosita papi, ¿por qué no le dices a Olivia que venga ella también?

—Cariño, se lo diré, pero es casi seguro que no pueda.

—Vale papi, pero inténtalo.

Esa tarde hice las reservas de las plazas del crucero que me había indicado Davinia y le escribí a Olivia.

“Olivia, sé que no esperas este mensaje, pero no puedo ni quiero contener la propuesta que tengo que hacerte. Los chicos han planeado el crucero aquel del que hablamos hace unos meses. Partimos dentro de dos lunes. Tienes un camarote reservado a tu nombre que ya está abonado. No quiero presionarte, solo decirte que me haría el hombre más feliz del mundo que aparecieras por el puerto. No respondas nada, solo piénsalo. Decidas lo que decidas, aprovecho para recordarte que tu puesto de trabajo te esperará el tiempo que necesites”

Diez minutos después tenía la respuesta.

“Alexis, te agradezco de corazón tu gesto, pero no quiero tenerte en ascuas hasta esa fecha. No puedo acudir al crucero. Deseo que lo paséis muy bien”.

Me había dejado claro lo del crucero y, en cuanto a lo del trabajo, no respondió nada, como era de esperar.

Su respuesta, por desgracia, era la que yo pensaba, así que no me cogió por sorpresa. Lo contrario hubiera sido lo que verdaderamente me habría dejado de piedra.

El miércoles no fui a trabajar y me llevé a Lucía a la playa. A ella le encantaba coger olas y yo

le había comprado una pequeña tabla.

Me ponía a su lado y hacía sus primeros pinitos sobre ella. Me encantaban esos momentos.

—Papi, papi, yo voy a ser surfera de mayor—me decía.

—¿Entonces ya no quieres ser jefa? —le preguntaba para buscarle un poco las cosquillas.

—No, he pensado que ser surfera es más divertido. Se lo voy a decir al abuelo Carlos cuando lo vea, para que no se haga ilusiones de que me voy a quedar con la empresa.

—Pero chiquilla, ¿tú de dónde sacas esas ideas?

—Pues porque sé que el abuelo cree que yo soy la heredera, pero eso que hacéis es muy aburrido, papi...

—¿La heredera? ¡Había que joderse! Al final Lucía iba a pensar que era una princesa de verdad.

El jueves sí acudí a la oficina.

—¡Buenos días, Carlota!

—Buenos días, Alexis. ¡Chicos, todos a sus puestos, ha llegado el jefe! —bromeó.

En los muchos años que llevaba en la oficina, jamás había visto aquel ambiente tan distendido de los últimos tiempos, parecía que estuviéramos en un *reality*.

—*¡Ese jefe, cómo mola, se merece una ola!* —Davinia salió de su despacho formando la marimонера—Dime que ya tienes las ocho reservas con nuestros nombres y te hago un monumento.

—No hace falta—reí pensando en un busto mío en la entrada, ni que fuera una estrella. Eso sí, callé sobre el tema de la reserva para darle más emoción al asunto.

—¡Suelta prenda, hombre! Me estás poniendo nerviosa...

—Pero ¿no eres tú la que nos dejas a todos en tensión cuando tienes que darnos alguna noticia?

—Pero yo porque soy así, tengo alma farandulera, tú eres más seriecito, arranca la moto ya, anda...

—Sí, tengo las reservas.

—¿Las ocho?

—Bueno, más bien tengo nueve...

—¿Nueve? —Davinia y Carlota me miraron con intriga.

—Sí, antes de que me interroguéis, es justo lo que estáis pensando. He invitado a Olivia.

—¿Y...?

—De momento me ha dicho que no vendrá, de todos modos, cruzaré los dedos.

—Mucha fuerza, jefe, vamos a visualizar todos que viene Olivia a ver si la buena onda le llega y le hace mover el culo hasta el barco—era un amor Carlota.

—Sí, bueno yo más que en visualizar creo que le insistiré cuando hable con ella, por intentarlo que no quede—Elba nos había escuchado hablar y salió de su despacho.

¡Desde luego, no se podía negar que estábamos “Todos a una, como Fuenteovejuna”!

Al salir ese día no quise entretenerme y me fui del tirón a comer con mi hija, pero antes hablé con Carlota.

—Lucía quiere que Martina se quede una noche a dormir con nosotros para, según ella, planear lo que van a hacer durante el crucero.

—¡Estas son dos noveleras de tomo y lomo! Piensa cuándo quieres que te la deje.

—¿Mañana viernes por la noche te viene bien?

—¿En serio me lo preguntas? —díselo a tu amigo, a ver qué le parece, ahí lo tienes.

—Le decía a Carlota de llevarme a Martina mañana por la noche.

—Pero ¿ya definitivamente? —a Daniel le encantaba picarla haciendo ver que no le gustaban los niños.

—¡Vete a freír espárragos! Para eso que te adopte a ti, ¡no te fastidia!

—¿Yo heredero de este? Vale, vale—asentía con la cabeza, feliz.

—Te daba una leche que te aclaraba—dije—Desgraciado, que me llevo a la niña mañana por la noche, que ya podéis hacer planes vosotros.

—¡Gracias, gracias! —se echó a mis brazos en plan cómico.

Capítulo 12



El viernes por la mañana me llegó un mensaje de Daniel.

“Espero que no asomes hoy por aquí el hocico y lo pases fenomenal con Lucía. Eso sí, esta noche te llevamos a Martina. Nosotros saldremos después a bailar, pero antes nos quedamos para que nos llenes la barriga. Prepara un vino de esos de ricos que tú tienes y algo de cena”.

Podía decirlo más alto, pero no más claro. Era un caso mi amigo. La cuestión es que yo de lo más agradecido, pues sabía que en el fondo lo hacían para que estuviera acompañado.

Pasé el día tranquilamente en la piscina con Lucía y por la noche llegaron ellos.

—¡Aquí estamos porque hemos venido, amigo! —Daniel traía un postre que olía delicioso.

—¿Lo has hecho tú? —lo miré sorprendido.

—La pregunta es de coña, ¿no? Lo he hecho yo...—Carlota me abrazó también.

—¡Vaya y yo que pensaba llevarme el mérito!

—No seas tan listo, anda.

—Alexis, te concedo el honor de que me sirvas una copa del vinito ese que de sibarita que te gastas.

—Gracias, amor— Carlota sacó un tono irónico.

—Ah vale, y otra a ella. Haberlo dicho y ya está. No hace falta que te enfades, fierecilla mía.

—¿Tengo que decirlo yo? ¿De verdad?

—Bueno, ya sabes cómo soy.

—Sí, Carlota. Ahí le doy la razón. No se le pueden pedir peras al olmo.

—Pero este no es un olmo, es un alcornoque. Y de primera.

Nos echamos todos a reír. Las niñas ya estaban a su aire.

—Papá, Martina y yo queremos cenar en mi mesa de princesas—señaló una mesa de esas de plástico, con sus taburetes, que mis padres le habían regalado y que teníamos en el jardín desde que llegamos de *Disney*. Para mí que lo hicieron para quitarle a la niña un poco la pena por la falta de Olivia.

—¿Lo ves bien, Carlota?

—Lo veo, lo veo.

Les pusimos allí la cena y nosotros nos sentamos también.

—Te tengo un chisme de los buenos—a Carlota le saltaban chispas de los ojos.

—¿De la oficina?

—Sí, sí, de la “telenovela Montalvo”, que cada vez es más jugosa.

—¡No hace falta que lo jures! Miedo me da...

—No, no es para dar miedo. Al menos no a nosotros, a Davinia quizás un poco más...

—¿A Davinia?

—Sí, te cuento. Resulta que nos ha comentado a Elba y a mí que anda preocupada. Por lo visto, la mujer de Fernando está muy melosa con él y Davinia está negra.

—¿Y eso?

—Porque yo creo que cuando Fernando empezó con Davinia, su matrimonio no debía pasar por muy buen momento, pero su mujer ha debido recapacitar y ahora está intentando reconquistarlo.

—¿Sí? Pues vaya papeleta—pensé que no lo tenía fácil, aunque él solito se había metido en la boca del lobo.

—Pues yo no veo la papeleta por ninguna parte. Que se quede con las dos y punto final.

—Punto final te voy a dar yo a ti, degenerado, ¿eso es lo que harías tú? —Carlota se revolvió como una bicha.

—Yo no, amorcito, claro que no, es él, por lo visto le gustan los juegucitos peligrosos.

—Claro y a ti no, tú eres un santo y te has pasado la vida rezando al rosario.

—Yo sí, que te lo confirme Alexis—era un provocador nato.

—A mí no me hagas hablar, que todavía te cojo por el pescuezo—arqueé la ceja.

—¡Estáis todos contra mí! Al final, de pura tristeza, me vais a hacer beber y yo no quería...

—Ni caso, que tiene afán de protagonismo. Te sigo contando...

—Sigue, que ya me tienes enganchado, vas a hacer de mí un cotilla en toda regla—reí.

—Pues nada, que Davinia estaba más cabreada que un mico porque resulta que mañana por la noche es el aniversario de boda de Fernando y su mujer y ella le había propuesto una cenita romántica con velas y que reservaran luego una *suite* de un hotel y todo.

—¡Acabáramos! Y Davinia está que trina.

—No lo sabes bien.

—Esto se pone interesante. Pelea de chicas en el barro, estas al final se cogen por los pelos—
Carlota le echó una mirada que lo dejó callado.

—Bueno, veremos cómo se desarrollan los acontecimientos. Ahora, si me dice Fernando que venga su mujer al crucero, me temo que no va a ser posible, apenas quedaban ya plazas.

—No, es que, si quisiera venir ella, la plaza que iba a quedar desierta era la de Davinia—rio
Carlota.

Terminamos de cenar y los chicos se fueron a bailar. Yo me quedé con las niñas, que decidieron hacer una fiesta de pijamas. Un rato después nos dormimos todos.

El sábado por la mañana vinieron a por ella y ya nos quedamos Lucía y yo solos.

—Cariño, ¿qué quieres hacer hoy?

—Quiero ir a la playa, con la tabla. Nos llevamos unos bocadillos y comemos allí.

—¿Quieres estar mucho rato?

—Sí. Martina y yo hemos planeado que tenemos que ir morenitas al crucero, para salir estupendas en las fotos.

¡Lo que había que oír!

Preparamos unos bocatas, cogimos los bártulos y pusimos rumbo a la playa. Por el camino íbamos hablando.

—Lucía, mañana no hagas planes, que nos vamos a almorzar con los abuelos.

—Vale, papá y yo estaba pensando que, si al final nos vamos a ir pronto de crucero, me deberías ya dejar unos días con ellos.

—Pues tienes más razón que un santo, cariño mío.

Por la tarde, Lucía y yo preparamos todas las cosas que se llevaría al día siguiente y hablamos

con mis padres, que estuvieron encantados con la noticia.

El domingo al mediodía llegamos a su casa y allí nos tenían puesta una mesa impresionante.

—Así que al final os vais todos de crucero, hijo—mi madre se quedaba en tierra, irremediabilmente.

—Eso parece, mamá.

—Yo a tu padre no lo convengo ni a tiros...

—¡Ay, Dios! ¿Ya me vais a dar la comida? —se ponía alerta con el tema.

—Ya lo sé, mamá, no os comenté nada porque sabía que papá no querría.

—No, no hubiera querido, hijo. Además, yo en su día también lo dije de broma, no lo de la idea del crucero, sino la de ir al mismo que vosotros. Nosotros no hubiéramos pintado nada allí—mi madre era muy prudente.

—Sí, sí, pero cuéntale, anda...—mi padre mostraba un gesto victorioso.

—¿Tienes algo que contarme, mamá?

—Sí, tu padre me ha sorprendido con un maravilloso viaje a Nueva York este otoño.

—Abuela, como en la peli de “Otoño en Nueva York” —Lucía abría los ojos como platos, era muy expresiva.

—Sí, cariño, al final tu abuela como una artista de *Hollywood*—empezaron las dos a posar en plan divas y les saqué una foto estupenda.

—Pues yo os dejo aquí a este regalito unos días, ya lo sabéis.

—¡Y que no lo hicieras! Tu padre y yo ya estábamos deseando tenerla con nosotros.

—¿Vamos a hacer muchos planes, abuelita? —Lucía ya había activado el modo zalamero.

—¡Muchos, muchos! —mis padres mataban por Lucía.

Pasamos un día formidable, en el que mi padre me preguntó por la marcha de la oficina y yo le contesté que todo fantástico, como siempre. ¡Si él supiera!

—Una de estas mañanas me pasará por allí para saludar a los chicos.

—Cuando quieras, papá, ya sabes que siempre les da mucha alegría verte aparecer—pensé que tendríamos que fumigar antes para disipar tanta feromona como había por allí últimamente.

Pasé todo el día con ellos y por la tarde me despedí. Recogería a Lucía el domingo siguiente, con idea de tener toda la semana libre para preparar temas laborales y todo lo necesario para el crucero.

Durante el trayecto a casa, Olivia no se caía de mi pensamiento ni un instante. Por mucho que me pasara todo el día atendiendo mis obligaciones, siempre estaba en mi mente.

Llegué a casa y me sentí solo. Ya estaba acostumbrado de tal modo a la presencia de mi niña que no me hallaba sin ella. Abrí el Facebook y no pude evitar mirar el de Olivia. Como siempre pura discreción, no publicaba nada de su vida personal.

Eso sí, estaba bellísima en la foto de perfil que acababa de poner, aunque sus ojos denotaban la tristeza que últimamente la acompañaba. Me recreé mirándola durante un rato.

No me di cuenta de en qué momento caí dormido. Solo sé que, en un momento dado, me desperté abrazado a la Tablet y su imagen seguía estando allí de fondo.

Capítulo 13



Lunes por la mañana y la oficina parecía una fiesta.

—¡Buenos días, Carlota! Os estoy escuchando desde las escaleras—reí.

—¡Buenos días, Alexis! Sí, es que parece que aquí ya se respira ambiente de crucero—sonrió ampliamente.

—Ambiente de despido es lo que se va a respirar como no nos pongamos todos manos a la obra—bromeé.

—Eso sí que no—Davinia salía de su despacho y me había escuchado—Aquí habrá mucho cachondeo y todo lo que tú quieras, pero nuestro trabajo está hecho.

—Vale, ahora paso por cada despacho y os tomo la lección—guasa teníamos todos.

—¡Por el mío el último, que voy haciendo chuleta! —la voz era de Daniel y procedía de su despacho.

—¡Tú expulsado del tirón! —ya lo veía venir hacia el mío.

—Te me estás aburguesando, jefecito, al final vas a ser de derechas y todo...

—¿Y qué tiene de malo ser de derechas? —Fernando saltó desde su despacho. Aquello era un auténtico sainete, parecía que las paredes escuchaban.

—¡Alto ahí! Empezáis a hablar de política y es que os recorto los sueldos, por ahí no paso.

Palabra que no—aquello sí que me superaba.

Me senté en mi despacho y Carlota no tardó en entrar.

—Deja a Fernando hoy que desbrave, yo creo que lo necesita—su tono de voz era flojito.

—¿Y eso?

—Estoy deseando contártelo, pero no puede ser aquí. ¿No tendrías quince minutos para un cafelito?

—Venga, un día es un día.

Bajé con ella al bar.

—Suelta por esa boca, amiga.

—El karma, jefe, ha sido el karma.

—Como no te expliques un poco mejor...

—Bueno, ya sabes que yo con el tema de que se le pongan a ninguna persona los cuernos no comulgo y Fernando estaba con las dos a saco...

—¿Estaba? ¿En qué punto me he perdido?

—Estaba, estaba, te cuento. Resulta que Fernando y su mujer quedaron para cenar como te dije y luego para ir al hotel.

—Sí.

—Pues por lo visto, según le contó Fernando ayer a Davinia y ella antes a nosotras, su mujer estuvo de lo más atenta durante la cena.

—Bueno sí, hasta ahí es lo que cabía esperar.

—Sí, sí, pero no adelantes acontecimientos. Lo gordo llegó luego, cuando subieron a la *suite* del hotel.

—Me tienes en ascuas.

—¡Es que es muy fuerte, Alexis! Cuando subieron abrieron la puerta de la *suite* y se encontraron dentro a otro tío.

—¿A otro tío?

—Sí, sí, Fernando no entendía y le pidió disculpas, pensando que se habían equivocado de habitación.

—¿Y no?

—No. Entonces su mujer le dijo que no era una equivocación, que podían estar juntos los tres.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. Fernando le dijo que eso era imposible, que ellos eran un matrimonio, que no entendía nada y que no comprendía cómo podía pretender meter a un tercero en su relación.

—Ya, ya veo por dónde van los tiros...

—Claro. Su mujer le dijo que eso lo hubiera pensado antes de meter él a una tercera persona y después le sugirió que ya podía pasar por sus cosas y comerse a Davinia con patatas fritas, que ella lo sabía todo.

—¿Estaba al tanto de la persona que era y todo?

—Sí, por lo visto sí. Se ve que había visto un mensaje de WhatsApp entre ellos...

—Madre mía, lo único bueno del asunto ha sido que por lo menos esta no se ha colado en la oficina a montar el numerito, como la sueca...

—No, no, porque últimamente esto es el acabose—Carlota se reía.

Subimos y me pasé por el despacho de Fernando.

—No voy a negarte que ya estoy al tanto, lo siento Fernando.

—No te preocupes Alexis, ya sabes cómo van estas cosas.

—¡Y tanto que lo sé! Por menos tengo yo mi vida patas arriba en estos momentos.

—Pues sí, ¡vaya putada!

—Consuélate. Tú al menos tienes a Davinia.

—Sí, es una tía cojonuda, espero que no me dé una patada en el culo ahora también.

—Yo creo que no, me da que está por ti—salí de su despacho.

Para mí, el hecho de que Davinia estuviera tan afectada con el acercamiento de la mujer de Fernando era determinante. Pensaba que estaba por él.

Me pasé la mañana haciendo el paralelismo en mi cabeza. No lo podía evitar. Estaba claro que unos nacían con suerte y otros estrellados, y yo, en las cuestiones sentimentales, debía estar en ese último grupo, por mucho que me pesara.

Al acabar la jornada, hubo reunión en el bar. Los ánimos estaban de lo más exaltados con el crucero. A una semana vista, la gente estaba que se salía.

—¿Y no tenéis folletos ni nada para que nos vayamos haciendo una idea de cómo es el barco?
—Daniel estaba bastante más interesado desde que sabía que era gratis.

—¡La madre que te parió! Pero ¿serás troglodita? —Davinia se exaltó.

—¿Troglodita, yo? ¿Qué he dicho ahora?

—La burrada esa de los folletos, un poco más y vas a buscar un dibujo del barco a las cuevas de Altamira, hijo. Míralo por Internet.

—Él es así, muy tipo macho ibérico, apasionado pero bruto—Carlota lo definió rapidito.

—No, si ahora voy a ser yo el españolito de las películas de los años 70, el típico machito ibérico que iba a la playa a ligar con las...—de repente se quedó pálido, él solito estaba cayendo en su propia trampa.

—¿A ligar con las suecas? ¿Era eso lo que ibas a decir? Porque a lo mejor no andabas desencaminado—Carlota estaba ofuscada.

—Yo no abro más el pico que se ve que calladito estoy mucho más mono.

—Pero mucho más—Carlota lo estaba fulminando con la mirada.

—¡Tiempo! ¡Tiempo! —exclamé, vamos a tener que incluir en los presupuestos de la empresa dos cajas de Ibuprofeno por cabeza y semana.

De camino a casa pensaba que no podía culparlos por estar de lo más animados. Era yo quien estaba de capa caída. Me estaba costando muchísimo gestionar la información que me traje de Londres.

Verlos a todos con sus planes para el crucero, en pareja, aunque no fuera nada oficial, me hacía sentir una sana envidia. Salvo Elba, que estaba sola pero bien, igual tenía que aprender de ella, claro que es más fácil estar solo cuando no estás enamorado.

Esa tarde la pasé en casa, de relax total... Un poco de lectura, una pizca de música, otro mucho de piscina y sol a raudales. Pensaba en mi dulce Olivia, que estaría en el nublado Londres y me costaba respirar, ¿cómo me hubiera gustado darme un chapuzón con ella!

Por la noche me sentía un poco angustiado, seguía notando esa presión en el pecho. Llamé a mi peque, a mi alegría, para intentar salir un poco de ese estado.

—¡Hola, papá!

—¡Hola, mi vida! ¿Lo estás pasando bien con los abuelitos?

—Mucho. Oye, papá, ¿por casualidad no te habrá llamado Olivia para decirte que se viene con nosotros al crucero?

—No, mi vida. De haberlo hecho, te lo hubiera dicho.

—Vale, pero es que como el abuelo dice que los jefes tenéis muchas cosas en la cabeza, pensé que a lo mejor te lo había dicho y se te había olvidado.

—No, mi niña, no se me habría olvidado.

Me despedí de ella, después de que me contara cómo había pasado el día y me quedé pensando en sus palabras. Así tuviera un millón de cosas en la cabeza, jamás se me podría olvidar la que era mi pasión: Olivia.

El martes por la mañana llegué a la oficina y, tan pronto como me metí en el despacho, un desmejorado Daniel entró por la puerta.

—¿Has visto un fantasma? Vaya careto traes.

—Sí, sí, que eso digo yo también, que buenos días—se sentó.

—Desembucha, ¿no te habrás corrido otra vez una juerga de las tuyas? —yo creía haberlo dicho flojo, pero él estaba acojonado.

—Baja el tono, por lo que más quieras. Nada de eso. He estado toda la noche en el gabinete de crisis.

Para nosotros, el gabinete de crisis era el wáter, ese lugar que solía acogernos cuando la barriga se nos soltaba por una preocupación.

—¿Qué has hecho?

—Palabra de honor que nada, me estoy comportando como un tío normal por una vez en mi vida.

—¿Dispuesto a claudicar entonces? —le hice la señal de poner un anillo en el dedo.

—¡Vete a la mierda! Tampoco te pases. Hay un punto medio, pero vamos que me estoy portando de lujo, eso te lo puedo garantizar.

—Entonces, ¿a qué viene tanto miedo?

—¿Podemos bajar al bar a tomar un café? Aquí hay oídos por todas partes.

—¿Habrá alguna posibilidad de llegar a esta oficina una mañana y empezar a trabajar sobre la marcha?

—Seguro que sí, pero otro día, yo soy tu mejor amigo y me necesitas.

—¿Cómo?

—Que te necesito, me he equivocado—hasta para eso tenía cara el tío, era capaz de darle la vuelta a cualquier situación.

Fuimos a salir para el bar y Carlota nos cortó el paso.

—¿Dónde vais? ¿A por un cafelito? Yo tampoco he desayunado, ¿os importa si os acompaño?

—No, no puede ser—Daniel le respondió de lo más decidido.

—¿Y eso?

—Porque el jefe no quiere—lo miré con cara de asesino, ¡me echaba a mí el muerto y seguía tan campante! Era muy grande el tío...

—¿Y eso?

—Tiene un apuro y necesita a un amigo, cosas de hombres—le hizo un cariño en el cachete y siguió andando.

—Muy misteriosos estáis vosotros, espero que no estéis tramando algo—al final se veía venir que la bronca me la llevaba yo. Negué con la cabeza y salí andando.

—Tú no serás el tío con más cara del mundo, ¿no?

—Casi, pero igual termino con el récord del tío al que más veces se la partan.

—Larga ya, anda que por mi mente pasa de todo.

—Pues mira que anoche estaba en mi casa esperando a Carlota. Habíamos quedado porque sus padres se llevaron a Martina e íbamos a pasar la noche juntos.

—Estupendo, ¿no?

—Sí. Si no fuera por el pequeño detalle de que habíamos quedado a las diez y a las nueve y media se coló Grace por las puertas.

—Grace, ¿tu Grace?

—Sí, la misma Grace cuyo marido me dio la piña del siglo en el ojo.

—Joder tío, lo tuyo con Grace va por fascículos, parece “La Historia Interminable” — canturreé un poquito la banda sonora y su cara no era de muchos amigos.

—¿Qué dices de “nuestra” historia? Hace meses que no me acuesto con ella. La última vez que la vi fue acercarme y me cayó la más grande, no la llamo, no la veo, no la sigo en las redes ¿y tengo una historia con ella?

—Vale, vale, ahí me he colado, pero es que en el pasado os disteis mucha guerra...

—Sí, pero eso está ya muerto, finiquitado, enterrado.

—Vale, ¿y qué pasó?

—Llamaron a la puerta y abrí. Me quedé helado cuando la vi allí, tan, tan... tan Grace.

—O sea que iba de lo más provocativa, ¿no?

—Sí, de lo más provocativa y lo siguiente. Antes de que me quisiera dar cuenta ya había pasado e intentó besarme.

—¡No jodas!

—¡Como te lo cuento!

—¿Y qué hiciste?

—Pues rogarle, suplicarle y casi implorarle que se fuera.

—¿Y ella?

—Ella me decía que era muy morboso el juegucito de que la rechazara, que estaba excitándose mucho y más volvía a la carga.

—¿Y cómo te libraste de ella?

—Pues me costó Dios y ayuda, tuve que ponerme muy serio para que comprendiera que no era ningún juegucito, que pasaba de ella de verdad.

—Y mientras el reloj corriendo...

—El reloj corriendo y yo cagado de miedo. Salió de mi casa, blasfemando en arameo, a las diez menos cinco y a las diez entró Carlota por la puerta.

—Vamos que al final, salvado por la campana...

—Sí, sí, a punto estuvo de pillarme en el salón con ella y lo peor es que yo me acordaba de ti y del puto karma y pensaba que como nos encontrara allí a los dos, cualquiera la convencía de que yo no quería.

—Veo que estabas bastante afectado, ¿no?

—Pues sí, ¿y qué? —percibo un cierto tonito irónico en tus palabras.

—Un poco. ¿No eras tú el que decía que había muchos peces en el mar y que si no era ella sería otra?

—Sí, ¿y?

—Pues que parece que, a la hora de la verdad, la posibilidad de perder a Carlota te afecta bastante más de lo que reconoces.

Por una vez, el bravucón de Daniel guardó silencio y hasta pareció tener capacidad de pensar.

Volvimos a la oficina y trabajamos el resto de la mañana. Esperaba que mi amigo reflexionara, por su bien.

El resto de la semana pasó volando. Dado que no estaba Lucía, me acerqué todas las mañanas por la oficina. Por la tarde, aprovechaba para descansar, tomar un café con algún amigo o ir de compras para hacerme con alguna ropa para el crucero, así como con algún bañador más para Lucía, pues imaginaba que iba a necesitar muchos cambios.

Y así, como quien no quiere la cosa, llegó el viernes y el revuelo en la oficina ya era absolutamente sensacional desde por la mañana.

—¡Jefe, a esta hora el lunes ya estaremos a remojo como los garbanzos! —Daniel y sus cosas.

—A esta hora todavía no, animal de bellota.

—Veréis, que por unas horas me va a dejar el tío por mentiroso.

—Pues yo voy a coger la botella cuando entre en el barco y no la voy a soltar hasta que salga de él—Davinia tenía claras sus preferencias.

—Yo solecito es lo que quiero—me he comprado una pabela que...—Carlota no pudo terminar la frase.

—Una pabela que sirve para darnos sombra a todos, os lo aviso—Daniel y sus provocaciones.

—¿No te gusta mi pamele?

—Sí, mujer, el único problema es su tamaño, que viene a ser el mismito de una plaza de toros.

—Anda y que te den morcillas. Una artista es lo que voy a parecer.

—Yo sí que voy a parecer una artista, pero del escaqueo, no pienso hacer ni el huevo esos días, voy a que me lo pongan todito por delante—Elba parecía decidida.

—Bueno, por ligar sí podrías hacer un esfuerquito, ¿no? —Davinia tenía para todos.

Fernando era el que estaba más callado y es que los acontecimientos de las últimas horas todavía lo tenían un poco trastocado. El crucero también le vendría fenomenal para desconectar un poco de lo vivido.

Aquella mañana costó un poco concentrarse, pero lo hicimos. A la salida estuvimos un ratito en el bar y de ahí cada uno para su casa.

Según los vi desaparecer, recordé aquellos días en los que deseaba que todos se marcharan para poder quedarme a solas con Olivia y ofrecerle un plan. Me estremecí porque, si cerraba los ojos, era capaz de verla allí junto a mí.

—¿Qué coño haces? —Daniel se había vuelto y me pilló un poco en plan Zen.

—Perdona, creí que os habíais ido...

—¿Y tú estabas aprovechando para meditar aquí?

—¡Calla ya y tira!

—He vuelto porque dice Carlota que mañana cenamos los tres en mi casa, ¿te viene bien?

—Me viene.

Capítulo 14



Sábado por la noche y allí iba yo, camino de la casa de Daniel, botella pija de vino en mano, como diría él.

—¡Bien se nota donde hay dinero! —mi amigo abrazó a la botella antes que a mí.

—Anda que vaya recibimiento que le has hecho, que es el jefe—Carlota le dio un codazo, en plan divertido.

—Pues si espera que yo le rinda pleitesía, la lleva clara...

—No espero nada energúmeno, solo que pasemos un buen rato, que no sé por qué, pero te quiero.

—Ya sabía yo que al final te me declarabas, y el caso es que ahora me coges en mal momento porque mi corazón parece estar ocupado—se llevó la mano al pecho.

—Pues menos mal que tu corazón alberga algo mejor, porque en el cerebro nada más que debes tener serrín—reí.

—¿Has venido a mi casa a insultarme? Que ya sabes lo que pasa luego, soy muy sensible y tengo que beber para olvidar...

—Alexis, hemos preparado unas pizzas caseras—Carlota estaba de lo más atareada.

—¡Huelen muy bien, Carlota! Eres un amor...

—Pues sí, y tú toma nota, fijate las cosas tan bonitas que me dice el jefe—se dirigió a Daniel.

—Ya, pero es que yo voy de otro palo, más que del romántico, del sexual... ¿O quién es tu bestia en la cama? —se acercó a ella por detrás y le dio un mordisco en el cuello.

—¡En la cama y fuera de ella! Quitá, demonio. ¿Será posible el mordisco que me ha arreado el tío? No he visto otra cosa igual en mi vida...

—Desde luego que más bruto y no naces...

—Pero a ella le gusta, en el bote la tengo, ¿a qué sí churri?

—¿Churri me vas a decir? Mira te voy a dar con el palo de amasar la pizza, lárgate de aquí, hombre...

—Nos echan de la cocina. Vamos a sentarnos un poquito al salón que estoy muy afectado, me trata fatal—bromeó.

—¿Afectado tú? No sabes lo que es eso...

Nos sentamos en el salón y me moría de risa porque, en silencio, él recreaba el mal rato que había pasado la noche que estuvo allí Grace, con gestos, señalando dónde estaba cada uno y poniendo cara de mártir.

La velada fue muy agradable y los chicos no paraban de decir lo contentos que estaban todos con la idea del crucero. Sentados en el jardín de Daniel, mis recuerdos eran contradictorios. Allí fue dónde se comenzó a mascar la tragedia de las suecas.

—Lo pasaremos sensacional y las niñas están como locas, por no decir este que, a la chita callando, este está contando las horas...

—Vamos que tú no.... —le contestó Daniel.

—Yo también, ¿y tú Alexis? No te he escuchado hablar mucho del asunto.

—Yo también estoy muy contento, ya lo sabéis, solo es que...

—Imagino, que te gustaría que viniera Olivia, ¿no? —Daniel se estaba empezando a achispar y me puso el brazo por encima en plan compadre.

—Un poco—sonreí.

—Venga, no nos pongamos intensos, ¡un poquito de musiquita para alegrar el alma!

Carlota puso música y, lo malo era que yo, que ya tenía también alguna copita encima, identificaba todas las letras con Olivia. A decir verdad, no estaba siendo mi noche.

Un rato después dejé a los chicos solos. Pensé que ellos podrían aprovechar sus horas de intimidad y yo no me sentía la mejor compañía.

El domingo por la mañana ya tenía toda la ropa preparada encima de las camas, solo para meterla en sus respectivas maletas.

Al mediodía me dirigí a casa de mis padres. Almorzaría con ellos y ya me llevaría a Lucía para casa.

—¡Papá, papá! —se lanzó sobre mí como si no me hubiese visto en años.

—¿Dónde está la mujercita de mi vida?

—¡Aquí! —levantó el brazo.

—¿Lo has pasado bien?

—¡Siiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii! —la respuesta no dejaba lugar a dudas.

—¡Vaya si te has puesto morenita!

—Claro, te lo dije...

—¡Mañana es el gran día, pequeña!

—Sí, papá.

Abracé a mis padres y compartimos un almuerzo de lo más agradable, transcurrido el cual, mi madre nos dio como un millón de besos, a cada uno, y nos dirigimos a nuestra casa.

—Papá, ¿me has echado un salvavidas en la maleta? —me preguntaba Lucía mientras íbamos en el coche.

—¿Un salvavidas, hija? Si tú nadas muy bien desde que eras una renacuaja, no necesitas eso para la piscina.

—No, es por si Martina y yo nos caemos del barco.

—¿Por si os caéis del barco? —me estaba dejando loco.

—Claro, porque el abuelo dice que el barco se mueve mucho y como vosotros también decís que Martina y yo no paramos, pues a lo mejor nos caemos del barco.

¡Lucía y su fantasía! Ya había vuelto la alegría a mi lado. Mi peque tenía la capacidad de sacarme la mejor de las sonrisas.

Esa noche escuché que contaba ovejitas y me acerqué a su cama.

—¿No puedes dormir, cariño?

—Nada de nada, papi. Estoy muy nerviosa.

—Pues te voy a ayudar a contar ovejitas y verás lo pronto que te duermes.

—Vale, papá, pero que sean ovejitas y no osos, que ya sabes que luego tengo pesadillas.

—No, cariño, hasta diferenciar a una oveja de un oso llevo—la miré riendo, ¡era la leche mi Lucía!

En nada cayó rendida.

Me metí en la cama y mis peores augurios se hicieron realidad. El que iba a necesitar contar

no ovejas, sino rebaños enteros, era yo. El crucero ya estaba a la vuelta de la esquina y al día siguiente me enfrentaría a la cruda realidad: zarparíamos sin Olivia.

La idea dolía más de lo que podía imaginar a priori. Cada vez que tenía que enfrentarme cara a cara a la realidad de que estábamos separados, me costaba Dios y ayuda. Los meses pasaban y la herida, lejos de cerrarse, seguía sangrando.

Capítulo 15



Lucía se levantó de los nervios y se colocó su bolso, preparado con las cosas que había metido, entre las que no faltaba el maquillaje que les regaló Olivia a ella y Martina.

— Papi, necesito la mochila también, no me caben en el bolso todas las muñecas — apareció por la cocina sofocada.

— En el bolso solo mete aquellas con las que juegues más. Claro, coge la mochila y ahí metes las muñecas que quieras.

— Pero a mi bebé también me lo llevo en los brazos.

— Madre mía, no vas a poder ni andar — sonreí — Anda siéntate a tomar el Cola Cao.

— ¿Y cuándo nos vamos?

— Pues en cuanto terminemos de desayunar — reí.

— ¿Y si se va el barco sin nosotros?

— Cariño, el barco no empieza a navegar hasta esta noche, así que todo el mundo se puede ir montando desde ya, hasta entonces.

— Pero nosotros nos vamos ya cuando desayunemos.

— Claro — reí.

Ahora entendía cómo mi madre repetía tantas veces que los niños eran un cuestionario andante, así era, ni más ni menos.

A las once de la mañana ya tenía las maletas en el coche y nos fuimos directos al puerto. Allí estaba el barco atracado y los chicos arriba, les había faltado tiempo.

Hicimos el registro y nos acompañaron a nuestro camarote, una *suite* preciosa con una terraza en la que podían caber una veintena de personas.

Había una puerta correlativa que llevaba a una habitación con el baño. Era la que había reservado para Olivia, como una complementaria, integrada en el camarote. La abrí y la volví a cerrar, me dolía demasiado.

— Papi, me gusta mi nueva casa — decía tirando sus cosas encima de una cama individual que había.

— Es muy chula ¿verdad?

— Preciosa, además le voy a decir a Martina que duerma aquí conmigo alguna noche.

— Claro — sonreí al verla muy emocionada.

— ¿Dónde están todos?

— En la cubierta superior tomando copas, pronto empiezan — le hice un guiño.

— Yo me voy a pedir un zumo de piña.

— Eso es lo mejor — sonreí.

Terminé de colocar nuestras pertenencias y me dirigí a la cubierta a buscar a los compañeros. La pequeña me llevaba de la mano mientras iba saltando por los pasillos hasta el ascensor.

Llegamos a la cubierta y ahí estaban todos. Empezaron a aplaudir bromeando mientras nos acercábamos.

— ¿Os echaron de la cama? — pregunté dándoles un abrazo y dos besos a las chicas.

— Un todo incluido debe ser aprovechado desde primera hora de la mañana — carraspeó Daniel.

— Voy a la barra a por una cerveza — reí mientras ya veía a mi peque jugando con Martina, de lo más emocionada — ¿Alguien quiere algo? — pregunté, pero todos negaron, ya que estaban servidos.

Me apoyé sobre la barra y le pedí a una mulata preciosa que estaba tras ella la cerveza.

— Que sean dos por favor — dijo una voz conocida para mi oído y me giré.

El mundo se paró en el momento en el que mi mirada se encontró con la suya, se me humedecieron los ojos.

— Olivia...

— Así me llamo — se encogió de hombros.

— No sé si abrazarte, darte dos besos o ponerme a saltar — me salió una risa suelta de esas que te hacen tomar constancia de que estás completamente feliz.

Me abrazó con cariño, se pegó a mí y nos fundimos en un precioso abrazo que se prolongó durante unos segundos, mientras escuchábamos a los chicos desde las mesas aplaudir.

— ¿Lo sabían? — pregunté levantando la ceja.

— Elba, sí, desde hace tres días, pero le hice jurar que no diría nada.

— ¿Cuándo has llegado a la isla? — le cogí una mano y se la besé. Estaba muy emocionado de que estuviera allí, con nosotros, en ese viaje que no había hecho más que empezar, ¡y de la mejor forma!

— Ayer por la noche. Me recogieron mis padres en el aeropuerto.

— ¿Aún te faltaba una semana por trabajar o lo has dejado? — pregunté un poco despistado mientras le daba un buche a la cerveza, apoyado sobre la barra. Ya no quería ir a las mesas hasta no hablar un poco con ella.

— Me propusieron un puesto en mi antiguo trabajo aquí en la isla, en la Financiera Montalvo y lo sopesé, me vine a tirarme a la piscina.

— ¿¿¿En serio??? — en ese momento tenía ganas de saltar como un niño pequeño al que le entregan el mayor regalo que la vida le puede ofrecer.

— Sí — sonrió.

Esta vez tenía mejor cara, más alegría en ella. Parecía como si la vuelta le hubiera hecho resplandecer por completo, como si la vida le hubiera vuelto a sonreír. En Londres la vi muerta en vida, esa sensación me dio.

— Gracias, no sabes cuánto me alegra.

— ¡¡¡Oliviaaaaaaa!!! — gritó la pequeña emocionada al verla y llegó corriendo con Martina.

Se agachó y las abrazó.

Aquello era lo más bonito que me había pasado en mucho tiempo, desde lejos Carlota y Davinia me enseñaban su pulgar, sonreían al ver que eso me había causado mucha felicidad.

Nos fuimos hacia ellos.

— ¿Y tus cosas?

— En el camarote de Elba, me quisieron dar las llaves del contiguo al tuyo, pero preferí verte antes. Yo llevo aquí con los compañeros desde que llegaron, vamos vine con Elba precisamente.

— Pero luego lo cambias a nuestra casa — dijo Lucía que estaba al loro de todo.

— Claro, a mí me tenéis que aguantar — le contestó mirándome y haciendo un guiño.

— Con mucho gusto — sonreí.

Nos sentamos con los chicos. Ella a mi lado, tenía mil preguntas para hacerle y sobre todo sentía una alegría inmensa por saber que regresaba a las oficinas. Y eso unido a la emoción de tenerla en ese crucero, que sin ella hubiera sido diferente. Sentía felicidad elevada a la máxima potencia.

Deseaba tener ese momento de calma para hablar con ella tranquilo, pero todo a su debido momento. En ese instante estábamos con los chicos, tomando las cervezas, en esa terraza que tenía dos piscinas, una para adultos y otra para niños, en la que ya estaban metidas Lucía y Martina, sentadas en los escalones amplios jugando con sus bebés.

Elba le agarraba la mano a Olivia y la acariciaba. Desde que pasó lo de su desaparición y ella cuidó mucho a su madre, estaba muy agradecida y se sentía muy unida a ella.

Daniel me miraba sonriente. Yo sabía lo que me estaba diciendo, lo conocía como si fuera mi hermano y se hubiera criado conmigo. Yo aguantaba la risa, entre la emoción, los nervios y sus payasadas. Me tenía histérico.

Las miradas entre Olivia y yo no cesaban. No era como el último día en Londres que me las esquivaba, ahora estaban llenas de vida. Daba la sensación de que el regreso la había transformado. En cierto modo eso me hacía estar más relajado.

A la hora de la comida nos fuimos a uno de los bufetes exteriores. Las niñas se sirvieron patatas fritas y pizza. Mucho nos temíamos que en aquellas vacaciones se iban a poner tibias de comida basura, pero que disfrutaran.

Nos sentamos en dos mesas juntas. Olivia a mi lado, ya íbamos teniendo charlas más fluidas. Notaba que estaba más serena, más cercana. Yo no percibía un ápice de rencor, aunque realmente ella no lo demostró en ningún momento, pero me trataba más livianamente.

En la comida, Carlota no paraba de desfasar y, por ende, descontroló a las demás, quienes seguían sus bromas en contra de los hombres.

— ¡No me lo puedo creer! — gritó una voz acercándose a nosotros.

Miramos y ¡hostias!

— ¡¡¡Nuria!!! — me levanté a abrazarla — ¿Qué hacéis aquí? — pregunté mientras le daba también dos besos a Daniela. Supuse que habían vuelto, evidentemente.

— Nos salió una oferta de última hora — dijo acercándose a todos ya que los conocía, menos a Olivia. Se la presenté.

— ¡Qué pequeño es el mundo! — reía Carlota.

— Sentaos— les acerqué dos sillas para que se unieran a nuestro grupo.

— Pues aquí estamos, que hicimos las paces y vinimos a celebrarlo — dijo Nuria pasando la mano a Daniela por la espalda.

— Tu madre tiene que estar loca de contenta — sonreí con ironía.

— A mi madre le pueden dar por saco, ya sabes cómo es, o me caso contigo o no acepta mi género — reía.

— Tu madre no me va a aceptar jamás — intervino Daniela — pero ni yo a ella, así que uno a uno — produjo unas risas en todos.

Olivia sabía de su existencia y yo le había hablado de ella, así que no se sorprendió ni con lo de que su madre nos quería unir a los dos en matrimonio.

Después de la comida, Nuria y Daniela se retiraron a otra parte del barco, Davinia y Fernando se perdieron y Elba dijo que quería descansar un rato en su camarote. Fue así como me quedé con Olivia, Daniel y Carlota. Nos pusimos cerca de la piscina donde las niñas jugaban.

Daniel no paraba de tirarles bolas de servilletas y disimulaba. Estaba poniendo el lado de la piscina guapo con tantos papeles, pero las niñas nos miraban riendo y preguntándose quién era el que se los lanzaba.

Yo tenía una pregunta rondando en mi cabeza. Movía la copa de ron que me estaba tomando

mientras miraba a Olivia, la cual, a su vez, miraba a las niñas, que jugaban.

— ¿Sigues con tu compañero de trabajo? — pregunté ante la necesidad de respuestas que tenía. Lo hice en un tono flojito, mirándola a los ojos y provocándole que le saliera una preciosa sonrisa.

— No — dijo sonriente después de pensárselo un rato.

— Vaya — sonreí aguantando mi emoción, pues quisiera o no, eso era lo que me había provocado, una inmensa alegría.

— Él no existe — se ruborizó y comenzó a reír en flojo y sonriente.

— ¿En serio? — mi rostro debió impresionarse y mi ceja se levantó de golpe.

— No quería en esos momentos que intentaras nada. Entré en shock cuando te vi en Londres, a pesar de que soñé mil veces que aparecías por allí. Esa fue la razón de que pusiera un escudo para luchar contra mis sentimientos — me acarició la mano en un gesto de afecto y cariño.

Aproveché y se la agarré, me la llevé a mi boca y la besé.

— Siento todo lo que te hice...

— No te preocupes ¿Sabes?

— Dime.

— Te creo, sé que lo hiciste sin mala intención, que si hubieras sabido que me iba a causar tanto dolor no lo hubieras hecho.

— Gracias — la abracé.

Me dieron ganas de besarla, pero temía que no le hiciera gracia o que no fuera su pretensión. Una cosa era que me perdona, que estuviera allí y otra que estuviera deseando caer en mis brazos.

De hecho, eso era lo que me daba miedo, que me viera ahora de otra manera, pero yo tenía que

reconquistarla, demostrarle que no era el hombre que fui y que mi vida solo giraba en torno a ella, además de a mi pequeña Lucía.

Pasamos la tarde en el exterior, merendamos hasta decir basta y las niñas estaban de lo más animadas.

Fuimos al camarote de Elba a recoger las cosas y nos propuso, para no quedarse sola, que le entregáramos a las niñas y ellas se miraron felices, Carlota no tardó en contestar.

— Todas tuyas, así vivo el crucero con noches de pasión.

Nos reímos. Elba adoraba a las niñas y quería que le hicieran compañía, así que fueron a por sus ropas y se trasladaron con ella. Era una buenaza y ya les tenía todo preparado para ducharlas. Yo sabía que lo hacía para darnos a los demás la libertad de vivir lo bonito que estaba pasando en nuestras vidas.

Volvimos al camarote, quedamos con todos en que nos veríamos en la cena. Habíamos reservado una mesa para las nueve en el restaurante principal del barco.

Entramos en el camarote Olivia y yo sonrientes, estaba nervioso, no me podía creer que fuera a vivir esas vacaciones a su lado. Cerré la puerta y ella se quedó en medio del camarote, entusiasmada.

— ¿Quién se ducha primero? — preguntó obviando que había otra habitación contigua con baño.

— No sé — sonreí y me acerqué a ella. La cogí de las manos y la miré fijamente. No apartó su mirada.

La besé...

Me abrazó durante ese beso, al que no dudó en responder con mucho deseo, cariño y nervios. Yo percibía cómo casi temblaba.

La agarré por la cintura y la senté en mis piernas, ya que me había colocado en el filo de la cama.

— No sé qué decir, solo que no sabes lo inmensamente feliz que me hace tenerte aquí con todos nosotros.

— A mí también me hace feliz — me dio un beso corto pero intenso, repleto amor.

La eché sobre la cama y nos comenzamos a besar como dos adolescentes deseosos el uno del otro.

Desanudé el nudo de su cintura y su vestido se abrió, dejándola con ese espectacular cuerpo y el bikini que llevaba puesto. Su piel se erizó mientras me miraba, dejándose llevar por lo que mis manos iban haciendo.

La desnudé mientras la miraba. Estaba deseando volverla a tener así, frente a mí, con esas curvas que daban rienda suelta a mi imaginación. El de Olivia era un cuerpo de lo más sensual y que elevaba mi pasión por segundos.

La dejé boca arriba y comencé a lamer sus pechos, su barriga y su entre pierna, hasta llegar a esa zona que devoré como nunca antes lo había hecho, mientras la escuchaba gemir de placer y agarrarse a las sábanas, presa del placer. Hice que llegara al orgasmo entre esos tenues chillidos que intentaba ahogar en su garganta.

Me desnudé y la senté encima de mí. La agarré por las caderas y la ayudé a moverse lentamente, mientras salía y entraba. Aquello aceleraba mis latidos y aflojaba mi respiración. Llegué a un orgasmo de esos que no deseas que terminen.

La apreté contra mí y nos abrazamos.

La llevé en volandas a la ducha donde seguimos entre besos y caricias, sobre todo inmersos en miradas que lo decían todo.

Nos vestimos y salimos de la mano a dar el encuentro a todos al restaurante. Por supuesto que en él estaban ya las niñas.

— Hombre, ¡qué bien se os ve! — bromeó Daniel ante la sonrisa de los demás, al vernos aparecer de la mano.

— Cotilla eres hijo — dijo Carlota, dándole un manotazo en el hombro.

— Hija, encima de que los felicito — negó ante la risa general.

— No, no los felicitaste, les tiraste la indirecta — provocó una risa en las niñas que se miraron una a la otra. En el fondo se enteraban de todo pese a su corta edad.

La cena fue una exquisitez en todos los sentidos. No hubo un plato de los que nos trajeron que no fuera de diez, de alta cocina y preparado meticulosamente. Hasta a las niñas les sirvieron unos menús que las volvieron locas.

Tras la cena, ambas se fueron a una mini disco con animadores y cuidadores. Se quedaron allí y los demás nos trasladamos a la cubierta exterior a tomar copas. El caso es que había actuaciones en el teatro, pero a ninguno nos apetecía.

Elba era la más sana, la más deportista, la que menos bebía, así que no tardó en decir que se retiraba, no sin antes recoger a las niñas de la fiesta infantil y llevárselas al camarote. Su gesto permitió que nos quedáramos los seis de lo más relajados allí, tomando copas.

Fernando y Davinia parecían felices. Además, después de su mujer haberle dado carpetazo de esa manera, lo que propició fue que él adquiriera carta de libertad. Así ya no tenían que esconder sus sentimientos y menos en ese crucero, en el que reinaba la más amplia de las libertades.

Olivia estaba divertida, bailaba con la copa en la mano a ritmo de esas canciones latinas que iban poniendo. Me miraba, me besaba, me provocaba y yo no podía dejar de sonreír feliz por ese momento tan pasional que estábamos disfrutando. Estaba loco por devorarla de nuevo en el camarote, todo me sabía a poco con ella.

Y eso pasó, nos recogimos ese día no muy tarde. Estábamos todos cansados, así que nos fuimos a dormir, no sin antes dejarnos perder por esa pasión que sentíamos.

Estaba atrevida, me buscaba, me provocaba, jugueteaba conmigo y yo caía rendido a sus pies. Me sentía de nuevo el hombre más afortunado y deseado del mundo y lo mismo percibía por su parte en esos momentos, Olivia estaba en su máximo apogeo, dándolo todo.

Nos acostamos abrazados, la tiré sobre mi pecho mientras ella lo acariciaba y besaba constantemente y me repetía lo mucho que me quería. Sus palabras alegraban mi corazón y escucharlas de su boca era lo que menos me podía imaginar y lo que más felicidad me producía.

Agradecía al universo esa nueva oportunidad que ponía en mi vida y que no pensaba desaprovechar por nada del mundo.

La quería a ella, ahora, allí, después, para siempre a mi lado.

El crucero comenzaba a navegar poniendo rumbo a su primera parada... Lanzarote.

Capítulo 16



Me levanté y abrí las cortinas de la terraza de la *suite* y allí estábamos, en Lanzarote.

— Buenos días — rio desde la cama.

— Buenos días — sonreí acercándome a besarla.

— Necesito un café — me miró a modo de súplica.

— Ahora mismo — le acaricié la mejilla. Me dirigí a la cafetera de cápsulas que había en la *suite* y preparé dos.

Me encantaba esa Olivia despertando de lo más dulce, sonriente, con ese brillo en los ojos que me hacía sentir afortunado.

Nos tomamos el café de pie en la terraza, yo detrás de ella con mi cabeza mirando hacia la isla, mientras ella ladeaba la suya, feliz para que le besara el cuello.

Los chicos estaban desayunando arriba en el exterior. Nos enviaron un mensaje, así que nos pusimos los bañadores y subimos a darles el encuentro.

Lucía y Martina corrieron hacia nosotros al vernos. Nos abrazaron felices, sobre todo a Olivia, por la que sentían verdadera devoción.

Nos sentamos con todos, que estaban de lo más animados, ninguno quería bajar a la isla, ya que la conocíamos y preferimos disfrutar del día a bordo. Además, el ambiente sería muy relajado por la de personas que bajarían a pasar el día para conocerla.

— Una cosa papi, si no bajamos, Martina y yo queremos ir a la sala de juego de los niños con los animadores.

— ¡Sí! — gritó Martina ante la risa de todos.

— Pues yo había pensado en salir a dar una vuelta al menos, un paseo — intervino Elba — Y si queréis, os podéis venir conmigo — les dijo a las niñas.

— No, nos quedamos con los animadores — respondió Martina riendo.

— ¿Y la vamos a dejar solita? — Lucía y su sensibilidad, cómo no.

— Tranquilas chicas, si queréis disfrutar no hay problema, yo solo doy una vuelta y subiré enseguida. La idea es estirar las piernas.

Después del desayuno, Elba se fue y antes dejó a las niñas en los servicios de cuidadores. Allí disfrutarían de una extensa variedad de juegos y actividades.

— Hoy me quiero emborrachar — dijo ante nuestro asombro Davinia.

— Y yo — respondió Carlota.

— Pues os acompaño — dijo Olivia y todos nos miramos, sabiendo que, si las tres opinaban igual, íbamos a terminar todos como una cuba.

— Elba de niñera, ya que no bebe — reía Carlota.

— Pobre Elba — negué riendo mientras miraba a Daniel.

— Bueno, tampoco tan pobre, que el jefe nos pagó el crucero — carraspeó.

— Sí, pero no para hacer de niñera — volteé los ojos.

— Ella se las quiso llevar a su camarote para no estar sola y disfruta con la compañía de las niñas — respondió Carlota.

— Bueno, pues a disfrutar del día — se frotó las manos Davinia — Voy a ir a pedir ¿Qué os apetece?

— Te acompaño para ayudarte — se levantó Olivia.

— ¿Vino para todos?

— Joder son las once de la mañana Davinia, ¿Ya le vamos a dar al vino? — preguntó Fernando sonriendo.

— Para hacer otras cosas, no miras la hora — le sonrió con amplitud.

— Pide lo que quieras — le dijo negando.

Afirmé igual que Daniel, nos bebíamos lo que hiciera falta. Olivia sonreía mirándome mientras se iba a pedir con Davinia. Era lo más sexy del mundo mundial, me tenía loquito con esas curvas.

— ¡Qué sorpresa te dio al venir! — dijo Fernando sonriente.

— Pues sí — afirmé con una sonrisa — Me devolvió la vida.

— Desde luego que sí, solo hay que verte — intervino Carlota señalándome con la mano.

— Es muy buena persona y yo se lo hice pasar fatal, no me guarda nada de rencor, no sé si merezco alguien así. De lo que estoy seguro es de que no le vuelvo a fallar.

— A las mujeres hay que saberlas cuidar — me advirtió mientras me guiñaba el ojo Carlota.

— Y tanto, tienes razón — solté el aire mientras afirmaba.

— Vamos, a los hombres también hay que cuidarnos — protestó Daniel.

— Bueno, sobre esa cuestión habría mucho que debatir — le sacó la lengua.

— Mira, Carlota, que han desaparecido muchas personas en los cruceros, que tienes todas las

papeletas — bromeó.

— ¿Me vas a tirar por la borda? — le hizo una burla.

— Bueno por la borda exactamente no — rio.

— En el fondo te pongo cachondo — le hizo un gesto bromista como de tirarle un bocado de lejos.

— En el fondo y en la forma — rio.

— En la forma y en la borda—le guiñó el ojo.

Llegaron las chicas con seis copas y una botella de vino blanco. Olivia me miraba sonriente y feliz. Se notaba que estaba relajada, liberada, nueva.

Davinia, antes de sentarse, besó en los labios a Fernando, casi el primer beso oficial. Lo que vio Carlota era extraoficial, pensé aguantando la risa y viendo cómo ese amor se consolidaba.

Carlota estaba disparatada, se puso a bailar en bikini al borde de la piscina la canción de “Sin Pijama”, señalaba a Daniel y la gente que había por la cubierta exterior alrededor de nosotros la miraba sonriendo. Mi amigo igual, pero con un sarcasmo que conseguía que ella lo hiciera peor.

Olivia la grababa con el móvil mientras lloraba de la risa.

Me escapé con la excusa de ir a cambiarme de bañador, pues el que llevaba se secaba poco, para ir a recepción y pedir que por la noche me prepararan algunas cosas para dar una sorpresa a Olivia.

Tenía la sensación de que cada día había de ser una perfecta excusa para prepararle algo bonito, así que me propuse sorprenderla diariamente con momentos y cosas diferentes.

La anterior vez siempre pensaba que ella era una auténtica tentación para mí. Esta, sentía que estaba naciendo otro sentimiento, pasión en toda regla.

Volví donde ellos y me miró sonriente, le hice una caricia en el cachete y me senté con otra

nueva copa que habían pedido.

— Vaya con Fernando y Davinia, están avanzando a pasos agigantados, tengo un cotilleo — se puso a aplaudir nerviosa Carlota y Olivia se echó a reír y se ladeó para escuchar bien el titular.

— Dale, total lo vas a contar de todas formas — dije mientras Daniel afirmaba confirmando lo que yo había dicho.

— No seáis capullos que estáis deseando que os cuente el cotilleo. Allá voy — hizo un gesto con la mano como para que la dejáramos hablar.

—Una hora para contarlo — resopló Daniel causando una risa en el grupo y una mirada asesina por parte de Carlota.

— Te callas — le señaló con el dedo a modo de advertencia — Joder, ¡qué difícil es hablar aquí! — volteó los ojos — Pues que antes le dijo Fernando algo a Davinia que no me enteré y esta le respondió que no lo habían traído, que se lo habían dejado en casa.

La cara de todos fue de asombro y risas. Ya estaban viviendo juntos, Fernando se habría instalado en casa de Davinia, seguro, dado que su ex mujer lo echó sin pasar por la casilla de salida.

Recordé que yo le iba a pedir a Olivia que se viniera a vivir conmigo, pero pasó lo que pasó y todo se quedó en agua de borrajas. Ahora me preguntaba si lo haría si se lo pidiera en esas circunstancias. Antes, sí tenía claro que hubiera aceptado, pero en ese momento quizás necesitaba más tiempo para volver a confiar en mí plenamente.

— A Fernando se le ve muy sonriente para haber vivido una patada en el culo, él está muy cómodo con Davinia, solo hay que verlos — decía Daniel mientras movía la copa.

— Pues no veas lo que corre la gente y yo esperando mi anillo — dijo Carlota cogiendo la copa y bebiendo con desesperación, haciendo la broma.

— Pues ya somos dos — chocó Olivia su copa con la suya y se echó a reír.

La miré levantando la ceja y aguantando la risa.

— ¿Ya sois dos? — pregunté carraspeando.

— A ti te lo vamos a contar — dijo con ironía Carlota y Olivia me miraba de reojo, riendo.

Pasamos todo el día en la piscina, tomando copas, comiendo y jugando con las niñas, ya que las recogimos para el almuerzo y nos la quedamos con nosotros.

En la cena estábamos todos y Elba muy sonriente. No la habíamos visto en todo el día desde que bajó a la isla, pero sonreía más de lo normal.

Al final, después de decir tanto lo de emborracharse, bebieron, pero no mucho más de lo habitual, estuvieron todo el tiempo sobrias.

Después de la cena nos fuimos al camarote. Yo había encargado unas cosas y quería que Olivia disfrutara de la sorpresa.

Notaba cómo temblaba por la expectación. Le había vendado los ojos antes de abrir la puerta del camarote y la había ayudado, con mis manos en su cintura, colocándome detrás de ella, a entrar.

Estaba nerviosa y yo disfrutaba viéndola así.

—Alexis...

Acaricié sus caderas y me pegué por completo a ella. Acerqué mi nariz a su cuello y aspiré su aroma antes de darle un húmedo beso en su piel.

—Ardo por ti —gimió cuando mordí su cuello y una sonrisa se formó en mi rostro.

Levanté las manos y desaté la cinta con la que cubría sus ojos. Me quedé detrás, esperando a que contemplara todo lo que había preparado para ella.

El camarote estaba iluminado por una decena de velas que alumbraban un lugar que se nos antojaba idílico. Decenas de pétalos de rosa cubriendo el suelo, creando un sendero hasta la cama, donde había colocado un enorme ramo de rosas rojas.

Sin decirme nada, se acercó a él y lo cogió entre sus manos. Se lo acercó a la nariz y aspiró su aroma. Solo entonces se giró hacia mí y me miró emocionada.

—¿Todo esto...?

Me encogí de hombros, como si no tuviera ninguna importancia.

—Quería recordar esta noche siempre.

Se mordió el labio, señal de que estaba emocionada. Con cuidado, dejó el ramo donde estaba y volvió a posar sus preciosos ojos en mí.

Nos quedamos así unos segundos, solo mirándonos. Lentamente, me acerqué a ella, hasta que nuestros cuerpos estuvieron a punto de rozarse.

—Eres especial —la agarre por la cintura y la pegué a mí—. Te lo demostraré siempre —susurré.

Entonces la besé. Tenía tantas ganas de hacerlo que hasta yo temblé. Necesitaba el contacto con ella y sentirla, de nuevo, entre mis brazos.

Con lentitud y sin que mis labios se separasen demasiado tiempo de los suyos, la desnudé y comencé a besar su cuerpo. Su cuello, sus pechos...

Me agaché y besé su vientre.

Sus gemidos y cómo susurraba mi nombre era lo único que quería oír en ese momento.

La hice sentarse en la cama y me coloqué entre sus piernas abiertas. Sabía que se podía sentir vulnerable así, desnuda para mí, pero no iba a tener tiempo para pensar mucho

Y es que mis labios ya estaban, de nuevo, sobre los suyos. Mis manos sobre su suave cuerpo, acariciando cada recodo de su piel y yo... Yo encima de ella, maldiciendo a la ropa que aún nos separaba al uno del otro.

Fue ella quien, con gestos nerviosos, me ayudó a quitármela y cuando nuestros cuerpos se unieron, piel con piel, ya todo indicaba perfección para que ocurriera otra vez.

—Alexis... — suspiró.

Su respiración acelerada, su cuerpo temblando por culpa de la pasión...

— Me gusta verte así, Olivia, deseosa de sentirme dentro de ti.

Así era cómo me sentía yo, siempre necesiéndola cerca.

Bajé una mano y la metí entre nuestros cuerpos. Su sexo mojado, más que listo para mí. Metí dos dedos y gemí a la vez que ella, imaginando que era mi miembro el que se adentraba en su calor.

—Necesito más — dijo con voz ronca.

—¿Cuánto más? — la azucé un poco, sonriendo, esperando a que dejase la vergüenza a un lado y a que me lo pidiese.

—Todo — se sinceró — Lo quiero todo.

Eso era lo que iba a tener. Y no iba a esperar mucho más para ello.

Me coloqué en posición y entré con un solo movimiento. Echó la cabeza hacia atrás, su cara reflejaba el placer que ambos estábamos sintiendo.

— Joder — gruñí, extasiado.

Me daba miedo hasta moverme, así de intenso lo sentía. Lentamente salí de ella, perdiéndome en cada sensación. Con la misma lentitud volví a entrar, penetrándola por completo. Señor, cómo la sentía...

Los movimientos cada vez más rítmicos, mi boca devorando la suya y una de mis manos apretando su pecho, jugando con su endurecido pezón.

Levantó un poco las piernas para sentirme mejor y cuando noté cómo le temblaban, supe que el momento estaba cerca. Tal vez demasiado rápido, pero no iba a quejarme por ello.

Metí la mano entre nuestros cuerpos y apreté su clítoris, solo necesitó eso para que un pequeño grito saliera de su garganta y comenzase a temblar. El orgasmo había llegado y por cómo me apretaba dentro de ella, el mío no iba a tardar mucho más.

Aceleré el ritmo y me tensé cuando sentí el calor extenderse por mi cuerpo.

Había llegado mi momento.

—Dios — gemí con la voz ahogada mientras me corría dentro de ella. Me vacié y terminé cayendo sobre su cuerpo, el mío completamente laxo.

Un enorme suspiro salió de mi garganta y acepté el abrazo que me daba.

Volví a tenerla conmigo y esa vez, además, había sido especial. Estaba seguro de que ni ella ni yo la olvidaríamos nunca.

Levanté mi cabeza, me apoyé sobre mis codos y la miré.

—Demasiado rápido — sonreí burlonamente.

— Puede ser — bromeó ella.

—Voy a tener que esforzarme más la próxima vez — suspiré como si fuese algo tedioso para mí.

—¿Y cuándo será eso? — preguntó intentando no reírse, aparentando seriedad.

Hice como quien lo meditaba unos momentos y cuando la vi abrir los ojos de par en par, supe que me había entendido. Seguía dentro de ella y volvía a excitarme.

Río sin poder parar, una carcajada que me sonó a gloria y la besé, terminando con esa risa y volviendo a tenerla donde yo quería: excitada y lista para mí.

Iba a ser una larga noche y la disfrutaríamos al máximo.

Capítulo 17



Salí de cuclillas de la *suite* y la dejé durmiendo. Fui directo a una joyería que había en el crucero. Tenía claro que le tenía que regalar un anillo ese día. Ya le había comprado uno la anterior vez, pero no se lo pude regalar y ahora quería que fuera uno distinto.

La chica de la joyería me recibió con una amplia sonrisa. Parecía que se le iba a rajar la comisura de los labios por lo exagerado de su gesto.

Le expliqué que quería un anillo de pedida y la medida que necesitaba.

— Estas tres son unas sortijas finas, de su medida, elegantes, que se pueden llevar siempre puestas y que van genial para cualquier ocasión. Son unas joyas exclusivas de la firma.

— Esta, me gusta esta — señalé a una de oro blanco con diamantes a ambos lados del brillante que lucía en el medio, engarzado en alto.

— Buena elección.

Me había cargado el sueldo que me tenía asignado de todo un mes, pero más feliz que una perdiz, me fui a pedir que nos llevaran un desayuno romántico a la habitación. Deseaba desayunar con ella en la terraza.

Pasé por el camarote de Elba y saludé a las niñas que saltaban en lo alto de la cama.

— Papi, hoy estamos de navegación y el barco no para — reía Lucía.

— Mejor, mejor — sonreí.

— ¿Cuántos días van a pasar sin parar? — preguntó Martina.

— Solo hoy, los demás días ya son todo paradas — sonreí.

Quedé con Elba en que luego la vería. Le conté que iba a desayunar con Olivia en el camarote y le pareció genial.

Subí a la habitación, aún estaba dormida, yo llevaba la cajita con el anillo en el bolsillo, lo escondí en un cajón.

Me puse a su lado y comencé a besarla para despertarla.

— Cariño, nos traen el desayuno.

— ¿Y por qué no desayunamos con todos? — se acurrucó en mí y sonó el timbre.

— Vete al baño y no salgas hasta que te diga — reí.

Esperé a que ella entrara e hice pasar al chico para que lo prepara todo en la terraza.

En un momento, montó allí una preciosidad de mesa. En el centro, un globo de helio en forma de corazón atado por un lazo a la caja con el anillo.

Unos creps, tostadas, embutidos, mermeladas, mantequillas en una bandeja alargada rodeada de bombones Ferrero Rocher, además de un zumo para cada uno y café, todo servido en una vajilla preciosa que hacía de la mesa un espectáculo. Ese sería nuestro desayuno.

Esparcí pétalos de rosas desde la terraza hasta el baño, donde aguardaba ella.

Yo había preparado unos corazones que me dio la chica de la joyería y los repartí por el suelo. En todos había un “te quiero”, un “te amo” o un “te adoro”.

Los puse meticuloso boca arriba para que se leyeran y separados a lo largo del camino.

Ella escuchó que el camarero se fue.

— ¿¿¿Ya puedo salir??? — preguntó gritando, impaciente.

— Sal si eres valiente — dije riendo detrás de la puerta y abrió.

Salió y al ver todo el camino y esas notas se puso las manos en la boca.

— La que has liado pollito — su tono y su cara era de estar alucinando.

— Yo no hice nada — carraspeé, la cogí en brazos y la llevé hasta la terraza.

— ¡Alucino! Esto es súper romántico — decía feliz mirando a la mesa.

Le aparté la silla y se sentó, miró la caja, pero pensó que era parte del adorno para sujetar el globo. Además, estaba envuelta en papel de cebolla de color blanco, no podía ni ver la firma de la joya sobre la caja.

— Ayer me sorprendiste, hoy también ¿me estás intentando enamorar? — ladeó los labios aguantando la risa.

— ¿Yo? ¡Por favor! Ni que dentro de lo que sujeta el globo hubiera un regalo para ti.

No me dio tiempo a terminar cuando ya estaba quitando el globo, el papel y agarré a tiempo la caja.

— Eso no vale — resopló.

— No seas impaciente — la abrí y la puse mirando hacia ella.

— Me cago toda — le salió del alma mirando a la sortija y me produjo una risa.

— Quiero pedirte algo — la miré fijamente.

— Hasta las bragas si me las pides — me provocó una carcajada, estaba de lo más nerviosa.

— Quiero pedirte que hagamos de lo nuestro un compromiso, quiero que estés en mi vida

ahora y siempre.

— ¿Pero eso significa que me estás pidiendo matrimonio o que seamos novios? A mi aclárame las cosas que luego me hago mis pajas mentales — bromeó haciendo una burla.

— Hoy te estoy pidiendo un compromiso, que nos convierta en novios o prometidos, pero quiero ser algo tuyo.

Cogió con destreza el anillo y se lo colocó, se miraba el dedo y tocaba las palmas. Me miró y pensé que me iba a soltar algo bonito.

— *¿Y la boda pá cuándo?* — imitó a la canción y me eché a reír mientras negaba.

— Bueno, primero responde al compromiso — carraspeé dando un buche al café.

— Claro que acepto. Ahora quiero ser exclusivamente producto nacional. Nada de ninguna otra persona y menos suecas — advertido quedas — me señaló con el cuchillo.

— Vaya romanticismo el tuyo — reí — me hartó de preparar todo y ni un beso, ni nada — negué con resignación.

— Voy — se levantó y cogió mi cara entre sus manos. Me dio un beso muy fuerte y volvió a su asiento — Luego te doy mi regalo por la noche — me hizo un guiño.

Me encantaba, a pesar de su timidez, cómo se soltaba y se volvía de lo más desinhibida conmigo. Se percibía felicidad en su mirada, me prometí a mí mismo que jamás volvería a ser la causa de su dolor, no me podría perdonar nunca el volverla a fallar.

Desayunamos entre miradas y risas cómplices, llenos de alegría, mientras ella no dejaba de mirar el anillo sobre su dedo.

Después de una hora de estar allí plácidamente, nos vestimos para dar el encuentro a nuestros compañeros.

Nos empezaron a aplaudir al vernos llegar. La única que sabía la verdad era Elba y ella era una tumba. Los demás pensaban que se nos habían pegado las sábanas.

— Un poco de atención — dio un golpe a la mesa donde estaban tomando el café después del desayuno, al lado de la piscina — Mirad la joya que me acaban de poner en el dedo para pedirme compromiso — se la enseñó a todos para mi asombro. No lo esperaba de ella, pero me hizo muy feliz verla así.

— Joder, si esto te dio por el compromiso no quiero ni imaginar con lo que aparecerá para pedirte matrimonio — decía Davinia sin dejar de mirar el anillo.

— Y a mí no me regalan ni uno de bisutería — soltó Carlota mirando a Daniel y negando con la cabeza.

— Ya me está picando el cuello — se puso él a rascarse cuando escuchamos a las niñas venir corriendo desde donde estaban jugando a la vista de todos.

Pasaron de mi olímpicamente, de todas maneras, ya las había saludado en el camarote de Elba, así que se fueron a los brazos de Olivia a comérsela a besos.

— Tú y yo hemos quedado para criarlas, nada más — me dijo Carlota refiriéndose a que las niñas pasaban de nosotros.

— Ya veo — reí mientras veía a Olivia coger a las peques y llevarlas a la piscina que estaba frente a nosotros.

Un camarero me trajo el café, aunque servían por las mesas, nosotros solíamos ir a pedir para mayor rapidez.

Nuria apareció con su chica, sonriente. La había perdido de vista desde aquel primer día que coincidimos. Se sentaron un rato con nosotros y luego se fueron.

El barco estaba a tope. Por suerte, había mucho espacio y no se notaba aglomeración. Era gigantesco y tenía zonas de recreo por todas partes, además aquella jornada sí que estaría repleto, pues era de navegación completa.

Olivia llegó con las niñas, riendo y advirtiéndome que esa noche querían dormir con nosotros, así que menos mal que le había dado la sorpresa del día por la mañana. De lo contrario, eso de

una cena romántica con niñas hubiera quedado muy alocado, aunque gracioso, todo sea dicho.

Nos lo pasamos bomba entre la piscina y bailes. Yo reconocía que el crucero había sido todo un acierto para compartir con los compañeros, estaban siendo unos días de lo mejor.

Por la noche las niñas se quedaron con nosotros y llegó la bomba...

— Tenemos un secreto — dijeron saltando sobre la cama.

— ¿Un secreto? — carraspeé.

— Sí, de Elba — dijo Martina poniéndose las manos en la boca.

— ¿Qué le pasa a Elba? — preguntó Olivia levantando la ceja.

— Nos comentó que hoy dijéramos de dormir aquí, pues le gusta uno del barco — reían mientras Lucía lo decía.

— Vale que os haya quitado de en medio y os haya dicho que digáis de dormir con nosotros, quizás quiere salir por el barco un rato sola, pero de ahí a que le guste alguien de a bordo ¿De dónde lo sacáis? — preguntó Olivia poniendo gesto de resignación.

— Un chico la paró y le dijo que “a las once en la disco”, también le guiñó el ojo y ella cuando él se volvió nos miró y comenzó a aplaudir. Eso es porque le gusta — volteó los ojos Martina.

— Pues va a ser que sí — reí.

No entendía cómo a su corta edad y jugando con bebés, tenían esa capacidad para estar al loro de gustar, no gustar y guiño de ojos. Madre mía la que me quedaba cuando comenzara a salir con sus amigas, ni quería pensarlo.

— Pues nada, la que faltaba va a bajar del barco enamorada — decía Olivia riendo y llevándolas a su cama, situada en la otra habitación, que también estaba provista de cama de matrimonio. Por supuesto, dejamos la puerta abierta, frente a nosotros, y las veíamos desde la cama.

Acostamos a las niñas y nos metimos entre las sábanas. Comenzamos a hablar con ellas, que nos chillaban contándonos sus planes para el día siguiente.

— Estas nos van a dirigir todas las vacaciones — rio.

— Ya te digo, mañana, como no se las quede Elba, le tocan a Carlota — reí.

— Pues no, me las quedo yo que son mis consentidas — se echó en mi pecho.

Tardamos en dormir entre tantas bromas con las niñas, pero cayeron rendidas y nosotros también. El día había sido de lo más completo.

Capítulo 18



— ¡Fiesta! — gritaban las niñas desde la cama.

— Fiesta dicen — reí mientras abrazaba a Olivia.

— Un crucero es una continua fiesta — se pegó a mí y me besó.

— Ay Dios, que las niñas están ahí y no puedo... — carraspeé.

— Venga, luego hacemos una escapada — me hizo un guiño y me puso peor aún con su roce.

Las niñas vinieron y se pusieron a saltar en la nuestra, así que nos levantamos y las vestimos para llevarlas a desayunar. Ya exigían el desayuno a gritos.

— Papi un día me puedo llevar a casa de los abuelos a dormir a Martina ¿verdad?

— Claro, cariño — sonreí mirando a Olivia mientras íbamos en el ascensor.

Llegamos al restaurante de la cubierta exterior y no había ni Dios, así que nos sentamos los cuatro a desayunar. Ese día estábamos en Funchal, la capital de la isla de Madeira, en Portugal.

— Están pasando los días volando — me miró con tristeza.

— Señal de que lo estamos pasando bien — puse mi mano en su pierna por debajo de la mesa mientras le hacía un guiño.

— Y luego a la rutina. Trabajar y bla, bla, bla — reía.

— Bueno lo que queda de verano casi lo podemos tomar de relax — reí — yo me encargo de ir una o dos veces al trabajo.

— Ah no Alexis, a mí me incorporas del tirón que necesito trabajar, por Dios — rio.

— Bueno te doy de alta, cobras, pero hasta septiembre...

— ¡No! Me niego en rotundo, no me hagas una faena, yo entro a trabajar inmediatamente — me advirtió señalándome con el dedo entre risas.

— No te haré ninguna faena, pero no sé, quizás podríamos disfrutar un poco más a la vuelta — le hice un guiño.

— Los fines de semana y por las tardes los días de trabajo, pero quiero trabajar nada más llegar — puso cara de no tener otra opción más que permitirselo.

— Lo hablaremos — carraspeé cuando vi que llegaban Daniel y Carlota.

— ¡¡¡Buenos días!!! — gritó conforme se acercaba y las niñas fueron corriendo hacia ella.

— ¡Qué mal dormí anoche! El barco se movía un montón — dijo Daniel y nos miramos incrédulos, ya que no habíamos notado nada.

— Exagerado es — volteó los ojos Carlota.

— Todo lo exagerado que quieras, pero no veas si me mareo — mordisqueó la tostada.

Apareció Elba con una sonrisa muy sospechosa. A renglón seguido, Davinia con Fernando, que parecían dos enamorados de toda la vida, cada vez estaban más sueltos.

Después del desayuno nos fuimos todos a conocer Funchal. Las niñas iban saltando todo el tiempo por las calles y se pararon delante de un escaparate lleno de muñecos bebés.

— Muero por ser la mami de ese — dijo Martina.

— Y yo de este — señaló otro Lucía.

— ¡Vamos! —las agarró de la mano Daniel y las metió en la tienda, mientras todos reíamos, y allí salieron ellas con sus bebés nuevos en brazos.

Comimos y pasamos el día por ahí, paseando, tomando cervezas y recorriendo ese bonito lugar, hasta subir al barco para ducharnos e irnos a cenar.

Elba no cenó con nosotros, ya que había quedado con un chico misterioso. Me encantaba que disfrutara y se dejara llevar, así que esa noche le tocaban a Daniel y Carlota las niñas, además estaban cansados. Sin embargo, Olivia y yo teníamos ganas de fiesta.

Pillamos dos copas y nos pusimos en una de las barras de la cubierta exterior. A ella le pasaba como a mí, nos gustaba estar en abierto, no en espacios cerrados.

Estaba preciosa, con un vestido sin mangas y suelto por las rodillas de color negro, lo mismo que las sandalias. Su pelo al aire que tanto me gustaba. Olivia me envolvía en una pasión de esas que te arrastra por momentos, me provocaba tanto que solo me daban ganas de tenerla desnuda y pegada a mí.

Se movía muy seductora mientras nuestras miradas y sonrisas lo decían todo. Yo me estaba poniendo malo con tanta sensualidad ante mis ojos, me bebí la copa de un trago y pedí otras dos. Ella se reía, sabía que me estaba poniendo a mil.

Pedí dos chupitos aparte de las copas y brindamos. Nos los tomamos del tirón. Ella seguía pegándose a mí con esos bailes en los que contoneaba sus caderas rozándome y llevándome al límite.

Sonó una canción de Romeo Santos y comenzamos a bailar de lo más pegados. La cosa se iba calentando por momentos, yo estaba que iba a explotar y mi miembro estaba pidiendo a chillidos una liberación.

Estuvimos así hasta las dos de la madrugada, yo ya no podía más. La cogí en brazos pese a su negativa y me la llevé al camarote ante la risa de todos los que nos cruzábamos, pero no, no la iba a soltar. Iba directa a darme eso que me pedía el cuerpo y que ella había provocado durante toda la noche.

Entramos al camarote y, tal como cerramos la puerta, comencé a desnudarla. Olivia me miraba de lo más divertida, sensual y juguetona. Estaba deseando como yo resolver esa tensión que arrastrábamos en las últimas horas.

La subí a mi cintura, la penetré y la dejé contra la pared sostenida en mis brazos. Fue un momentazo donde la respiración agitada de los dos y el pulso acelerado, dieron paso a un orgasmo que nos dejó apretados fuerte el uno contra el otro.

Se fue al baño y escuché un chillido.

—¡¡¡Me muero!!! — gritó y yo sabía por lo que era, sonreí y me asomé.

— ¿Te gusta? — levanté la ceja.

— Me encanta, no debiste... — Miraba la cesta de su línea de perfumes favorita de Carolina Herrera. Lo encargué en el barco y le prepararon todo muy bonito. Dos perfumes, crema para las manos, otra para el cuerpo, estaba alucinando de felicidad.

— Claro que debí, te mereces todo.

— Joder y yo pensé si venir al crucero... — rio y se tiró a mis brazos.

— Gracias por haber venido y por querer volver a la empresa.

— Eso sí, claro, que tengo que ganar dinero — reía.

Nos metimos en la ducha. Era bien tarde pero no había mejor forma de dormir que refrescados, además que allí aproveché para disfrutar de su cuerpo y dejar que volara en un intenso orgasmo de esos que me regalaban la melodía de sus gemidos.

Capítulo 19



El crucero esa mañana estaba en Las Palmas de Gran Canarias, isla en la que tampoco íbamos a bajar.

Preparé un café en la cafetera de la habitación y me fui a la terraza, Olivia dormía plácidamente y no la quise despertar.

Ese día había contratado un *jacuzzi* privado en una zona exclusiva, con *spa* y todo.

La mañana la pasamos con todos. Elba nos presentó a su misterioso acompañante y ya sabíamos de qué iba la cosa. Era un hombre que había llevado a sus padres de crucero, en regalo por su cincuenta aniversario de bodas. Ejercía de médico en Tenerife. Era apuesto, educado y rápidamente conectó con nosotros, Gonzalo se llamaba.

Las niñas estuvieron toda la mañana con nosotros, pero luego pidieron ir a la zona esa que tanto les gustaba y donde estaban controladas por los cuidadores del barco de animación infantil.

Después de almorzar les dijimos a todos que nos perdíamos un rato. Olivia no sabía hacia dónde íbamos. Su sorpresa fue monumental cuando descubrió nuestro destino.

Había reservado el *jacuzzi* privado para ella y para mí. Tenía ganas de disfrutar de nosotros y ese ambiente era perfecto para lo que tenía en mente.

Sonrió como si fuera una niña pequeña, con los ojos iluminados por la emoción cuando vio el cava y los bombones con los que nos había obsequiado el personal del crucero. No tardó mucho en meterse uno en la boca y en gemir, como yo tampoco necesité mucho más para que mi miembro estuviera ya listo para la ocasión.

—Cuando llegue a casa, voy a tener que ponerme a dieta estricta —resopló tras relamerse los labios.

Gemí mentalmente, que siguiera provocándome que todos mis deseos de ir con lentitud esa vez y de saborear su cuerpo iban a irse al traste.

Sin avergonzarse, se quitó la ropa y se quedó en bikini. A la mierda mi poco autocontrol, ese trozo de tela que tapaba su cuerpo iba a durarle muy poco.

Me acerqué a ella y la besé, saboreando, a la vez, el chocolate que había degustado.

—Sí que estaba bueno —dije sobre su boca. Lamí su labio inferior y vi cómo sus ojos se encendían por la pasión. Ya estaba excitada, no necesitaba tocar nada más para saber que la tenía en mis manos. O, tal vez, era yo quien estaba en las suyas.

—¿Quieres uno?

—No —dije rápidamente—. Tengo mejores cosas en mente que puedo comerme.

Agarré su trasero con mis manos y la pegué a mi cuerpo.

—¿Eso significa que no me vas a dejar disfrutar del *jacuzzi*? —bromeó.

—Sí que vas a disfrutar, pero de otra manera.

Rio y yo sonreí. Me quité la camisa y entré en el *jacuzzi*. Tiré de ella hasta tenerla dentro, conmigo. Me senté y la coloqué delante de mí, entre mis piernas.

—¡Qué rico...! —cada vez que gemía, me ponía más cardíaco.

—¿El agua? —apoyé su espalda sobre mi pecho tras deshacerme de la parte superior del bikini y puse mis manos en su vientre, acariciando su piel hasta rozar sus pezones, erectos y preparados para mí. Los pellizqué, haciéndola retorcerse por el placer— ¿Quizás esto? —la azucé un poco.

—No sabría decirte... —la sonrisa en su ronca voz, divertida y excitada.

—Tendré que probar algo más entonces —con una mano, apreté uno de sus pechos y con la otra, lentamente, llegué hasta su pubis. Metí la mano bajo el bikini y la acaricié.

—Dios...

—¿Significa eso que no voy por mal camino?

—Significa que vas por el correcto.

Sonreí torcidamente. Con mis dedos, abrí su sexo y la toqué.

—Alexis...

—No tienes paciencia —reí cuando movió las caderas, pidiéndome más.

—¿No podemos tenerla para la siguiente vez? —suspiró.

Reí, tenía toda la razón. Los dos necesitábamos del otro y tenía que ser ya. Sin perder más tiempo, metí dos dedos dentro de ella.

—¿Mejor?

—Algo mejor —dijo con la voz entrecortada, mis dedos ya habían comenzado a jugar con ella.

—¿Solo algo? Voy a tener que currármelo más —reí.

—¿Y si lo hago yo?

Quitó mi mano y se puso de pie. Me miró a los ojos y, lentamente, bajó su bikini y se quedó completamente desnuda ante mí. Yo podía quedarme así durante horas, solo mirándola. Me encantaba hacerlo. Estaba jodidamente sexy azorada, con sus mejillas encendidas por ese poco pudor que siempre permanecía con ella, ofreciéndose a mí por completo.

—¿Qué vas a hacer? —levanté la mirada hasta sus ojos, expectante.

Se puso de rodillas, sus pechos a la altura de mi boca y yo no pude evitar lamerlos, me moría por saborear cada parte de su cuerpo. Pero viendo cómo intentaba deshacerse de mi bañador, sabía que iba a tener que esperar a la próxima, porque Olivia no tenía ganas, en ese momento, de muchos más juegos. Tras darle su primer orgasmo, ya la tendría completamente a mi disposición.

Con mi miembro ya fuera, se sentó sobre mí, metiéndome, sin perder un segundo, dentro de ella.

—Joder, Olivia —gemí. Fue brusca, sin juegos previos. Perfecta.

—Lo necesito —comenzó a moverse. Arriba... Abajo... Su piel mojada, rosada. Era hermosa.

—Entonces cógelo —una hermosa sonrisa de satisfacción en su rostro.

Se agarró a mi cuello, nuestros cuerpos pegados y nuestras bocas, ya, unidas. Saboreándonos el uno al otro mientras saltaba sobre mí.

Su ritmo volviéndose, cada vez, más frenético. Su orgasmo llegando y con lo excitado que yo estaba desde el principio, iba a correrme en cuestión de segundos.

Como siempre, las cosas se nos fueron de las manos, la pasión de adueñó de nosotros y terminó gritando. Yo mordiendo su cuello mientras me derramaba en ella.

—Eso era lo que necesitaba —dijo sobre mi hombro.

Me tuve que reír, no pude evitarlo.

—Recuérdame que te enseñe lo que es la paciencia.

—¿Para qué? Si podemos hacerlo más veces —se encogió de hombros.

—Sí, amor. Pero...

Levantó la cabeza y me miró con el ceño fruncido.

—¿Es que no te gusta así?

No puse los ojos en blanco porque, conociéndola, sabía que estaba bromeando.

Apreté con fuerza su trasero y la besé, dura e intensamente. Aún sabía a chocolate. Pero sobre todo a sexo.

—Contigo siempre me gusta y lo sabes.

—Me gusta oír eso —sonrió.

—Pero...

—Eso ya me gusta menos —resopló, haciéndome reír.

Me encantaba bromear con ella.

—Pero... —repetí— Ahora es mi turno.

—¿Tu turno para qué? —sonrió.

Ambos lo sabíamos, no tenía por qué decírselo. Ahora que ya había conseguido lo que necesitaba, la torturaría un poco hasta darle otro orgasmo más. Y todos los que quisiera.

—Te voy a devorar. Entera... —la quité de encima de mi cuerpo y la apoyé en el *jacuzzi*. Fui yo quien se colocó entre sus piernas. Acaricié sus labios —. Desde aquí...— y fui bajando por su cuello, sus pechos, su vientre... Su sexo— Hasta aquí.

Noté el fuego en su mirada. Iba a hacerla disfrutar y yo iba a gozar de cada segundo.

Teníamos mucho tiempo por delante para que ese cava y esos bombones cumplieran su misión.

— No se me va a olvidar en la vida este crucero — decía a mi oído de forma juguetona.

— ¿Y por qué deberías olvidarlo? — carraspeé pegándola más a mí.

— ¿Sabes? — tocó mi pelo y me besó — Tengo un miedo a que aparezca una petarda y te suelte algo raro...

— ¡No! — reí — Por Dios, te juro que ya no debes saber más de mí, no hice nada, al menos desde que te conocí, solo eso.

— Confío en ti, pero el miedo está —arqueó la ceja.

— Ains, no me lo recuerdes — la abracé lamentando lo sucedido con anterioridad.

Durante la tarde, estuvimos de lo más relajados. Nuestros amigos estaban a su aire por el barco y les dijimos que esa noche nos encargaríamos de las niñas. Y eso hicimos, cenar con ellas en una hamburguesería del crucero y luego nos la llevamos a dormir. Al día siguiente otros se encargarían.

Capítulo 20



Las niñas saltaban sobre nuestra cama, Olivia y yo nos miramos y nos entendimos, cogimos a las dos para hacerles cosquillas mientras gritaban tanto que se debía escuchar por todo el barco.

Pasamos el día con los demás por la isla de Fuerteventura, de playa en playa. Aquello era el paraíso en la tierra, habíamos alquilado dos todo terreno y echamos un día de muerte.

Esa tarde, al llegar al crucero, Carlota y Daniel se llevaron a las niñas. Nosotros nos quedamos cenando y luego de copas, solos, todo el mundo estaba por su cuenta.

Bailábamos y nos seducíamos como dos quinceañeros sedientos de todo.

A Olivia le entró frío y la dejé ahí un momento.

Llegué a cubierta y puse los ojos en blanco, esta mujer...

Había ido al camarote para cogerle una chaqueta porque refrescaba a esa hora de la noche y, cuando llegué, me la encontré subida a una de las sillas bailando como loca. No podía dejarla beber...

—Olivia—me paré delante de ella y levanté la cabeza para mirarla a los ojos, pero Olivia estaba tan enfrascada en su mundo, con los ojos cerrados, bailando y disfrutando de la música que ni me oía—. ¡Oli! —nada, Oli a lo tuyo. Bufé, no necesitaba beber mucho para que se le fuera la cabeza.

La cogí en brazos y cuando dejó de patear al darse cuenta de que era yo, la dejé en el suelo.

— Me asustaste— me regañó.

— Quién creías que iba a ser? ¿Un secuestrador?

— Quién sabe, en estos sitios también los hay, ¿no?

— Lo dudo — reí—. Además, si te secuestran, no tardarían mucho en devolverte, así que no me preocupo.

Enfurrugada, me dio un golpe en el hombro.

—Eso es lo que te importo —se quejó, muy digna.

—Me importa más de lo que crees y lo sabes — le di un beso en los labios intentando hacerla sonreír.

—No sé yo...

— Anda, calla — volví a reír, parecía una cría. Le coloqué la chaqueta por encima de los hombros, pero, para mi desgracia, Paquito el Chocolatero empezó a sonar.

—¡Sí! ¡Tenemos que bailar esto!

La chaqueta a la mierda y Olivia se zafó de mi abrazo para unirse al grupo de gente que ya parecía adorar a un Dios invisible. Nunca había entendido el movimiento de baile de esa canción, la verdad, porque pensando en que, sobre todo, la bailaban ancianos en los pueblos, la mitad debía de quedarse cogido con la espalda. Lo que no sabía era cómo podían volver a levantarse. Pero si tenemos en cuenta también que cuando te encuentras a esos ancianos en la cabalgata del día de Reyes, los bastones no existen y son los más ágiles para agacharse y coger todos los caramelos que tiran... Pues bien, que más de uno es viejo para lo que quiere, ¿no? Porque ahí el bastón solo lo usan para darte con él en la cabeza si intentas quitarle alguno de sus caramelos.

Recogí la chaqueta del suelo y mientras ella se unía al coro de voces que clamaban el *¡hey!* De la canción, fui hasta la barra y pedí una copa. Sin quitarle, en ningún momento, los ojos de encima, porque esa mujer borracha era un auténtico peligro.

Hacía un par de horas que la fiesta había comenzado, casi todos los viajeros estaban en la cubierta del crucero bailando, riendo y bebiendo. El ambiente era de lo mejor y en compañía o solos, como Olivia, disfrutaban de cada una de las canciones que el DJ pinchaba.

—¡Alexis! ¡Ven! — gritó mi chica a pleno pulmón para hacerse oír sobre la música.

No, Alexis no iba a ir a ningún lado y, menos aún, a unirse a ese trencito de gente que parecían rusos con los levantamientos de piernas. Lo que yo decía, en cosas así, la artritis o la ciática desaparecían.

— Vamos, Alexis — se acercó a mí y me cogió de la mano—. ¡Es súper divertido!

— Lo que tienes es una borrachera de cuidado — reí.

— Qué va — negó —. Me quitó la copa, se la bebió de un sorbo y me miró fijamente—. ¿Ves? Ni me afecta.

Todo sucedió como a cámara lenta. Se tropezó con sus propios pies, no podría explicar cómo porque no sabría hacerlo. Alargué la mano para aguantarla porque me la veía de bruces en el suelo, pero ella se echó para atrás, con tan mala suerte que chocó con uno de los camareros que portaba una bandeja.

Olivia no cayó porque ya me encargué yo de mantenerla de pie, pero el pobre camarero, bandeja y una decena de copas preparadas incluidas, no pudo mantener el equilibrio y fue al suelo. El estruendo apenas se oyó con la música, pero todas las copas se rompieron en pedazos.

— Oh, Dios mío — la voz de Olivia torturada cuando se dio cuenta de lo que había provocado.

La dejé apoyada en la barra, prohibiéndole moverse y ayudé al pobre hombre a levantarse. Gracias a Dios, ni siquiera se había cortado.

—Perdone, no le vio — me disculpé.

— No se preocupe — el pobre hombre azorado.

La miré seriamente, iba a llevármela de allí porque lo que creía que era una pequeña borrachera, me estaba dando hasta miedo.

— Olivia... — fui a... No sé, ¿a reñirle? Pero Olivia, de repente, soltó una carcajada y comenzó a reír sin control. La miré estupefacto, la borrachera sí me estaba preocupando.

— Ay, pobre — decía entre risas.

Yo no tuve más remedio que reír también, porque la hostia que se había llevado el camarero era para haberla grabado.

— Pobre mío... — y otra carcajada.

— Eres un peligro borracha.

— No estoy borracha —se puso seria de repente—. Solo un poco... Achispada.

Y una mierda achispada, si había bebido por cinco.

Le coloqué la chaqueta y cogí su mano. Tiré de ella, era momento de terminar la fiesta.

— ¿Pero adónde me llevas?

— A dormir la mona.

— ¿A dormir? — empezó a sonar “Mayonesa”. Si Paquito el Chocolatero ya era un baile estúpido, este ni os digo lo que me parece — Pero ¡tenemos que bailar eso! ¡Ma-yo-ne-sa! ¡Ella me bate como...!

— Y vas a bailar, pero en la cama.

— ¿En la cama se puede bailar? — tiraba de ella cada vez que intentaba volver a la fiesta.

— Sí, pero hoy no será de la forma en que me gustaría — reconocí.

— ¿Por qué no? Si yo estoy...

Se calló y se paró. Miré para atrás y la vi agarrarse a la pared. Empezó a vomitar, echó hasta la primera papilla.

— ¿Tú estás qué? — le pregunté cuando vació su estómago. Le hice señas a un camarero para que avisara a alguien y limpiara ese desastre.

— Ay, me encuentro mal.

Puse los ojos en blanco.

— Mañana te vas a encontrar peor—resoplé y suspiré de alivio cuando, por fin, la dejé sobre la cama.

Al día siguiente no solo se iba a levantar con un impresionante dolor de cabeza, sino que se iba a morir de la vergüenza cuando recordase el vómito y al pobre camarero y yo...

Entonces yo iba a pasármelo de lo lindo metiéndome con ella.

La desnudé como pude y cuando me quité la ropa, me tumbé junto a ella.

— Alexis — suspiró, acercándose a mí.

Vaya nohecita me había dado, pero merecía la pena por tenerla así, entre mis brazos. La abracé y acaricié su cabeza hasta que se durmió.

Lo único que había sacado en claro esa noche es que no iba a dejar que bebiera tanto nunca más.

Capítulo 21



Estaba plácidamente dormido cuando noté cómo Olivia jugaba conmigo. Un sonido gutural salió de mi garganta. Tenía mi pene en su boca, erecto y joder, no había mejor manera de despertarse que esa.

—Olivia...

No respondió, solo lamió mi miembro de abajo arriba para volver a introducirlo hasta su garganta. Era el mejor sexo oral que había tenido en mi vida.

Desperté por completo, con el único deseo de cogerla y tumbarla sobre mí para penetrarla. Lo intenté, pero me dio un manotazo en la mano. No iba a moverse de allí, el mensaje estaba claro.

Me apretaba con sus labios, su lengua húmeda mojándome y lamiendo el líquido preseminal que no pude evitar soltar.

—Dios, Oli, para —casi no podía ni hablar, en pocos segundos me estaba llevando al límite.

Olivia, como casi siempre, hizo caso omiso de mi petición. Por esos gemidos que emitía supe que lo estaba disfrutando tanto o más que yo.

Agarré su pelo y la ayudé a moverse. Estaba a punto de correrme y quería hacerlo en su boca.

No tardé demasiado, cuando se ayudó de su mano para apretarme, estallé.

Se quedó ahí, tragándose hasta la última gota que eché.

—Joder —me quedé completamente laxo, sin fuerzas. Ella se levantó y se tumbó a mi lado. Abrí los ojos y sonreí al ver su cara de satisfacción—. Ha sido jodidamente increíble —aún me costaba respirar con normalidad.

—Me alegro —sonrió.

—¿Qué haces despierta? —me puse de lado y la pegué a mi cuerpo.

—No podía dormir.

—¿Por?

—Estaba... Algo nerviosa —¿después de lo que había hecho le avergonzaba decir que no podía conciliar el sueño porque estaba excitada?

—Creo que me gustará verte nerviosa más de una vez —reí. La besé, probándome en sus labios. Estaba completamente desnuda y yo volvía a excitarme de nuevo—. Creo que es mi turno —acaricié su trasero, con mis dedos muy cerca de su sexo.

—No lo hice para eso.

—Sé que no. ¿Pero crees que después de esto me voy a ir a desayunar sin follarte antes?

—Pues sí —rio—. Era un regalo para ti.

—Estar contigo ya es un regalo —sonó cursi, para qué negarlo, pero me salió del alma.

—Así que el chico también es romántico —bromeó ella.

—En este momento tengo de todo en la mente menos ser romántico.

—Ah, ¿sí? ¿Y en qué piensas?

—En follarte como si no hubiese un mañana.

Soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Te acabas de cargar todo el romanticismo.

—Me acabo de correr en tu boca, Oli, ¿qué romanticismo esperas? Lo único que quiero ahora es ver cómo te corres tú.

Cogí su pierna y la puse sobre mi cadera, me moví hasta poder entrar en ella y penetrarla con fuerza.

—Pues así ya te digo que lo conseguirás pronto —dijo con la voz estrangulada.

—¿Muy pronto? —salí y volví a entrar.

—Demasiado pronto —gimió.

Eso esperaba, porque me tenía, de nuevo, hasta el límite. La penetré con fuerza, sin consideración. Quería verla sin aire, desbocada y temblorosa. Quería lograr que después de ese orgasmo, se quedase dormida entre mis brazos. Y lo iba a hacer.

El sexo con Olivia era siempre lo mejor, la conocía bien en ese sentido y sabía exactamente cómo darle lo que necesitaba. Y esa vez tenía que ser duro.

Salí y entré de ella a un ritmo frenético hasta que conseguí hacerla gritar. El orgasmo llegó y me llevó con ella, provocándome el mismo desahogo que necesitaba.

— Joder — resoplé al terminar, agotado. Salí de su cuerpo y me tumbé de espaldas, llevándola conmigo. Se apoyó en mi pecho y yo la abracé con fuerza—. ¿Menos nerviosa?

Olivia afirmó con la cabeza, pero no emitió sonido alguno. Un suspiro de satisfacción y, poco tiempo después, mientras yo acariciaba su espalda, noté que se había quedado dormida.

Cerré los ojos con una sonrisa en mis labios. Todo lo que estaba viviendo con ella en ese crucero no iba a olvidarlo en la vida. Cada momento era único y cada vez que la hacía mía me sentía como nunca antes.

La abracé más fuerte, le di un beso en la cabeza y suspiré.

Ese era el último día de crucero, así que lo pasamos en el barco todos juntos, con las niñas revoloteando a nuestro alrededor y siendo el centro de atención. De por sí ya lo eran, nos tenían a todos babeando.

Davinia y Fernando se mostraban ya sueltos del todo, con unos arrumacos por encima de la media a la que nos tenían acostumbrados esos días.

Carlota y Daniel parecían muy compenetrados, por mucho que él dijera que no, me hacía ver que había caído ya totalmente en las redes de una mujer y esta vez pensaba que probablemente no pudiera zafarse de ellas.

Elba y Gonzalo entablaron una relación con visos de continuar después del crucero.

Olivia y yo, tenía claro que habíamos comenzado una segunda parte en nuestra historia que esperaba que fuera la última y para siempre.

Todos cenamos juntos en lo que fue la despedida a un crucero en el que cada uno de nosotros salía reconfortado.

Capítulo 22



Vuelta a la isla...

Nos despedimos con un desayuno en el crucero. Se había acabado aquella maravillosa semana y con ella unos recuerdos que permanecerían en nuestras retinas para siempre.

Las niñas se abrazaron cuando desembarcamos y todos nos miramos con ternura.

Nos montamos en mi coche y Olivia subió el volumen de la música. Sonaba la canción de Rosalía “Con altura” y esa le encantaba a la pequeña, que se puso atrás a cantarla.

Yo estaba lleno de sentimientos encontrados, feliz por cómo volvía a tener a Olivia en mi vida y triste por haber terminado esa semana en la que me dejé llevar en cada momento, en la que viví cada una de sus horas y en la que me sentí en total libertad, sin prisas ni responsabilidades, más que con mi hija, pero no laborales. Era innegable que mereció la pena haber hecho caso de aquella proposición de hacer un crucero con todos.

Dejé a Olivia en su casa. Iba a saludar a sus padres, soltar la maleta y coger ropa para venirse conmigo y Lucía a casa hasta el domingo.

El lunes iba ella a comenzar a trabajar y volver a la rutina que dejó cuando se fue apresuradamente para Londres por lo acontecido entre nosotros.

Fina nos recibió entre abrazos y nos cogió las maletas para poner a lavar la ropa, además de poner un poco de orden.

La peque le contó todo, hasta lo de Olivia, Fina la interrogaba con gracia.

En un momento que nos fuimos al salón Lucía me sorprendió.

—No quiero que se vaya Olivia — decía la pequeña cruzándose de brazos.

—Va a venir en un rato, ya lo escuchaste — reí.

—Yo quiero ahora —seguía cruzada de brazos y se sentó en el sofá.

—Bueno, pues el “ahora” va a esperar — reí mirándola enfadada con esa pose.

—Es mi mamá princesa — su tono era de enfado.

—¿Quién te dijo lo contrario? — reí.

—No te rías — se enfadaba más.

—Bueno, no te pongas tonta que sabes que va a venir en un rato y se quedará con nosotros estos días.

—Yo quiero para siempre.

—Bueno, eso se lo tendré que pedir con alguna sorpresa, pero que yo también la quiero con nosotros para siempre —carraspeé y me senté a su lado.

—Pues prepara algo, piensa, pero no se nos puede ir —decía como una mujer mayor.

—Dame unos días y verás cómo lo hago — le saqué la lengua.

Se quedó en el sofá pensativa y yo me fui a la terraza a tomar un vino mientras Fina terminaba de hacer la comida.

Comí con Lucía y luego se fue Fina. Nos echamos un rato en el sofá hasta que sonó el timbre exterior y le abrí a Olivia, que venía con un pequeño equipaje de mano para quedarse con nosotros hasta el domingo.

—Mami princesa — se abrazaron como si hiciera mil siglos que no se veían.

—Mi niña bonita — se la comía a besos Olivia.

Las dejé a las dos en el salón viendo unos dibujos y charlando. Me fui a mi despacho a revisar correos y responder a los más importantes. No había nada especial, ya que todos estaban avisados de que nos íbamos de vacaciones.

Un rato después escuché risas que se prolongaban, miedo me daba saber que estaban inventando y más últimamente, que Olivia no se pensaba las cosas y era peor que la pequeña.

Llegué a la cocina y las dos me miraron con cara de no haber roto un plato.

—No hablamos sin la presencia de nuestros abogados — bromeó Olivia.

—Yo sí que no hablo sin la presencia de Fina, que os va a matar — advertí riendo, viendo la que habían liado en la cocina donde la harina llegaba a todas las esquinas posibles.

—Papi, hemos hecho galletas — decía sonriente para que no me enfadara.

— Habéis hecho un desastre — reí incrédulo al ver cómo estaba todo.

—Menos quejarte y ayúdanos a recoger — exigió Olivia.

—¿Yo? Ni muerto — preparé dos cafés y un Cola Cao para la pequeña.

—Pues hoy vas a dormir solo, mi mamá princesa y yo tenemos una fiesta pijama y vamos a dormir juntas.

—Si lo sé no salgo del despacho — voltee los ojos produciéndole una risa a las dos.

—Papi ¿eres cobarde?

—¡Pero bueno! — la miré a modo riña bromeando mientras ella lloraba de la risa.

Pero eran mis amores, eran todo eso que necesitaba en mi vida para ser feliz y cómo no, aquella cocina patas arriba era la más fiel prueba de que la cosa fluía entre todos y ¿qué mayor

paz que esa?

Esa noche durmieron juntas, como algunos días de esa semana que no salimos de casa y nos dedicamos a disfrutar de la piscina, del relax y del amor que había entre los tres. Además, al siguiente lunes ya me incorporaba al trabajo junto a Olivia, ahora sí necesitaba trabajar.

El domingo se fue para su casa, quedamos en vernos en las oficinas, la pequeña se quedó con pena de ver que volvía con sus padres, pero eso lo iba a solucionar yo en breve...

Capítulo 23



Los primeros rayos del sol del lunes me empujaban a saltar de la cama. No podía imaginar una sensación mejor. Me aisé y me puse para ir a trabajar lo que mejor me sentaba: mi más amplia sonrisa.

—¡Buenos días, Fina!

—¡Buenos días, Alexis! No sabes lo que me alegra ver la buena cara que tienes.

—Gracias, Fina. He entrado en el dormitorio de Lucía y duerme como una bendita, he salido de puntillas para no despertarla.

—Ni te preocupes, le hace falta descansar. Ya se levantará.

Debí entrar en el coche de un salto. Sentía que me sobraba vigor por los cuatro costados y ya contaba los minutos para ver a Olivia.

—¡Hola, Carlota! Te veo muy bien—sonreí.

—¿Y me lo dices tú? Mira el tío, no sé yo qué novedad habrá en esta oficina para que llegues tan contento.

¡Bien sabía ella lo que me tenía así! Fue como un sueño entrar en el despacho de Olivia y que ella me recibiera con su luminosa sonrisa. Cerré la puerta.

—¡Buenos días, preciosa!

—¡Buenos días, cariño! —se levantó y la cogió por la cintura. Nos fundimos en un interminable beso. ¡Cielos, ya la naturaleza estaba haciendo de las suyas! —Eso con lo que me estás rozando no es tu móvil, ¿verdad? —rio, divertida.

—Me da a mí que no—la seguí besando—¿Muy atareada?

—Un poquito.

—Te dejo entonces, pero en un par de horas te rapto para llevarte a tomar un café.

—Me sacrificaré y bajaré contigo—rio.

Le di un último beso y salí del despacho.

La vuelta de Olivia a mi vida había hecho que, de repente, volviera a disfrutar de mi trabajo con la misma ilusión de los primeros años, cuando quería comerme el mundo. Y allí estaba de nuevo yo, deseando dar bocados, y no solo a Olivia, que también.

Uno a uno, los chicos fueron pasando por mi despacho para darme la bienvenida.

Daniel con sus bromas, Carlota con sus chismes, Davinia con su locura, Fernando con sus intentos de cambiar el mundo y una renovada Elba, loca de ilusión por su recién estrenada pareja.

Una vez nos hubimos saludado todos, me concentré en el trabajo, no sin antes haber llamado a una floristería para que le trajeran a Olivia un ramo de flores como aquel que un día recibiera con tanto cariño en su despacho.

—Mi niña, ¿bajamos ya?

—¡Sí! Iba a ir ahora mismo a buscarte. ¡Mira lo que acaba de llegar!

—Ya me había imaginado algo, he visto pasar al chico de la floristería, ¿quién te las manda?
—me hice el celoso.

—¿Alguien que está enamorado de mí? —reía, divertida.

—Seguramente, más bien diría yo que alguien que está colado hasta los huesos por ti— salimos de allí cogidos por la cintura y Carlota jaleándonos.

—¡Qué pareja más bonita!

—Venga, a lo tuyo—aquello seguía siendo un espectáculo, aunque ya bastante más calmado después de haber desbravado todos en el crucero.

Pedimos el desayuno y lo tomamos con las manos entrelazadas.

—Habrás dicho en casa que te rapto después de la salida para llevarte con Lucía y conmigo, ¿no?

—¿Es parte de las condiciones del contrato?

—¡Y tanto! Son unas cláusulas innegociables.

—¿Y si no? —reía.

—Despido inmediato, tú verás.

—No me perdería ese almuerzo ni por todo el oro del mundo.

—Pues fantástico entonces.

Subimos y echamos unas horas más. Terminamos de trabajar y no quisimos demorarnos en ir en busca de Lucía.

—¿No hay ratito en el bar? Vaya un jefe soso que te estás volviendo—Daniel se quejaba.

—Bien se nota que no te espera ningún enano en casa, bandido—reí.

—¡De momento! Más le vale hacerse a los niños o le van a dar morcillas—a decir verdad, Carlota no le daba tregua.

Nos montamos Olivia y yo en el coche en dirección a casa.

—¡Ya has llegado, Olivia! —Lucía se la comía a besos, ¡me la iba a gastar!

—¿Y para tu padre no hay ni un beso? —puse la mejilla.

—Es un celosillo—Lucía reía y le hablaba en voz bajita a Carlota.

—Un poquito, pero será nuestro secreto.

—¡Vale!

Almorzamos, haciendo planes para la tarde. Me daba exactamente igual lo que hiciéramos, lo único que tenía claro es que deseaba hacerlo con ellas.

—¿Playa o piscina? —Lucía le preguntaba a Olivia.

—Por mí playa, que es más sana.

—Papá, playa, Olivia y yo estamos de acuerdo—¿y cuándo no lo estaban? La escena era deliciosa.

Nos encaminamos hacia la playa, donde las horas parecían minutos. Me encantaba comprobar cómo Olivia no perdía a la peque ni un segundo de vista.

—Olivia, ¿nos bañamos otra vez?

—Oye, enana, y a tu padre que lo parta un rayo, ¿no? —bromeé.

—No, papá, tú también puedes venir con nosotras—tiró de mí.

—Vaya hombre, un millón de gracias—negué con la cabeza.

Los chapuzones en el agua, picándonos a ver quién salpicaba más a los otros, haciendo competiciones de natación y ayudando a Lucía a sostenerse sobre su tabla, no tenían precio.

—No es por nada, pero yo creo que vamos a tener ya que salir danzando—dijo Olivia a una

cierta hora, ella era muy prudente cuando había que trabajar al día siguiente.

—¡Pero Olivia, tienes que cenar con nosotros!

—¿Y eso por qué? —le hizo cosquillas a la peque.

—Porque si no, se me quitan las ganas de comer—era chantajista hasta la médula.

—Lucía no es por eso...—yo trataba de que no se hiciera una consentida.

—Bueno, vale, es un poquito por eso y otro poquito porque tengo ganas de que vengas, Olivia.

Después de cenar, la llevamos a su casa. Me bajé del coche y le di un beso. Me costaba, y no poco, separarme de ella a la hora de dormir. Mi cama era infinitamente mejor cuando Olivia estaba en ella.

Y amaneció el martes y con él volví a hacer gala de un entusiasmo bárbaro desde por la mañana.

Llegué a la oficina, saludé y salí enfielachado para el despacho de Olivia.

—¡Hola, guapísima!

—¿Dónde está el jefe más atractivo del mundo?

—Ni idea—miré hacia los lados.

—Ven aquí, tonto—nos fundimos en un largo y ardiente beso.

—Antes de que preguntes nada, vuelvo a informarte de que no es mi móvil el que notas, es solo que...

—¿Qué...?

—Que necesito que vengas a mi despacho, tengo unos asuntos que solucionar que te conciernen.

—¿A mí?

—A ti, así que sígueme.

—¿Y no podemos solucionarlos aquí? —su tono era insinuante hasta la saciedad.

—Me temo que no, porque en mi despacho hay mejores vistas.

Entramos en el mío y cerramos la puerta. Despejé mi mesa de una sola pasada y la senté sobre ella.

Empecé a besarla con pasión, con mucha pasión, mientras mi lengua recorría su cuello en dirección a unos pechos que se dibujaban debajo de su camisa, con botones delanteros.

—Deja que me los quite yo, que me los vas a partir y a ver cómo salgo de aquí—se mordió el labio y comenzó a desabrocharlos uno a uno, lanzándome unas miradas que no dejaban lugar a dudas: era deseo.

La impaciencia se iba apoderando de mí, deseaba sentirla y sentirla ya...

Fue quitarse el último de los botones y yo, con un rápido gesto de dedos, despojarla del sujetador. Aquellos senos gritaban “devórame” y eso hice, metiendo mi cabeza entre ellos y lamiéndolos centímetro a centímetro, deteniéndome en aquellos apetecibles pezones.

Para ese momento, una de mis manos ya había avanzado hacia su cavidad más húmeda. La separación de sus piernas era la justa para dejarme jugar con su clítoris, sobre el que describía círculos marcando el ritmo.

Una acelerada Olivia lanzaba gemidos tenues que mis oídos recogían, mientras yo iba aumentando el ritmo, con el que se iban acompasando los latidos de su corazón.

Al introducir uno de mis dedos en su acalorada cavidad, fui yo quien tuve que contenerme para no lanzar un gemido que hubiera sido más que sospechoso.

El calor que provenía de su interior y su extrema excitación constituían el perfecto caldo de

cultivo para que mi miembro alcanzara una dureza de proporciones máximas.

Para mi sorpresa, fue ella quien lo sostuvo con sus manos y empezó a tocarlo de arriba abajo, sincronizando sus movimientos con los míos. Poca duda cabía de que la química era bestial y, de haber habido alguna, la habría resuelto el choque entre nuestras miradas que derrochaba pasión por doquier.

Quería darle la vuelta, ponerla sobre la mesa para resolver aquella increíble tensión sexual con una embestida sublime, a la que seguirían muchas más. Sin embargo, no deseaba separar mis labios de los suyos, por lo que continuamos dándonos placer mutuo en esa postura.

El súbito aflojamiento que noté en su tembloroso cuerpo, unido a los susurros interminables que ahogaba en mi oído, me hicieron entender que Olivia había llegado al clímax.

Entregada y, dejándose caer sobre la mesa, le di la vuelta y la puse cara a sus vistas preferidas, mientras yo me colocaba detrás y disfrutaba de las mías.

Y llegó, llegó esa primera embestida en la que nos hicimos uno solo, con lentitud y con intensidad, pero con una carga brutal. La penetré hasta el fondo mientras una de mis manos volvía a alcanzar su clítoris, propiciando que el recital de gemidos tenues comenzara de nuevo.

Con lentitud, pero con ritmo, seguí penetrándola una y otra vez, llegando hasta el límite y volviendo a salir para disfrutar, con la mano que me quedaba libre entrelazada a la suya, de esas penetraciones que sugerían que pronto llegaríamos a rozar el cielo.

—¡No pares, Alexis! ¡Dame más!

Solté su mano y volteé su rostro. Lo enfrenté al mío y volví a detectar pasión, en forma de fuego. Las llamas de sus ojos se encontraron con las de las míos en el momento en el que, simultáneamente, llegó el final para los dos.

Relajados, nos fuimos vistiendo, tras abrazarnos un rato. Nos habíamos vuelto a devorar y de nuevo nos sabía a poco.

Esa tarde repetimos sesión de playa con Lucía, pero algo más corta, pues quisimos llevarla a una heladería en la que estaba antojada por comerse una copa de helado gigante que había en la

carta.

—Lucía, cariño, es demasiado para ti. No es por no pedírtela, pero al final se va a quedar aquí.

—¿Aquí? Querrás decir aquí, ¿no? —se miraba la barriguita.

—No, cariño, quiero decir aquí en la mesa—reí.

—Te apuesto lo que quieras a que me la como...

—Se me ocurre una idea mejor—allá iba a Olivia.

—Te la pedimos si esta noche, antes de acostarte, bajas al oso del mueble y le haces una caricia—muy cuca ella.

—¿Y si me muerde?

—Si te muerde te prometo que le muerdo yo más fuerte a él—reí.

—Venga, todo sea por tomarme esa copa de helado—a veces soltaba frases de chica mucho mayor.

Se la pedimos y, ni que decir tiene, que no pudo con ella entera. El caso es que eso no era lo importante. Gracias a lo acordado, esa noche, que volvimos a cenar los tres en casa, Lucía tocó al oso y comenzó a perderle el miedo.

—Lo vuelvo a subir y mañana lo bajamos otro ratito—le indicó Olivia.

—No, déjalo aquí encima de la cama. Igual también él tiene miedo de estar ahí arriba tan solito—nos sorprendió.

Un rato después repetimos ritual. Llevamos a Olivia a su casa y noté cómo el vacío que quedaba en mi interior al verla cruzar el umbral de la puerta, se iba haciendo cada día mayor.

Capítulo 24



El miércoles amanecí con aquella idea en la cabeza y no pararía hasta lograr hacerla realidad: deseaba que Olivia se viniera a vivir conmigo o, mejor dicho, con nosotros. Por fin había llegado el momento.

Enfilé hacia el trabajo de lo más entusiasmado. Tenía que darle forma. Una vez fui a pedirselo y solo quedó en la intención, pues la inoportuna aparición de Helga hizo que mi sueño se truncara. En ese momento, estaba decidido a que nada volviera a interponerse entre nosotros.

Sonó el teléfono y era mi madre. Puse el manos libres y pronto comprobé que el universo se estaba posicionando de mi lado.

—¡Hola, mamá! ¿A qué debo el honor de tu llamada tan temprano?

—¡Hola, hijo! Pues verás, resulta que tu prima Aurora me llamó anoche para darme la sorpresa de que se baja unos días de vacaciones con su hija. Se quedarán en casa.

—Me parece formidable, mami, pues no te preocupes que lo tendré en cuenta y por supuesto que pasaré a verla.

—Sí, sí, eso me encantaría, pero no es por eso exactamente por lo que te estoy llamando.

—¿No? Pues entonces tú dirás, soy todo oídos.

—Pues hijo, había pensado que como ella ahora vive en Galicia y las niñas tienen tan pocas ocasiones de verse, me gustaría que nos dejaras a Lucía unos días para que estuvieran juntas.

—Es lógico, mamá. Me parece una idea estupenda.

—Pues ella llega mañana, cuando te apetezca traerme a Lucía, la recibiremos con los brazos abiertos.

—Pues por mí esta misma tarde, con eso pasamos a veros Olivia y yo, que ya tenemos ganas. Y así también planeo un fin de semana distinto con ella.

—Te noto muy cómodo con esa chica, Alexis.

—Sí, mamá, no sabes cuánto. De hecho, lo que planeo es pedirle en esa escapada que se venga a vivir con Lucía y conmigo.

—¡Alexis, no sabes la alegría que me das, hijo!

Nos despedimos y pensé que la casualidad era genial. Estaba emocionado.

Lo ideal sería tomarnos el viernes libre. Así, podría salir al día siguiente con Olivia del trabajo en dirección al mismo *resort* del sur de la isla en el que nos quedamos en la segunda mitad de la Semana Santa. Y allí aprovecharía para preparar algo bonito y hacerle esa petición tan especial.

Dicho y hecho: así lo haría. Volví a tirar de contactos y no conseguí la misma *suite*, pero sí una muy parecida: ya teníamos nidito de amor para el finde.

Llegué a la oficina entusiasmado hasta no poder más.

—¿Y esos silbiditos? Buenos días jefe—yo iba feliz y, tal como Carlota decía, silbando.

—Buenos días, Carlota, contentillo que está uno. ¿Y tú? ¿El botarate de mi amigo te da buena vida?

—A veces, a veces—era muy gracioso el modo en el que gesticulaba al respecto. En el fondo se adoraban.

Me dirigía hacia el despacho de Olivia, raudo y veloz, cuando me di de bruces con Daniel.

—¿Dónde tendrás que ir tú antes de pasar a saludar a tu amigo del alma? —bromeó.

—Pues a ver a una carita mucho más bonita que la tuya, feo.

—Desconsiderado, me estás haciendo daño en el corazoncito—era muy cómico.

—¡Quita de ahí, hombre! —lo aparté.

En ese momento se abrió la puerta del despacho de Olivia.

—Oye tú, que lo estoy escuchando todo y me estoy poniendo celosa—lo miró frunciendo el ceño.

—Yo, haciendo amigos, como siempre, nada más y nada menos que voy a tocarle las narices a la futura jefa consorte—salió andando y negando.

Nos reímos mientras entrábamos en su despacho.

—Ya te estaba echando de menos—comenzó a besarme.

—Solo he llegado cinco minutos más tarde de lo habitual. Había un poco de tráfico.

—Pues que no vuelva a pasar, que te necesito apareciendo por mi puerta a la hora—rio.

—Bonito despacho. Tiene un aire floral que mola...Allí estaba el ramo de flores, presidiendo.

—Me encantan, de verdad—volvió a besarme.

—Tú sí que me encantas a mí—le di en la punta de la nariz—Por cierto, esta tarde vamos a casa de mis padres, si te parece bien.

—Me parece genial, pero no lo sabía.

—Ni yo, pero es que vamos a dejarles allí a Lucía unos días. Viene de visita a su casa una prima que tiene una niña de su edad, a la que Lucía adora, y se lo pasarán en grande.

—¿Quiere eso decir que voy a disfrutar de su atractivo padre en exclusividad?

—Eso parece—me acerqué de manera sugerente.

—¡Vete de aquí, por favor, que no respondo! —se tapó los ojos.

—¿Y eso?

—Eso porque, me miras así otra vez y ya sabes para dónde voy a terminar mirando en tu despacho, arrea, que hoy tengo mucho que hacer.

—Vale, vale, pero dos cositas, la primera que dile a tu jefe que es una mala persona, te tiene explotada.

—¿Y la segunda?

—La segunda es que, en compensación, prepara esta noche la maleta que mañana cuando terminemos la jornada nos vamos de nuevo al sur de la isla, de *resort*.

—¡¿Qué dices?! —pero si acabamos de volver de crucero.

—Es una orden y no se hable más.

Sus ojos brillaban con total intensidad. Se notaba que nuestra inesperada escapada le había encantado. Y si ella era feliz, yo más...

Al mediodía llegamos a casa a almorzar con Lucía. Fina nos había preparado la ensalada aquella que tanto entusiasmaba a Olivia.

—¡Gracias, Fina! Esto es un lujo—hasta le dio un beso antes de que se fuera.

—Te gusta la ensalada, ¿eh? —Lucía la miraba con cara de flipar un poco.

—¡Me megaencanta! ¿Y a ti?

—A mí me gustaba más la comida del barco.

—Lucía, eso era porque te pasabas todo el día comiendo hamburguesas, pizza y patatas fritas,

pero hay que comer de todo—estaba costando un poco volver a la realidad.

—Es verdad, pero yo había pensado que como ahora ya me llevo bien con el oso y a él le gustan las hierbas, se podía comer él mi ensalada.

¡Era de traca la niña! Nos reímos mucho con su argumento que, por otra parte, no le sirvió de mucho.

Después del almuerzo nos pusimos los tres a preparar una bolsa con las cosas de Lucía.

—Me llevo el bolsito que me comprasteis en *Disney*—ese no se le olvidaba a la peque— Yo creo que a la prima Ruth le va a encantar—así se llamaba la hija de mi prima.

—¡Claro, cariño! Llévatelo.

—Y vosotros, ¿me vais a echar de menos estos días?

—¡Mucho! —soltamos al unísono.

—Yo también, pero me lo voy a pasar de miedo con la prima así que, si me echáis de menos, os podéis llevar al oso—lo señaló—pero conmigo no contar para que vuelva antes de tiempo.

En momentos como esos, nos teníamos que tirar al suelo de risa porque parecía que se había tragado a una vieja, la niña.

Salió cargada de cosas y entusiasmada por los días que le esperaban y, si cabía, nosotros más. Llegamos a casa de mis padres.

—¡Ya está aquí mi princesa! —Lucía iba corriendo y la abuela salió a su encuentro a besuquearla.

—Sí y te traigo a tu bisnieto porque vengo con mi bebé—lo decía con tal contundencia que hasta sonaba a cierto.

—Bueno, bueno, pero si este niño es guapísimo—mi madre parecía haber ido a clases de

teatro. Por su nieta, lo que fuera.

—¿Y cómo se llama mi bisnieto? —mi padre ya estaba participando también de la escena.

—Carlos, Carlos, se llama Carlos—carraspeó, la muy zalamera.

—¿Carlos por mí?

—Pues claro abuelito, ¿por quién iba a ser si no? —ya se lo había metido en el bolsillo. O, mejor dicho, todavía más en el bolsillo.

Llegamos a su altura y nos saludamos.

—Olivia, hija, no podemos estar más contentos. Es una maravilla volver a ver a mi hijo tan bien acompañado—mi madre la abrazaba.

—Soy yo la que está encantada, Margarita. Es una suerte para mí.

Pasamos una tarde preciosa en familia. La peque revoloteaba entre nosotros, contagiándonos su alegría. Después mis padres insistieron en que nos quedáramos a cenar y lo hicimos.

Esa noche, camino de su casa, Olivia me comentó que ya había llegado el momento de que también yo conociera a los suyos. Sería en aquellos días.

Capítulo 25



Y llegó el gran día. El jueves por la mañana, decir que me levanté pletórico sería quedarme muy, muy corto.

Repasé mentalmente. Lo tenía todo preparado. Ordené cada una de mis ideas en la cabeza. Llamaría al restaurante elegido en el *resort* y les daría todas las instrucciones para que la sorpresa de Olivia fuera sensacional.

—¡Buenos días, Fina! —la buena mujer se sorprendió mucho cuando le di aquel abrazo.

—¡Buenos días, Alexis! Pero muchacho, tú eres otro últimamente...

—¡No lo sabes tú bien!

—¿Un cafecito?

—No, hoy no, Fina. Me voy volando, gracias.

Me había demorado un poco ultimando la bolsa de viaje, que ya llevaba hacia el coche, y quería llegar a toda mecha para ver la dulce cara de Olivia lo antes posible.

Conduje hasta la oficina tarareando las canciones preferidas de ambos y disfrutando de las imágenes que venían a mi mente de todos los momentos fabulosos que habíamos pasado hasta la fecha. Y encima, lo mejor estaba por llegar: era hora de comenzar una nueva y preciosa vida en común.

Entré en la oficina sin poder, ni querer, disimular mi alegría.

—¡Buenísimos días, Carlota!

—¡Hombre jefe, buenos días!

— Voy volando al despacho de Olivia—normalmente no hubiera hecho ese comentario, pero aquel era un gran día.

—Olivia todavía no ha llegado. Pensé que estabas al tanto.

—No, no sabía nada. Es extraño.

—Sí, a decir verdad, lo es. Ella es la más puntual del globo.

—Vale, voy a llamarla al móvil.

—Ya lo he hecho yo, pero sale apagado.

—Vale—a decir verdad, que también tuviese el móvil apagado me preocupó un poco, pero pensé que no debía cundir el pánico, seguramente todo tendría una explicación—Carlota eso sí, por favor, cuando llegue, dile que se pase por mi despacho.

Me senté a revisar unos mails, pero no podía concentrarme. La intranquilidad comenzó a adueñarse de mí. Pensé en llamar a casa de sus padres, pero estaba esperando un poco por si aparecía. No deseaba dar la sensación de ser un controlador ni un alarmista.

—Alexis, no sabes nada todavía, ¿no? — había pasado una escasa media hora cuando Carlota se asomó a mi despacho.

—Entra por favor.

—Dime.

—He estado esperando un rato, pero voy a telefonar a sus padres.

—Me parece bien. Si no te importa, me quedo.

—Claro—el apoyo moral me ayudaba.

Llamé, pero en su casa no había nadie. La intranquilidad comenzó a dar paso a los nervios.

—Alexis, no te he traído un cafelito porque te veo un poco nervioso. No te preocupes. Seguro que aparece en cualquier momento.

—Sí, quizás haya perdido el móvil y lo esté buscando y por eso no nos ha podido ni avisar.

—Quizás sea eso.

—Sí, ¿verdad?

Ella se incorporó a la recepción. Quería pensar que todo aquello tuviera una explicación sencilla, pero los minutos seguían pasando y cada vez me notaba más fuera de mí.

—Me ha dicho Carlota que estáis preocupados por Olivia—Daniel se asomó a la puerta de mi despacho.

—Sí, amigo. Es que no sé nada de ella desde anoche. No ha llegado todavía, no coge el teléfono, que además está apagado, y no da señales de vida. No me parece propio de Olivia.

—No, ciertamente no lo es. Eso sí, tiene que haber una explicación.

—Lo sé y espero saberla pronto porque no tener noticias de ella me está empezando a sacar de quicio.

—Pero ¿habéis discutido o algo?

—Ni mucho menos. Y en casa de sus padres tampoco cogen el teléfono.

—¿Y los móviles de sus padres? ¿Los tienes?

—No. Todavía no los conozco y no tengo sus números. Olivia estaba pensando en presentármelos en estos días, en una comida familiar, pero aún no le ha dado tiempo.

—Ok, ¿quieres que te acompañe a la casa y echamos un vistazo?

—Hecho. Ya lleva una hora de retraso y lo estoy empezando a pasar peor que mal.

—No te preocupes, vámonos.

Estuvimos llamando unos minutos al timbre de su casa, pero no logramos nada. Tampoco me parecía muy lógico que ninguno de los miembros de su familia estuviera allí, pero todavía quería creer en que existen las casualidades.

—Alexis, aquí no hay nadie. Volvamos a tu despacho y desde allí seguimos llamando. Es probable que Olivia esté a punto de entrar por las puertas.

—¡Dios te oiga, amigo!

Subimos y la cara de Carlota era de no estar teniendo su mejor mañana.

—Chicos, ¿no sabéis nada?

—Nada, Carlota. Por favor, sigue insistiendo en su móvil. Yo seguiré haciéndolo en el teléfono de sus padres.

—Por supuesto. Seguro que en nada la tenemos aquí—me hizo un gesto de ánimo que contrastaba con la preocupación de su rostro.

Una hora después, la desesperación empezó a adueñarse de mí. Decidí que, si un rato más tarde no aparecía, comenzaría a llamar a los hospitales.

—Alexis, acabo de enterarme. Una cariacontecida Elba asomó por mi puerta.

—Sí, ¿no te habría dicho a ti por casualidad que tuviera nada pendiente para esta mañana?

—No y ya sabes cómo es la niña, si hubiera pensado en llegar más tarde, hubiera avisado con tiempo.

Lo peor es que Elba tenía toda la razón. No imaginaba a Olivia entrando fuera de su hora sin

haberlo notificado en la oficina. Igual es que le había sucedido algo a alguno de los miembros de su familia y por eso no había nadie en la casa.

—Elba, gracias, te mantendré al corriente. Confío en que esté viniendo ya hacia aquí.

Lo dije por decir, pero por momentos se apoderaba de mí el miedo, el pavor a lo desconocido, a no saber lo que le estaba ocurriendo, dónde se encontraba o si necesitaba mi ayuda.

Hice un último intento y, ¡bingo! Por fin alguien descolgó el teléfono de su casa. Sin embargo, mi alegría no duró más de un segundo.

—¿Quién es? —aquella joven voz denotaba la más profunda de las preocupaciones.

—Soy Alexis, el...—me quedé un poco trabado, iba a decir el novio de Olivia, pero frené un segundo. Decir el jefe, a secas, a aquellas alturas, tampoco me parecía.

—Sé quién eres—se echó a llorar.

—Por favor, ¿ha ocurrido algo? ¿Por qué lloras? —al otro lado del teléfono, Alexandra, la hermana de Olivia sollozaba sin parar.

—Sí. Acabo de llegar de correr y me han avisado. Olivia ha tenido un accidente, está en el hospital, no sé nada todavía, mi familia está con ella.

—¿Un accidente?

—Sí, la ha pillado un coche. Está en el quirófano. La están operando.

El mundo se me vino encima. Ni siquiera sé cómo me despedí de Alexandra, lo único que recuerdo es que salí de allí despavorido.

—¡Alexis, por Dios! — Carlota corría tras de mí.

—¡Carlota, díselo tú a los demás! Olivia ha tenido un accidente. No sé nada. Os llamaré desde el hospital.

Escuché cómo comenzaba a llorar y segundos después ya había arrancado mi coche. Nunca había percibido un Tenerife más oscuro ni unos minutos más largos. Mientras mis temblorosas manos conducían, solo podía pensar en mi querida Olivia. Solo podía implorar al universo por ella.

Entré en el hospital como una bala.

—Olivia Palma, por favor, ha debido ingresar hace un rato.

—Sí—estaba consultando.

—Dígame dónde se encuentra ahora, por favor—me dieron los datos y subí los escalones de tres en tres. No tuve tino ni para esperar el ascensor.

Llegué a la puerta del quirófano y allí estaban sus padres y su hermano. Los conocía perfectamente porque había visto muchas fotos suyas.

Preso del pánico y temblando como una hoja, fui a presentarme. Jamás se me pasó por la cabeza que los conocería en unas condiciones tan tristes.

Iba avanzando hacia donde estaban cuando, de repente, el cirujano salió del quirófano.

—Familiares de Olivia Palma, por favor—dijo en un tono más que preocupante.

—Somos nosotros. Los tres avanzaron hacia él y, sin apenas percibirlo, yo tras de ellos, como una sombra.

—Lo siento mucho, hemos hecho todo lo posible, pero el pronóstico es más que grave. Olivia ha sufrido heridas de tal consideración que, a priori, nos parecen incompatibles con la vida. Bajo mi criterio, tienen ustedes que hacerse a la idea de que su hija no vivirá más de veinticuatro horas.

Me aparté y sentí un frío aplastante. Con el dramático sonido de fondo de la madre de Olivia sollozando, me sentí el más infeliz de los mortales. Alcancé las escaleras y me derrumbé. Sentado, metí la cabeza entre mis piernas y noté una devastadora sensación de dolor e ira al mismo tiempo. ¿Sería posible que el destino me la jugara de nuevo? Olivia era la mujer a la que más había amado en la vida y perderla suponía para mí el más impresionante de los golpes.

Continuará en la tercera parte de la trilogía
titulada “Frenesí”

